



*Dejaela por el*  
**DOCTOR**

HOSPITAL SAN ROSE • LIBRO 3

#2 AUTOR MÁS LEÍDO EN KINDLE UNLIMITED BRASIL

JÉSSICA MACEDO

#2 AUTOR MÁS LEÍDO EN KINDLE UNLIMITED BRASIL

J É S S I C A   M A C E D O

*Dejala por el*  
**DOCTOR**

HOSPITAL SAN ROSE • LIBRO 3

Grupo Editorial  
 **Portal**

Copyright ©2025 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Está prohibido almacenar o reproducir cualquier parte de esta obra -física o electrónica- sin autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley nº 9.610/98 y castigado en el artículo 184 del Código Penal.

**Portada y diseño gráfico:** Jéssica Macedo

**Lectura beta:** Ariel Assessoria

**Traductor:** Matías San Miguel

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen realmente o existieron en algún momento de la historia para ambientar la escena. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

## Resumen

[Sinopsis](#)

[Parte 1](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Parte 2](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Parte 3](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Epílogo](#)

[Acerca del autor](#)

[Lea también:](#)

[Redes sociales \(del editor\)](#)

# Sinopsis

Llegó a su vida, derribando sus barreras, pero se fue llevándose su corazón...

Khalid Al Saud es algo más que un médico con talento, es el príncipe heredero de una de las familias más poderosas de Medio Oriente. Al llegar al hospital San Rose de Miami, su objetivo era claro: aprender de la renombrada oncóloga Cristine Clark y aplicar esos conocimientos a su país, pero Khalid carga con un oscuro secreto que amenaza su vida.

Cristine nunca imaginó que el arrogante y misterioso doctor tendría tanto que ver con ella. Lo que empezó como una colaboración profesional se convirtió rápidamente en algo más profundo y peligroso. Su romance estalla, aunque Khalid intenta mantener las distancias.

Pero todo se desmorona cuando el secreto sale a la luz y Christine tendrá que enfrentarse a las consecuencias de amar a un hombre que quizá nunca vuelva, mientras lucha por recuperar lo que es suyo por derecho.

# Parte 1

*Hace cinco años...*



Cristine  
CLARK

## Capítulo 1

El sonido monótono del aire acondicionado llenaba el silencio del consultorio mientras revisaba los historiales de los pacientes del día. En cada línea, hacía pequeñas anotaciones al margen, garabateando con mi inseparable bolígrafo azul, mi fiel compañera en las mañanas del San Rose Hospital. Mi atención estaba centrada en un caso particularmente desafiante: una mujer joven con un raro tipo de carcinoma<sup>[1]</sup>, y mi mente ya trabajaba en posibles tratamientos.

Fue entonces cuando escuché tres golpes firmes en la puerta.

—Adelante —dije, sin despegar los ojos del expediente.

La puerta se abrió suavemente, y la figura de Ian Gray, el director del hospital, apareció en el umbral. Era un hombre impecable, siempre vestido con un traje hecho a la medida y con una expresión que reflejaba confianza absoluta, o al menos sabía fingirla muy bien.

—Cristine, espero no estar interrumpiendo —dijo, con su sonrisa formal de siempre.

—No, claro que no, señor Gray. ¿Alguna novedad?

Ian dio un paso hacia un lado, revelando a la persona que lo acompañaba. Un hombre alto, con una postura que exudaba autoridad. Sus ojos oscuros y penetrantes contrastaban con su piel morena y los rasgos marcados de su rostro, enmarcado por una barba perfectamente recortada. Su presencia llenó el espacio, y por un segundo, sentí que el aire se volvía más pesado.

—Este es el doctor Al Saud —anunció Ian con entusiasmo—. Viene de Medio Oriente para unirse a nuestro equipo. Será tu colega en algunos casos de oncología.

Me puse de pie, manteniendo mi postura profesional, y rodeé el escritorio para estrechar

su mano con una sonrisa cordial.

—Doctor Al Saud, un placer conocerlo. Espero que podamos trabajar bien juntos.

Para mi sorpresa, él simplemente miró mi mano extendida durante un momento, sin intención de tomarla. El silencio que siguió hizo que el ambiente se tornara incómodo. Mi sonrisa vaciló por un instante, pero me mantuve firme.

Ian, notando el clima tenso, carraspeó y se pasó una mano por el cabello, visiblemente incómodo.

—Ah... Estoy seguro de que serán un excelente equipo —comentó, tratando de sonar casual—. El doctor Al Saud es uno de los mejores en su área y vino específicamente para aprender de ti, Cristine.

—Qué honor —murmuré, bajando la mano y cruzándola con la otra, intentando disimular la leve sensación de rechazo que me recorrió.

—El honor es mío —respondió el doctor Al Saud con un tono grave, cargado de su marcado acento. No sonrió, pero sus ojos, fijos en los míos, mantenían una intensidad que me dejó inquieta—. Estoy ansioso por aprender y compartir experiencias.

Forcé una sonrisa, intentando no dejar que la tensión se reflejara en mi rostro.

—Estoy segura de que será un intercambio interesante —dije, aunque una parte de mí ya se preguntaba qué tan difícil sería trabajar a su lado.

Ian nos observó durante unos segundos antes de esbozar una sonrisa tensa.

—Bien, los dejaré para que se conozcan mejor. Doctora Clark, doctor Al Saud, sé que lograrán grandes avances trabajando juntos.

Con eso, se retiró, dejándome sola con aquel hombre malhumorado y poco receptivo. Por un momento, el silencio entre nosotros fue casi asfixiante. Quise decir algo para romper la barrera que él había levantado tan rápido, pero su expresión era tan impenetrable como un muro de piedra.

—¿Comenzamos con los casos de la semana? —sugerí, intentando mantener el enfoque profesional.

Él asintió con un leve movimiento de cabeza, y supe de inmediato que, además de mi competencia médica, necesitaría paciencia, empatía y una buena dosis de perseverancia para trabajar con el doctor Al Saud.

\*\*\*

Me senté en una de las mesas del restaurante del hospital, acomodando la bandeja con mi almuerzo, mientras Iván ya estaba ahí, jugueteando distraídamente con su plato. Levantó la vista hacia mí y sonrió.

—Entonces, ¿ya conociste al médico nuevo que trajo mi hermano? —preguntó, con curiosidad.

Bufé, colocando la servilleta sobre mi regazo antes de responder.

—Sí, ya lo conocí.

Iván arqueó una ceja, intentando contener una sonrisa. Disfrutaba demasiado cuando me mostraba frustrada, como si esperara ese momento.

—¿Y qué pasó? —insistió, con un brillo divertido en los ojos.

—Es un arrogante —contesté, sacudiendo la cabeza—. Le extendí la mano para saludarlo y ni siquiera la tomó. ¡Me dejó con la mano en el aire!

Iván soltó una carcajada, claramente entretenido. Su actitud me hizo resoplar con fastidio.

—Ah, nada fuera de lo normal —comentó entre risas, mientras llevaba un bocado a la boca.

No pude evitar sonreír también, recordando que estaba hablando con el rey de la arrogancia.

—Y tú no puedes criticarlo —lo provoqué, entrecerrando los ojos—. Parece que encuentras a alguien que está a tu nivel.

Levantó las manos, fingiendo rendirse.

—Oye, tranquila. Tal vez no sea tan malo. Según tengo entendido, en Medio Oriente los hombres no tocan a las mujeres que no son de su familia. Debe ser algo cultural.

Rodé los ojos, dejando claro mi escepticismo.

—Qué maravilla de médico, ¿no? —dije, cruzando los brazos—. ¿Cómo se supone que trabajaremos juntos si ni siquiera puede darme la mano?

Iván rió de nuevo, negando con la cabeza.

—Bienvenida al mundo de los príncipes, Cristine.

Solté una risita, aunque por dentro ya sabía que esa colaboración sería cualquier cosa menos sencilla.

—¿Príncipes? —Fruncí el ceño, intentando entender a qué se refería—. ¿También es dueño de un hospital?

Iván rió, divertido, mientras negaba.

—No, Cristine. Es dueño de un país. Ian me contó que es hijo de un jeque.

—Ah, ahora todo tiene sentido —bufé—. El dinero siempre les sube a la cabeza.

Iván sonrió de lado, asintiendo.

—Ni me imagino cuánto dinero debe tener. Seguro también tiene como cinco esposas.

Rodé los ojos, aprovechando para burlarme de él.

—Tú no puedes ni con Yasmin.

Iván se encogió de hombros, admitiéndolo sin vergüenza.

—Tienes razón.

Los dos reímos, y por un momento, el ambiente ligero alivió la tensión que había

cargado desde mi primer encuentro con el “príncipe”. Sin embargo, en el fondo, una parte de mí ya sabía que trabajar con alguien como él, acostumbrado a que todo se haga a su manera, sería un verdadero dolor de ovarios.



## *Capítulo 2*

El pasillo del Hospital San Rose estaba lleno de movimiento. Las enfermeras pasaban apresuradas, los pacientes esperaban en sillas de ruedas y los médicos discutían casos con tablets y portapapeles en las manos. El ritmo acelerado era muy diferente al que estaba acostumbrado en casa, donde los tratamientos eran más lentos y personalizados, reflejando la cultura y las expectativas de un pueblo que valoraba el tiempo y la atención al detalle.

Recorrí con la mirada el entorno, sintiendo la diferencia innegable entre Occidente y mi mundo. En mi país, ser oncólogo no solo significaba tratar la enfermedad, sino también asegurarse de que las tradiciones y creencias de los pacientes fueran respetadas. Cada tratamiento debía ajustarse para alinearse con los valores familiares, y muchos de los casos requerían, además de experiencia médica, un cuidado casi diplomático. Allí, sin embargo, los pacientes parecían aceptar con mayor naturalidad la intervención de los médicos en sus vidas. No había tanta resistencia a someterse a cirugías, y la confianza en los tratamientos tecnológicos era casi absurda comparada con la forma en que fui criado.

La mezcla de culturas, etnias y estilos de vida era algo nuevo para mí. En casa, la mayoría de los pacientes provenían de un mismo trasfondo social y cultural, lo que hacía que los enfoques fueran más previsibles. Aquí, cada persona que pasaba junto a mí era diferente, como si el hospital fuera un microcosmos del mundo entero. Había una diversidad que no encontraría en ningún lugar de mi país.

Respiré hondo, recordando el motivo por el cual estaba allí. Elegí el Hospital San Rose por su impecable reputación en oncología y, especialmente, por la doctora Cristine Clark. Su nombre aparecía en artículos científicos y estudios que había seguido de cerca durante años. Era una referencia en tratamientos innovadores y desafiantes. Si quería aprender, tenía que ser con ella.

Miré mi reloj y ajusté la bata de laboratorio, tratando de prepararme para el próximo encuentro con ella. Sabía que la doctora Clark probablemente me veía como un intruso, alguien que estaba allí por privilegio y estatus. Sin embargo, tenía un propósito claro: absorber todo el conocimiento posible y llevar de regreso a mi país prácticas que pudieran salvar vidas.

*Incluida la mía...*

Tragué saliva, apartando pensamientos que pudieran perturbarme en ese momento. Necesitaba concentrarme en lo importante ahora: aprender.

—Doctor Al Saud —escuché la voz firme de la doctora Clark llamarme, y levanté la cabeza. Estaba al final del pasillo, mirándome con una expresión neutra.

—Doctora Clark —la saludé, acercándome a ella.

—Vamos a hacer las visitas a los pacientes de oncología —informó sin rodeos. Su tono era profesional y su mirada atenta no dejaba espacio para distracciones.

Asentí y la seguí, manteniendo el silencio mientras caminábamos codo a codo por los pasillos del hospital. Podía sentir su intensidad, una médica que claramente se dedicaba a su trabajo y se tomaba cada caso con seriedad.

Admiraba eso.

Al llegar al primer cuarto, comenzó a explicar el caso. Se trataba de una paciente joven diagnosticada con un carcinoma invasivo. La doctora Clark hablaba con una calma que me sorprendió, considerando la gravedad del cuadro. Explicó los detalles del tratamiento y los efectos secundarios que estaban monitoreando.

Seguimos al siguiente cuarto, donde un hombre mayor estaba pasando por un tratamiento experimental. Me dio detalles sobre el protocolo y sus expectativas, mientras yo memorizaba mentalmente cada cosa que decía. Su conocimiento era vasto, y era evidente que dominaba cada aspecto de los casos que discutíamos.

Pasamos por dos cuartos más, y cada paciente tenía una historia distinta, un desafío único. Mientras explicaba, noté el cuidado con el que se refería a cada uno. No era solo precisión médica; también había un toque de empatía en su voz, algo que sabía que debía aprender a equilibrar.

Mientras la doctora Clark hablaba de los casos, no pude evitar fijarme en algunos detalles que antes me habían pasado desapercibidos. Había algo en su forma de moverse y hablar, una confianza que la hacía aún más cautivadora. Su cabello castaño estaba recogido en un moño firme, pero algunos mechones se escapaban, enmarcando su rostro con delicadeza. Era bonita, más de lo que había notado la primera vez que nos encontramos.

Cuando sonreía, especialmente a los pacientes, había una ligereza que parecía iluminar la habitación. Observé el efecto que su presencia causaba: los pacientes se sentían más cómodos,

más seguros. Era como si su mera presencia ya ofreciera un tipo de consuelo que iba más allá del tratamiento médico. Su sonrisa, aunque discreta, tenía algo contagioso, algo que transmitía esperanza.

Pasamos a la habitación contigua y, mientras hablaba, me pregunté cuántas veces esa sonrisa habría dado fuerzas a alguien que estaba a punto de rendirse. La forma en que trataba a cada paciente, tocándole ligeramente el brazo u ofreciéndole una mirada de ánimo, demostraba que comprendía la importancia de un simple gesto. Un contraste cultural que me sorprendió mucho.

En mi cultura, una mujer nunca podría estar tan cerca de extraños, repartiendo abrazos y sonrisas.

Por un momento, perdí la noción de la explicación que estaba dando, distraído por la forma en que sus ojos brillaban cuando hablaba de un tratamiento prometedor. Su pasión por lo que hacía era innegable, y no pude evitar pensar que era un privilegio aprender de alguien así.

Entramos al último cuarto, y su semblante cambió por un breve instante, como si la gravedad de aquel caso la afectara más.

—Este es un caso delicado.

Asentí, sintiéndome inquieto por la expresión de temor que cruzó su rostro, aunque ella rápidamente la ocultó al entrar al cuarto para no preocupar aún más al paciente.

La doctora Clark se acercó al niño pequeño que yacía en la cama con una sonrisa suave en los labios.

—Hola, campeón. ¿Cómo te sientes hoy?

El niño respondió con una sonrisa tímida, mientras su madre, que estaba sentada junto a la cama, se puso de pie al vernos entrar. Había una esperanza ansiosa en su mirada, mezclada con el evidente miedo de una madre preocupada.

—¿Doctora, tiene buenas noticias? —preguntó, casi implorando por algo de alivio.

La doctora Clark mantuvo la sonrisa, aunque pude notar el esfuerzo que aquello le costaba. Parecía buscar las palabras correctas, aquellas que pudieran ofrecer algo de consuelo.

—Estamos trabajando en algunos protocolos para intentar reducir el tumor antes de la cirugía —explicó con un tono sereno y confiado—. El doctor Gray y yo estamos evaluando todas las posibilidades para asegurar el mejor tratamiento posible para él.

La madre asintió, apretando las manos una contra la otra. Por un momento, su expresión de preocupación se suavizó. La confianza en la forma en que la doctora Clark transmitía la información era evidente; sabía exactamente cómo infundir un poco de esperanza, incluso en situaciones tan delicadas.

Observé todo en silencio hasta que la doctora Clark se giró hacia mí.

—Este es el doctor Khalid Al Saud, está aquí para aprender y ayudarnos con los casos más complejos.

Saludé a mamá con una inclinación de cabeza y una sonrisa discreta, intentando transmitir la misma calma que mostraba la doctora Clark. Todavía estaba asimilándolo todo, la

forma en que se ocupaba de cada detalle, el modo en que su mirada transmitía apoyo, incluso cuando la situación era claramente grave.

Salimos del cuarto y, ya en el pasillo, su expresión cambió nuevamente, dejando entrever la tensión que había estado conteniendo.

—El niño tiene un tumor cerebral en una zona de difícil acceso —dijo, en voz baja y controlada—. Estamos intentando reducirlo con protocolos específicos antes de arriesgar una cirugía invasiva. Es un caso extremadamente delicado, pero estamos haciendo todo lo posible para darle la mejor oportunidad.

Asentí, tratando de asimilar la complejidad del caso.

—Están haciendo un excelente trabajo aquí —comenté, observando la expresión seria de la doctora Clark. Realmente lo creía; la forma en que se dedicaba a sus pacientes era admirable.

Ella suspiró y, por un momento, el cansancio pareció pesar sobre sus hombros.

—Hago lo mejor que puedo, pero, lamentablemente, no puedo salvar a todos —dijo, dejando entrever un atisbo de tristeza.

Su mirada se perdió por un instante, y pude notar cuánto le afectaba cada caso.

Asentí, entendiendo el dolor detrás de sus palabras.

—A veces no es posible.

Suspiró nuevamente, sacudiendo ligeramente la cabeza, como si intentara despejarse de las emociones que la abrumaban.

—Lo sé... —murmuró antes de levantar los ojos hacia mí—. Buenas noches, doctor Al Saud.

—Buenas noches, doctora Clark —respondí, esbozando una pequeña sonrisa—. Nos vemos en el próximo turno.

Ella asintió con un leve movimiento de cabeza antes de alejarse por el pasillo. Me quedé observándola por un momento, reflexionando sobre lo difícil que era ser un médico dedicado en un lugar donde no todas las luchas tenían un final feliz. Sabía que, para mí, cada día allí sería una oportunidad para encontrar mi propio camino.



Cristine  
CLARK

### *Capítulo 3*

Llegué a casa cargando las bolsas del supermercado, equilibrándolas con una mano mientras abría la puerta con la otra. El silencio familiar me dio la bienvenida, y fui directamente a la cocina, dejando todo sobre la mesada. El sonido de los paquetes y las latas al ser organizados llenó el espacio, y por un momento, me permití concentrarme únicamente en las pequeñas tareas del día a día. Después de un largo día de trabajo, resultaba casi terapéutico.

Comencé a guardar las frutas en el refrigerador cuando mi teléfono vibró sobre la mesada. Miré la pantalla y sonreí al ver el nombre en el identificador de llamadas.

—Hola, mamá.

—Hola, querida. ¿Cómo estás? —La suavidad de su voz me trajo una oleada de consuelo que no sabía que necesitaba hasta ese momento.

—Estoy bien, solo guardando las compras. ¿Y tú?

—Todo bien por aquí también. Solo llamé para saber cómo estabas y... ¡ah, casi lo olvido! Clare viene este fin de semana. Pensé que sería genial si tuviéramos un fin de semana en familia, como en los viejos tiempos.

Sentí un nudo en el estómago al escuchar eso. La idea de pasar un fin de semana con mis padres y mi hermana era tentadora, pero mi trabajo no siempre me permitía ausentarme mucho tiempo del hospital.

—Tendré que ver cómo estará mi turno —respondí, tratando de no decepcionarla—. Pero prometo pasar al menos para cenar.

Del otro lado de la línea, escuché un leve suspiro de mi madre.

—Lo entiendo mejor que nadie, lo sabes. El cariño y la dedicación que los médicos tienen hacia sus pacientes... después de todo, yo también lo fui. Pero, Cristine, no puedes dejar de lado tu propia vida.

Guardé silencio por unos instantes, pensando en cómo responder. Sabía que tenía razón, pero el hospital demandaba tanto de mí que siempre sentía que podía dar más.

—Estoy bien, mamá, de verdad. Prometo que lo intentaré.

—Solo no olvides que tú también mereces un poco de paz y descanso, hija —dijo, con un tono que mezclaba cariño y preocupación.

—No lo olvidaré. Lo prometo.

Después de unos minutos más de conversación, nos despedimos. Me quedé un momento allí, con el teléfono aún en la mano, reflexionando sobre sus palabras. Sabía que tenía razón, pero también sabía que, por ahora, mi dedicación al trabajo era lo único que realmente tenía.

Después de guardar las compras, decidí tomar una ducha refrescante. El agua caliente caía sobre mis hombros, llevándose consigo el cansancio del día y, por algunos minutos, me permití relajarme, dejando que los pensamientos sobre el hospital se disiparan. Cerré los ojos, respirando hondo, y sentí cómo la tensión se desvanecía, al menos temporalmente.

Salí de la ducha y me puse un pijama cómodo.

Caminé hasta la sala y me dejé caer en el sofá, tomando el control remoto. Encendí la televisión y busqué entre los canales hasta encontrar lo que quería: una novela latina que pasaban a esa hora. Era un gusto que heredé de mis abuelas y, por supuesto, de mi madre. Desde pequeña, recuerdo las tardes que pasábamos juntas viendo novelas, emocionándonos con cada giro inesperado y cada romance imposible.

La novela estaba en medio de una escena dramática, y sonreí para mí misma, sabiendo que esos momentos de exagerado drama eran, de alguna forma, un escape para mí. Era como si, por un instante, pudiera desconectarme de la intensa realidad del hospital y sumergirme en un mundo donde los problemas se resolvían con un simple beso o una declaración apasionada.

Me acurruqué en el sofá, acomodándome entre los cojines, y dejé que la familiaridad de las voces en español me transportara a otra realidad. Por más responsabilidades que tuviera en mi vida, allí, en ese momento, todo parecía más simple.

Estaba inmersa en la trama de la novela cuando mi celular vibró al lado del sofá. Lo tomé y vi el nombre de Clare en la pantalla.

Clare:

Hola, desaparecida. ¿Cómo estás? ¿Qué hay de nuevo?

Sonreí, sintiendo ese calor familiar al recordarla, y escribí rápidamente una respuesta.

Cristine:

Hola, Clare. Todo bien por aquí, nada fuera de lo normal. ¿Y tú?

Su respuesta llegó casi de inmediato.

Clare:

¿Nada fuera de lo normal? ¿Segura? ¿Ni un paciente interesante? ¿O tal vez un novio? 😏

Rodé los ojos, riéndome sola. Clare siempre aprovechaba cualquier oportunidad para meterse con mi vida personal. Era un hábito antiguo, y aunque sabía que no tenía tiempo para romances, ella insistía.

Cristine:

No, Clare, nada de novios.

Clare:

¡Ay, Cris! Necesitas vivir un poco.

De todas formas, no puedo esperar para verte el fin de semana.

Sonreí, y por un momento sentí una punzada de nostalgia. Era bueno saber que, incluso con nuestras vidas tan ocupadas, aún teníamos esas conversaciones rápidas que me hacían sentir conectada con ella, como cuando éramos niñas.

Cristine:

Yo también, Clare. Nos vemos en la cena, lo prometo. ❤️

Apagué la pantalla del celular y volví mi atención a la novela, aunque las palabras de Clare permanecieron en mi mente por un momento. Quizás tenía razón... Tal vez necesitaba algo más que solo trabajo.



## *Capítulo 4*

El apartamento tenía una vista impresionante hacia el océano. Las olas rompían suavemente en la playa, y el reflejo de las luces de Miami iluminaba el agua oscura como si fuera una pintura en movimiento. El calor aún se sentía, a pesar de que el aire acondicionado estaba encendido, pero no era el mismo calor seco y abrasador del desierto donde nació. Era diferente: cálido, pero húmedo. La ciudad parecía envuelta en una niebla constante, con un aire cargado de humedad que se pegaba a la piel.

Observé por la ventana, asimilando las diferencias que me rodeaban. En casa, el calor era sofocante, pero el aire seguía siendo ligero y seco. El desierto era vasto, silencioso, mientras que aquí todo era un torbellino: caótico, vibrante, en constante movimiento. Miami era un contraste en todos los sentidos, un mundo de libertades que sabía que no podría disfrutar por completo.

Mis pensamientos pronto se dirigieron hacia las diferencias culturales que se notaban en cada detalle. Desde la forma en que las personas se saludaban hasta la despreocupación con la que interactuaban entre sí. En mi país, cada gesto era calculado, cada palabra elegida con cuidado para honrar las tradiciones.

Estaba apoyado en el vidrio, viendo cómo mi respiración lo empañaba, cuando, inevitablemente, mi mente regresó a ella...

La doctora Clark.

No podía negar que su belleza había captado mi atención. Esos ojos atentos, su cabello

castaño que, aunque recogido, mantenía un encanto particular. La manera firme con la que enfrentaba cada caso, el modo en que los pacientes parecían confiar en ella de inmediato... todo en ella me atrapaba más de lo que quería admitir.

Cerré los ojos por un momento e inhalé profundamente, intentando alejar esos pensamientos. Sabía que no debía permitirme distraerme. Había venido aquí con un propósito claro: aprender, absorber todo lo que pudiera y, luego, regresar a mi país. Me esperaba un matrimonio arreglado, una unión que mi familia consideraba crucial para preservar nuestras tradiciones y alianzas políticas.

No podía darme el lujo de distraerme con una doctora occidental. Ese tipo de pensamiento no solo era imprudente, sino también peligroso.

Mis responsabilidades estaban por encima de mis deseos personales.

Abrí los ojos y volví a fijar la mirada en el océano, decidido a mantener mi enfoque. Todo aquello era un mundo aparte, pero sabía que, tarde o temprano, tendría que dejarlo atrás y regresar a mi lugar de origen, donde mi deber me esperaba.



Cristine  
CLARK

## Capítulo 5

Llegué temprano al hospital, como siempre, equilibrando un vaso de café en cada mano. Sabía que Iván probablemente ya estaría en su consultorio, y él nunca rechazaba un café para empezar el día. Caminé por los pasillos hasta su oficina y toqué suavemente antes de entrar.

—Buenos días, Iván —saludé, dejando el café sobre su escritorio.

—Sabes cómo complacerme, Cris. —Me guiñó un ojo con una sonrisa mientras tomaba el vaso.

—Es mi forma de asegurarme de que no estés de mal humor todo el día —bromeé, mientras tomaba una silla y me sentaba frente a él—. ¿Y cómo están Yasmin y el pequeño?

Iván suspiró, dejando asomar una suave sonrisa.

—Están bien. Yasmin está tratando de volver al ritmo del trabajo, pero con un bebé en casa es complicado. Y el enano... bueno, crece demasiado rápido. Parece que fue ayer que nació.

Sonreí mientras escuchaba las historias de Iván. Era agradable ver un lado más relajado de él, lejos de la seriedad del hospital y de ese complejo de dios que los neurocirujanos a veces parecen tener.

—Debe ser una locura, pero me alegra saber que están bien. Voy a tratar de pasar un día de estos para visitar.

—Eres siempre bienvenida —dijo él, y por un momento, un cómodo silencio se instaló entre nosotros. Pero, como siempre, el trabajo pronto se convirtió en nuestro tema principal.

—¿Y nuestro pequeño paciente? —pregunté, llevando la conversación hacia el caso que más nos preocupaba últimamente.

Iván dejó el café sobre la mesa y tomó unos expedientes que tenía a un lado.

—Los últimos exámenes muestran un progreso leve. El protocolo que discutimos parece estar funcionando, pero la respuesta sigue siendo lenta. El tumor es muy agresivo, y estamos luchando contra el tiempo.

Asentí, sintiendo el peso de esa realidad. Estos casos siempre parecían llevarse un pedazo de nosotros con cada día que pasaba.

—Es un avance, al menos. Aunque sea pequeño —traté de mantener un tono optimista, pero ambos sabíamos que ninguna noticia sería realmente alentadora si no era una mejora significativa.

—Sí, pero aún tenemos mucho trabajo por hacer —dijo él, pensativo—. Estoy hablando con Khalid también, tratando de ver si tiene algún aporte basado en otros casos que haya visto. Sé que tiene buenas intenciones.

Me limité a asentir, recordando que había otro médico en el hospital supervisando cada uno de mis pasos. No estaba segura de si debía sentirme optimista por la ayuda extra, aunque había algo en él que no terminaba de convencerme.

—Seguiremos monitoreando y ajustando lo necesario. Tenemos que considerar todas las opciones.

—No nos vamos a rendir —afirmó Iván.

—¡Nunca!

Estábamos revisando los últimos detalles cuando una leve llamada a la puerta interrumpió nuestra conversación. Iván y yo dirigimos la mirada hacia el sonido, y al recibir un “adelante”, Khalid apareció.

Traté de contener un suspiro, pero estaba segura de que mi expresión me había delatado. *Maldición.*

Entró con su postura impecable de siempre y su mirada seria. Era como el 99% de los médicos de ese hospital: un idiota más. Después de tanto tiempo trabajando con Iván Gray, debería haberme acostumbrado a eso, pero había algo en Khalid que me incomodaba de forma particular.

—Me dijeron que probablemente encontraría aquí a la doctora Clark —dijo, con un tono formal, casi educado.

Forcé una sonrisa, incómoda, sin saber exactamente cómo reaccionar. Su presencia, aunque discreta, siempre parecía generar en mí una leve ola de incomodidad. Antes de que pudiera decir algo, Iván se levantó, sonriendo con complicidad.

—Creo que es hora de que todos volvamos al trabajo —comentó, dando a entender que nos dejaría solos—. Tengo varias reuniones pendientes, así que nos vemos más tarde.

Khalid asintió, y pronto los tres salimos juntos al pasillo.

El hospital estaba tan lleno de movimiento como siempre. Pacientes, médicos y enfermeros iban de un lado a otro, y el constante ruido de pasos y conversaciones llenaba el ambiente. Caminamos lado a lado en silencio hasta que, de repente, se escucharon ruedas girando rápidamente sobre el piso.

Los enfermeros corrían empujando una camilla, y en un instante me vi desestabilizada. Un movimiento brusco me tomó por sorpresa, y tropecé, tambaleándome hacia un lado. Antes de que pudiera caer, sentí que las firmes manos de Khalid me agarraban por la cintura.

Nuestros ojos se encontraron, y por un momento, el mundo a nuestro alrededor pareció detenerse.

Todo lo que existía era él y esa manera en la que me miraba, como si estuviera viendo algo que lo desarmaba. Sentí mariposas en el estómago, una sensación que no experimentaba desde hacía mucho. Mis ojos se fijaron en los detalles de su rostro: la línea marcada de su mandíbula, la profundidad de su mirada, la barba perfectamente recortada...

Era absurdamente atractivo, y por un segundo me perdí en ese contacto visual.

Khalid carraspeó, visiblemente incómodo, y me acomodó con cuidado antes de apartarse rápidamente, como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Eso me dejó un poco avergonzada.

Parecía que ese breve contacto también había despertado algo en él, algo que no quería admitir. Me quedé allí, inmóvil, sin saber qué hacer, tratando de procesar lo que acababa de ocurrir.

No dijo nada, simplemente siguió adelante con su misma actitud seria.



## ***Capítulo 6***

Caminar junto a ella por el pasillo resultaba más difícil de lo que había imaginado. Había algo pesado en el ambiente, una tensión que trataba de ignorar, pero que se empeñaba en hacerse notar. Mantuve los ojos fijos hacia adelante, evitando a toda costa mirarla. El breve roce que habíamos compartido cuando cayó sobre mí todavía parecía afectarme de una forma que no lograba comprender.

No debía ser así. No vine a Estados Unidos para distraerme con nadie, mucho menos con una médica occidental que tenía una manera tan intensa de enfrentar las cosas. Sentir algún tipo de atracción por ella estaba completamente fuera de mis planes. Tenía un propósito claro para estar en ese hospital, y era en eso en lo que debía mantenerme enfocado.

La sala de oncología estaba justo delante, y me obligué a ajustar mi postura, tratando de parecer lo más distante y profesional posible. Sentir esa cercanía con ella era como echar gasolina a un incendio que no quería encender. Su toque, la forma en que nuestras miradas se cruzaron por un instante... aquello podía ponerlo todo en riesgo.

Mientras caminaba a mi lado, cada uno de sus pasos me hacía más consciente de su presencia. Había algo en su energía, en su determinación, que no podía ignorar. Me desarmaba, y me recriminaba por ello. No podía permitirme sentir eso.

*No ahora.*

Cuando finalmente llegamos a la sala, me esforcé por concentrarme. Tenía responsabilidades, y sabía que esta cercanía, si permitía que creciera, podría desviarme de mi objetivo principal. Necesitaba recordar que había mucho más en juego que un simple momento pasajero de atracción.

Con la mirada fija en el pasillo frente a nosotros, tragué saliva y mantuve la distancia que sabía que debía ser necesaria.

Esta situación, de alguna manera, era algo que tendría que controlar.



Cristine  
CLARK

## *Capítulo 7*

Él podría ser un príncipe en su tierra, pero el doctor Idiota, o como se llame, ponía a prueba mis límites como nunca antes lo habían hecho. Por más que intentara mantener el profesionalismo, su presencia siempre parecía desafiarme. Era difícil controlarme, especialmente cuando sentía esa atracción inexplicable mezclada con irritación. Sabía que lo ideal era ignorar todo eso y concentrarme en lo importante: los pacientes.

Por eso, nunca me sentí tan aliviada como cuando llegó el fin de semana. Un día libre era justo lo que necesitaba para desconectarme de todo.

Conduje hasta la mansión de mis padres en Star Island, dejando que el viento entrara por las ventanas abiertas mientras mi mente divagaba. Con cada kilómetro que avanzaba, sentía cómo la tensión acumulada durante la semana comenzaba a desvanecerse.

Cuando estacioné frente a la entrada, respiré hondo y dejé que la familiaridad de aquel lugar me envolviera. La mansión, imponente con sus altos portones y jardines perfectamente cuidados, siempre sería para mí el hogar donde crecí, un refugio donde los problemas parecían lejanos.

Salí del auto, y antes de que pudiera cerrar la puerta, mis padres salieron a recibirme. Mi madre fue la primera, con esa sonrisa cálida que siempre parecía tener el poder de curar cualquier cosa.

—¡Cristine, mi querida! —exclamó, envolviéndome en un abrazo apretado.

—Hola, mamá —respondí, devolviéndole el abrazo y sintiendo el confort de estar en casa.

Mi padre se acercó poco después, con su habitual expresión de orgullo y una sonrisa serena.

—Por fin lograste escapar del hospital, ¿eh? —bromeó, y yo solté una risa ligera.

—Solo por un día —contesté, sintiéndome un poco culpable por dejar a mis pacientes en momentos tan delicados.

—Tú también necesitas que te cuiden —dijo mi madre, rodeándome los hombros con un brazo mientras me guiaba hacia el interior de la casa.

Sentir esa atmósfera acogedora era justo lo que necesitaba. Tal vez allí, rodeada de mi familia, lograría desconectar mi mente y recargarme para la semana que venía.

Apenas crucé el umbral de la puerta, las voces emocionadas de mis sobrinos resonaron en el vestíbulo. Antes de que pudiera ver a mi hermana Clare, los dos pequeños corrieron hacia mí, con sus caritas iluminadas por la emoción.

—¡Tía Cristine! —gritaron al unísono.

Me arrodillé en el suelo, abriendo los brazos para recibirlos. Se lanzaron sobre mí con tanta fuerza que casi pierdo el equilibrio, pero no pude evitar reír mientras su alegría me contagiaba. Besé la cabeza desordenada de mi sobrino y luego repetí el gesto con mi sobrina, que me abrazaba con una gran sonrisa en el rostro.

—¡Mira quién está aquí! —dijo Clare, apareciendo detrás de ellos con una sonrisa.

Me levanté, dejando a mis sobrinos a un lado, y me acerqué a mi hermana. Ella me abrazó con fuerza, y yo respondí cerrando los ojos por un instante, dejando que su cariño me envolviera.

—Te extrañé, Cris —susurró Clare, y yo sonreí, apretándola un poco más.

—Yo también, Clare. Es bueno estar aquí.

Nos separamos, y ella me lanzó esa mirada que dejaba claro que entendía perfectamente lo que pasaba por mi cabeza. Su expresión era reconfortante, pero también un recordatorio de que, por más que intentara ocultarlo, mi hermana me conocía mejor que nadie.

—¿Disfrutamos el día? —propuso, y yo asentí, lista para dejar de lado las preocupaciones del hospital y disfrutar de la sencillez de estar con mi familia.

Mientras terminábamos nuestro abrazo, Bryan, mi cuñado, apareció con una sonrisa cálida para saludarme.

—¡Hey, Cristine! Hace tiempo que no pasabas por aquí —dijo, dándome un rápido abrazo.

—Lo sé, culpa del hospital —respondí, sonriendo—. Pero ya estoy aquí.

Mientras nos dirigíamos a la zona de la piscina, mi hermano menor, Drake, apareció con

su típico aire despreocupado, los auriculares colgando de su cuello y una pelota de baloncesto en las manos. Clare y yo éramos mucho mayores que él, y era divertido tener un hermano adolescente.

—¡Qué onda, Drake! —lo saludé, despeinándolo.

—¡Hey, Cris! —respondió, quitándose los auriculares para escucharme mejor—. Pensé que nunca te tomabas un descanso.

—Hoy es un milagro —dije, encogiéndome de hombros.

Él rió y se fue a jugar con los sobrinos en la piscina, mientras Clare y yo nos acomodábamos en unas reposeras cercanas. Una empleada apareció y nos sirvió dos vasos de jugo de frutas tropicales, la bebida perfecta para el calor de Miami.

—¿Te acuerdas de cuando hacíamos esto de adolescentes? —preguntó Clare, con una sonrisa nostálgica—. Nos sentábamos así y pasábamos horas hablando de... bueno, de todo.

Me reí al recordar esos momentos que parecían tan lejanos, y observé a Drake divertirse con los niños. Era agradable estar allí y sentir que, pese a todo, algunas cosas no cambiaban.

—Claro que me acuerdo —respondí, tomando un sorbo del jugo fresco—. Y, sinceramente, es bueno tener estos momentos de vuelta.

Nos quedamos en silencio por un instante, viendo a los niños jugar y reír en el agua, mientras el sol brillaba con intensidad. Era uno de esos momentos donde todo parecía en paz y la vida resultaba más simple.

—Entonces, ¿qué ha pasado en tu vida, Cris? —preguntó Clare, como si hubiera estado esperando la oportunidad para indagar.

Suspiré, dejando el vaso sobre el brazo de la reposera.

—Nada muy emocionante, en realidad. Solo trabajo y más trabajo. Pero... —vacilé un momento antes de sonreír—. Hay un médico nuevo en el hospital, un príncipe, ¿puedes creerlo?

Clare levantó las cejas, sorprendida.

—¿Un príncipe? ¿Como en las películas?

Rodé los ojos, riendo.

—No exactamente. Es un príncipe de verdad, pero más idiota que el príncipe encantado. Es complicado...

Ella rió, negando con la cabeza.

—Siempre es complicado, ¿verdad? Pero, ¿por qué “complicado”? —insistió con esa mirada curiosa que conocía tan bien.

Le expliqué los desafíos de trabajar con alguien de una cultura tan distinta y cómo, a pesar de todo, algo en él me hacía sentir inquieta. Clare escuchó atentamente, y fue reconfortante tener a alguien que realmente entendiera.

—A veces, las personas nos sorprenden, Cris —dijo, dando otro sorbo a su jugo—. Quizá no sea tan idiota después de todo.

—Tal vez... —murmuré sin mucha convicción—. Pero, por ahora, estoy feliz de estar aquí contigo y con nuestra familia.

Clare sonrió y levantó su vaso.

—Brindemos por eso.

Chocamos los vasos, y por un momento, todo se sintió simple y ligero, como en los viejos tiempos.



## *Capítulo 8*

Acompañar a la doctora Cristine Clark en otro día de trabajo siempre resultaba una experiencia interesante. A pesar de tener poco más de treinta años, demostraba un conocimiento vasto y sorprendente en oncología, algo que rara vez se veía en médicos de su edad. Poseía una confianza en cada diagnóstico, una seguridad que quedaba clara en cada conversación que mantenía con pacientes y colegas.

Era imposible no admirarla.

Mientras discutía el plan de tratamiento para un paciente en particular, la observaba con atención, absorbiendo cada detalle. La manera en que explicaba las opciones, las posibles consecuencias y los pasos a seguir era impecable. Se movía con una precisión y seguridad que dejaban en evidencia por qué era tan respetada en el hospital.

Aunque su energía era contagiosa, mantenía mi postura rígida. Sabía que no podía permitirme bajar la guardia ni dejar que esa admiración se convirtiera en algo más. Sentir algo por ella, fuera del respeto profesional, era un riesgo que no estaba dispuesto a correr.

—Doctor Al Saud —me llamó, y me obligué a enfocarme en sus ojos—. ¿Qué opina de este protocolo? ¿Ha visto algo similar en uso antes?

Me observaba con esa mirada penetrante, y por un instante, sentí cómo la tensión crecía.

Respiré hondo, controlando mi tono de voz.

—Sí, he visto algo parecido, pero no con las mismas combinaciones que está proponiendo. Es innovador —respondí con sinceridad. Era imposible negar lo avanzada que estaba en términos de práctica médica.

Ella asintió, satisfecha con mi respuesta. Volvió a concentrarse en el expediente y continuó hablando sobre el tratamiento. La seguí por los pasillos, manteniendo el ritmo y una distancia apropiada.

Sin embargo, en mi interior libraba una batalla constante para equilibrar la admiración por su trabajo y la necesidad de mantener mi postura profesional.



*Cristine*  
**CLARK**

## ***Capítulo 9***

Los días transcurrían en el hospital, y la rutina se mezclaba con la tensión creciente entre el doctor Khalid y yo. Intentaba ignorarlo, enfocarme en los casos, los pacientes y todo lo que realmente importaba, pero la presencia de ese hombre me afectaba de una forma que no podía explicar. Cada intercambio de miradas, cada roce accidental, cada conversación sobre tratamientos y protocolos despertaban en mí una mezcla de irritación y algo más profundo, algo que no quería admitir.

Era como si siempre estuviera presente, observándome. Por más que intentara mantener la compostura profesional, la tensión no hacía más que aumentar. No era su competencia como médico lo que me descolocaba, podía lidiar con eso. Era su mirada, la forma en que me observaba y luego se apartaba, como si estuviera sacando conclusiones precipitadas sobre mí o mi trabajo.

Eso me volvía loca.

Cada vez que nos cruzábamos en los pasillos o debíamos discutir un caso juntos, sentía cómo mi cuerpo reaccionaba de formas que me irritaban. ¿Cómo era posible que alguien a quien apenas conocía me afectara tanto? Sabía que su estancia allí era temporal, que pronto regresaría a su país y todo esto sería solo un recuerdo. Pero la verdad era que no tenía idea de cuándo ocurriría, y mientras tanto, debía lidiar con la situación.

Suspiré, cerrando el prontuario que estaba revisando, obligándome a concentrarme en lo

que tenía frente a mí. Pero sabía, en lo más profundo, que mientras él continuara allí, el hospital, mi refugio y lugar de trabajo seguro, nunca volvería a ser el mismo.

Solo quedaba esperar a que terminara su tiempo aquí y regresara a donde pertenecía. Tal vez entonces pudiera recuperar el control que, por algún motivo, se desvanecía cada vez que Khalid estaba cerca.

Estaba revisando los últimos detalles de un prontuario cuando escuché un leve golpe en la puerta. Levanté la mirada y vi al doctor Khalid entrar con esa expresión neutral que siempre usaba para ocultar lo que pensaba.

*¡Cómo me irrita eso!*

—Doctora Clark, vine a discutir el caso de la paciente que mencionó ayer —dijo, con su voz firme y controlada.

Asentí con la cabeza, intentando ignorar la agitación que siempre causaba su presencia. Tomé los papeles y comencé a explicarle los detalles del protocolo que estábamos siguiendo. Me esforzaba por mantener el tono profesional, recordándome que esto no era más que otra reunión de rutina.

Entonces, al pasarle unas anotaciones, los papeles se resbalaron de mis manos y cayeron al suelo, esparciéndose a nuestros pies. Nos agachamos al mismo tiempo y, de repente, estábamos demasiado cerca...

Por un segundo, todo pareció detenerse.

Nuestras miradas se encontraron, y sentí cómo el aire se volvía pesado entre nosotros, como si el resto del mundo desapareciera. Mi corazón latió con fuerza en mi pecho y, antes de que pudiera racionalizar lo que estaba haciendo, nuestras bocas se encontraron.

El toque inicial fue vacilante, como si ambos estuviéramos tanteando los límites, pero la duda desapareció rápidamente. Su boca se abrió contra la mía, y el calor que nos envolvió fue inmediato, como un incendio propagándose sin control.

Sentí su mano deslizarse por mi espalda, acercándose más, mientras mis manos encontraban su camino hasta sus hombros, firmes y sólidos. Nuestras lenguas se encontraron en una danza lenta y exploratoria, cargada de un deseo que había estado contenido por demasiado tiempo.

Mi cuerpo reaccionó al contacto, un escalofrío recorrió mi espina dorsal mientras me acercaba aún más, sintiendo el calor que emanaba de él. Sus dedos se aferraron a mi cintura, y la sensación de su tacto contra mi piel aceleró mi corazón a un ritmo casi doloroso.

Me perdí en el ritmo de ese beso, en su sabor y en la intensidad. Era como sumergirse en algo prohibido e irresistible al mismo tiempo. Nuestras bocas se movían al unísono, explorando y buscando más, y con cada segundo que pasaba, la necesidad entre nosotros solo crecía. Mis manos se deslizaron de sus hombros hacia su nuca, atrayéndolo aún más, como si quisiera que el momento no terminara nunca.

Él inclinó la cabeza para profundizar el beso, aumentando la intensidad. El suave sonido de nuestras respiraciones entrecortadas llenaba el ambiente, y cada roce de nuestras lenguas parecía encender un fuego aún mayor. Sus manos descendieron por mi espalda, sujetándome con

firmeza, y me entregué por completo, como si nada más existiera.

Por un instante, no hubo nada más que ese contacto, ese calor, y la forma en que me sostenía como si fuera lo único importante en el mundo. Mientras nuestras bocas seguían encontrándose, perdí la noción del tiempo. No sabía si habían pasado segundos o minutos; solo sabía que no quería que terminara.

Entonces, la realidad nos golpeó como un balde de agua fría y, casi al mismo tiempo, nos apartamos. Nuestras respiraciones eran pesadas, y todavía podía sentir el calor de su cuerpo cerca del mío, pero algo en su mirada reflejaba el conflicto que yo misma sentía. Pasó una mano por sus labios, como si quisiera borrar la sensación, pero sabía que no sería tan fácil.

—Lo siento... —dijo, con voz áspera y vacilante, dando un paso atrás, como si necesitara distancia para recuperar el control.

Parpadeé, intentando encontrar las palabras, pero lo único que logré fue asentir con la cabeza, todavía sintiendo el calor de sus labios en los míos.

—No... fue un impulso —respondí, con la voz apagada y un aire más desconcertado de lo que quería mostrar—. No debió haber pasado.

Ese beso me había desarmado por completo, y la certeza de que eso se reflejaba en mi rostro solo me irritaba más.

Él asintió, pero la atracción seguía presente, como un hilo invisible que nos mantenía conectados.

—Será mejor que volvamos al trabajo —murmuró, intentando recuperar la compostura profesional que parecía haberse hecho añicos en el momento en que nuestras bocas se encontraron.

Asentí, todavía sintiendo la energía pulsar entre nosotros. Intentamos recuperar lo que quedaba de control, pero sabía que, después de ese beso, nada volvería a ser igual.



## ***Capítulo 10***

*¿Qué mierda hice?*

Mis labios aún dolían, y el sabor de su boca parecía negarse a dejar la mía. Me alejé lo suficiente para intentar recuperar el aliento, pero la realidad de lo que acababa de suceder estaba clavada en mi mente. Ese beso... era completamente inadmisibles. No había excusas para lo que hice. Sabía las consecuencias, lo que podría significar, pero en el momento en que sus labios tocaron los míos, toda racionalidad desapareció.

No pude evitar el impulso de ceder. Su toque fue suave, pero electrizante, como si cada parte de mi cuerpo estuviera en llamas. Por más que sabía que estaba mal, la tentación fue demasiado fuerte para resistir, y, por un instante, lo único que importaba era esa sensación.

Pero luego, lo que quedaba era el arrepentimiento...

Me giré, intentando retomar el control, concentrarme en el caso del paciente que estábamos discutiendo, pero era imposible. La sensación del beso no me dejaba, al igual que la mirada que intercambiábamos antes de que todo sucediera. Cerré los ojos por un momento, respirando hondo, tratando de apartar la imagen de ella que se repetía insistentemente en mis pensamientos.

La irritación crecía en mí. ¿Cómo pude ser tan débil? Tenía un propósito ahí, y ceder a una atracción momentánea estaba fuera de cuestión. Sin embargo, cuanto más intentaba apartar el deseo, más insistía en regresar, trayendo consigo el recuerdo del calor de sus labios y el toque de sus manos sobre mí.

Me pasé la mano por el rostro, intentando alejar la sensación de incomodidad que se instalaba en mi pecho. Ya no podía concentrarme, y eso me molestaba. Necesitaba enfocarme, recordar el motivo por el que estaba allí, pero lo único que sentía era su presencia, su tacto, su sabor, como si cada parte de mí estuviera marcada por ese momento.

Miré los papeles frente a mí, pero las palabras parecían desordenadas. Por más que intentaba, mi enfoque estaba completamente perdido. Y eso me dejaba aún más furioso, porque, al final, sabía que la única culpable de este caos era ella... o tal vez yo mismo, por haber permitido que eso sucediera.

Necesitaba recomponerme. Volver al profesionalismo que siempre me había guiado y, sobre todo, mantener la distancia. Sin embargo, por primera vez, no sabía si lo lograría.

No podía quedarme allí ni un segundo más. Me alejé, tratando de recuperar el control, y con la voz más calmada que pude, pedí permiso.

—Necesito salir un momento —dije.

Sin esperar respuesta, salí rápidamente de la sala, sintiendo aún la adrenalina corriendo por mis venas. Mi cuerpo parecía estar en conflicto, y mi mente estaba a mil. Caminé por el pasillo con pasos firmes, intentando no dejar que el caos interno se reflejara. Necesitaba un momento para recomponerme.

Entré al baño y fui directo al lavabo, abriendo la llave y echándome agua fría en la cara. El choque del agua me hizo respirar profundo, pero no apagó la sensación que aún latía en mis labios. Levanté la cabeza y me miré en el espejo, observando mi reflejo.

Vi la mirada de alguien que había perdido el control, y eso me disgustó profundamente.

—Qué mierda hice... —murmuré en voz baja para mí mismo, sintiendo la frustración carcomiéndome.

Mientras intentaba procesar lo que había ocurrido, la puerta del baño se abrió, y un enfermero entró. Me miró, dudando un momento antes de preguntar.

—¿Está todo bien, doctor?

Respiré profundo, intentando suavizar el tono áspero de mi voz, pero no lo logré.

—Sí, está todo bien —respondí, y mi tono salió más brusco de lo que quería. El enfermero rápidamente desvió la mirada, asintiendo.

—Claro, disculpe.

Se alejó, y yo me sentí aún más irritado. Su comportamiento solo sirvió para recordarme que estaba visiblemente afectado, algo que, como médico, siempre me enorgullecí de ocultar. Nuevamente, me miré en el espejo, tratando de encontrar la compostura que parecía haberse evaporado desde ese momento.

—Concéntrate, Khalid —respiré profundo, repitiéndolo para mí mismo, como si las palabras pudieran devolverme el control que necesitaba recuperar desesperadamente.

Me eché más agua en la cara y cerré los ojos por un momento, intentando apartar la imagen de ella que insistía en aparecer. No podía dejar que eso me afectara más.

Era hora de volver al trabajo.



Cristine  
CLARK

## Capítulo 11

En cuanto Khalid salió, sentí que mis piernas se aflojaban. Me apoyé en la mesa, tratando de controlar la respiración, pero mi corazón aún latía desbocado. El sabor del beso no me dejaba, y la sensación de sus labios sobre los míos me desorientaba. ¿Qué fue eso? No lograba entender cómo algo que debía ser solo profesional se había convertido en... un caos.

Cerré los ojos, tratando de procesarlo, pero la imagen de él seguía fija en mi mente. Mi cuerpo reaccionaba de una manera que no quería admitir. Necesitaba recomponerme, olvidar lo que había pasado y seguir adelante, pero era mucho más fácil decirlo que hacerlo.

El sonido de la puerta abriéndose me sacó de mis pensamientos, y me giré rápidamente, tratando de parecer normal.

Iván entró, con esa expresión curiosa que siempre tenía, como si supiera todo.

—Hey, ¿estás bien? Pareces que has visto un fantasma —dijo, frunciendo el ceño.

—Hola, Iván... —Intenté sonreír, pero la tentativa fue un fracaso—. No, todo bien. Solo un poco cansada, creo...

Me observó por un momento, claramente desconfiado. Iván me conocía lo suficiente como para notar cuando algo no estaba bien, pero, por suerte, decidió no insistir.

—Bueno, si tú lo dices... —Se encogió de hombros, todavía mirándome—. Solo pasé

para avisarte que saldré más temprano hoy. Voy a acompañar a Ian a ver la obra de Lisa en la escuela.

Sonreí, aliviada por el cambio de tema.

—¡Qué lindo! Seguro que va a brillar. ¡No te olvides de sacar fotos para mí!

Iván rió, negando con la cabeza.

—No hay problema, seré el tío más cursi. Te las mando.

Hizo un gesto con la mano y se fue. Cuando la puerta se cerró, solté el aire que ni siquiera había notado que estaba conteniendo. Miré la mesa, aún sintiendo el temblor en las manos. Sabía que debía contarle lo que había pasado, pero no pude. Ni siquiera sabía cómo explicarlo para mí misma.

Lo único que sabía era que ese beso, por más breve que hubiera sido, me dejó completamente desestabilizada.



## ***Capítulo 12***

El clima entre Cristine y yo, que ya no era de los mejores, se volvió insoportablemente tenso después de lo que ocurrió. Trataba de evitar al máximo cualquier interacción innecesaria, limitándome a lo básico cuando éramos obligados a hablar. Pero cuanto más me retraía, más parecía aumentar el desconcierto. Era como si cada palabra que no decíamos estuviera flotando entre nosotros, convirtiendo cada intercambio de miradas en un campo minado.

En el hospital, las cosas no podían detenerse. Teníamos pacientes por atender y casos por discutir, y cada vez que teníamos que compartir el mismo espacio, sentía cómo la tensión crecía. En un intento de esquivar el problema, mantenía mis respuestas cortas y directas, sin mirarla por mucho tiempo. Sin embargo, por más que lo intentaba, el efecto era exactamente lo opuesto a lo que quería lograr.

Después de salir de la habitación de un paciente, sentí su mirada fija en mí mientras caminábamos por el pasillo. Sabía que algo iba a suceder y traté de prepararme, pero nada me dispuso para lo que hizo después.

—Khalid —me llamó, con voz firme, y me giré, de mala gana—. Necesitamos manejar esto como adultos y profesionales.

Su expresión era seria, los brazos cruzados, con una mirada intensa. Respiré hondo,

manteniendo mi semblante neutro.

—Estoy de acuerdo, doctora Clark —respondí de forma fría, casi automática—. Pero estamos manejándolo de esa manera.

Ella rodó los ojos, claramente frustrada.

—No, estás evitando hablar conmigo, y eso solo está complicando todo. No podemos seguir así.

Contuve el impulso de desviar la mirada, forzándome a mirarla.

—Estoy intentando mantener el profesionalismo, doctora —dije, tratando de sonar lo más tranquilo posible—. Después de lo que ocurrió, pensé que sería lo mejor.

—¿Y cómo te está funcionando? —replicó, con voz más baja, pero llena de una mezcla de frustración e impaciencia.

Me quedé en silencio por un momento, sin saber qué responder. La verdad era que nada estaba funcionando. Y cuanto más trataba de ignorarlo, más me consumía.

—No podemos pretender que no pasó nada —continuó, aún firme—. Tenemos que lidiar con esto de una manera que no afecte nuestro trabajo.

Asentí lentamente.

—Tienes razón —finalmente lo admití.

El silencio entre nosotros duró unos segundos, pero me pareció una eternidad. Podía ver en sus ojos que también le estaba costando, pero ella tenía una determinación que no podía ignorar. Ella quería resolver esto, mientras que yo solo deseaba escapar del conflicto.

—Vamos a intentar... empezar de nuevo —sugerí, sabiendo que era lo máximo que podía ofrecer en ese momento.

Ella me miró por un instante, evaluando mis palabras, antes de suspirar y asentir.

—¡Está bien! ¿Qué te parece si sales conmigo?

Me quedé completamente sorprendido.

¿Acaso dijo eso? ¿Salir conmigo? ¿Era en serio?

Cristine me miraba con esos ojos desafiantes, como si esperara una reacción. Pero, de todas las posibilidades, esa era la última que imaginaba.

—Las mujeres no deberían hacer eso —dije, boquiabierto. Tal vez no debía haber mostrado tanto asombro, pero fue imposible contenerme.

Ella levantó una ceja y, con una sonrisa irónica, se encogió de hombros.

—Bienvenido al occidente, doctor Al Saud.

La manera tan casual con la que lo dijo me dejó aún más desconcertado. Como si fuera normal para ella, como si no hubiera nada raro en que una mujer hiciera ese tipo de invitación.

—No podemos salir.

—¿Por qué no? —Me miró, curiosa y desafiante.

No quería tener esta conversación, pero sabía que no había forma de evitarla. Bajé la mirada por un segundo antes de responder, eligiendo cuidadosamente las palabras.

—Mis padres... ellos ya eligieron otra persona para mí.

Por un segundo, pensé que ella reaccionaría con seriedad. Que entendería el peso de esa responsabilidad, lo que significaba para mí y mi familia. Pero, en lugar de eso, se rió.

Se rió a carcajadas, como si le hubiera contado un chiste.

Sentí cómo el malestar aumentaba en mi pecho. ¿Cómo podía tomarse a risa algo tan serio?

—¿En serio? —dijo, todavía riendo—. Ya eres bastante grande como para elegir a tus propias novias, Khalid.

La forma en que lo dijo, tan casual, me hizo sentir una mezcla de irritación y vergüenza. Ella no entendía, no podía entender. Para ella todo esto era sencillo. Pero para mí, había tradiciones, expectativas, un camino ya trazado.

—No es algo que pueda decidir así nada más —respondí, tratando de mantener la compostura, aunque la risa de ella seguía retumbando en mi cabeza.

La forma en que se burlaba, como si todo fuera una broma, me molestaba. Cristine parecía tan a gusto, como si nada pudiera hacerle perder la confianza, mientras yo sentía cómo mi paciencia se agotaba. Realmente no tenía idea de lo que eso significaba para mí, y, por más que intentara explicarlo, parecía divertirse con mi incomodidad.

—Apuesto a que sigues siendo virgen —provocó, con una sonrisa sarcástica que me hizo hervir la sangre.

Sentí el calor subir a mi rostro, y no pude disimular el malestar. ¿Qué quería probar con eso? Parecía estar poniendo a prueba mis límites. Respiré profundo, intentando mantener la calma, pero la frustración y la irritación ya estaban creciendo.

—Eso no es asunto tuyo —respondí, en voz baja, pero apreté los puños para contenerme.

Ella se rió, una risa ligera, pero desafiante, como si me estuviera retando a seguir el juego.

—Ah, claro, claro. El príncipe perfecto, siguiendo todas las reglas, sin nunca salirse de la línea...

Sabía que estaba intentando desestabilizarme, y lo peor era que lo estaba logrando. Sus palabras, cargadas de sarcasmo, me golpeaban como cuchillos.

—He cometido muchos errores en el pasado —admití, tratando de esconder el temblor en mi voz—. No soy ningún santo, Cristine.

Ella levantó las cejas, sorprendida por mi respuesta. Por un instante, pareció que su sonrisa irónica desaparecía, reemplazada por algo más curioso.

—¿De verdad? —preguntó, como si intentara descifrar si estaba siendo sincero o solo me defendía—. Entonces, ¿qué pasó con el príncipe perfecto?

Apreté los dientes, sabiendo que esa conversación estaba tomando un rumbo que no quería explorar, pero sentía que ella no se rendiría fácilmente.

—No importa. —Pasé la mano por mi cabello, irritado con la forma en que me hacía sentir expuesto—. El pasado es pasado.

Ella me observó unos segundos más, y su mirada seguía investigándome, como si tratara de entender algo que ni yo mismo podía explicar.

—Ok, Khalid, si tú lo dices —finalmente retrocedió, dándose de hombros, pero el gesto de burla seguía ahí, y sabía que esa conversación no había terminado para ella.

Por más que intentara evitarlo, sentía que Cristine estaba abriendo una puerta que no estaba seguro de querer cruzar. Y eso me hacía sentir cada vez más incómodo.



Cristine  
CLARK

## *Capítulo 13*

Tan pronto como llegué a casa, dejé mi bolso en el suelo y me tiré en el sofá, soltando un suspiro pesado. El malestar que sentía parecía latir en mí, como si la conversación con Khalid y todo lo que había pasado entre nosotros se negara a salir de mi cabeza. Cerré los ojos, tratando de olvidar, pero era imposible. La imagen de él, la forma en que me miró después de ese beso unos días atrás, estaba grabada en mi mente.

Quería reírme de la situación, pero, al mismo tiempo, una ola de irritación me recorría. ¿Cómo podía alguien ser tan... complicado? ¿Cómo podía ser tan formal, tan atado a las tradiciones, y aún así despertar algo en mí que no podía ignorar?

Me moví en el sofá, recordando la conversación que tuvimos más temprano. El modo en que se desconcertó cuando sugerí que saliéramos juntos y, peor aún, cuando hice esa broma sobre él siendo virgen. Fue gracioso verlo tan perdido, pero la verdad era que, detrás del sarcasmo, sabía que había tocado un punto sensible.

Y ahí fue cuando soltó aquello: "mis padres eligieron a otra persona para mí". Como si yo fuera a aceptar esa excusa ridícula. Como si, de alguna manera, no fuera lo suficientemente digna o buena para él, aunque fuera solo para una cita.

Una cita que, claramente, él nunca tendría el valor de proponer.

*¡Idiota!*

Sabía que estaba exagerando, pero algo en la manera en que él hablaba, siempre poniéndose por encima de mí o de la situación, me irritaba profundamente. Era como si, para él, mis acciones y decisiones no tuvieran valor, como si mis provocaciones fueran solo “cosas de occidentales que no entienden nada”.

—¡Que se vaya al infierno con toda su arrogancia! —grité para mí misma.

Por más que quisiera ignorarlo, algo me atraía hacia él, algo que todavía no podía explicar. Y tal vez, en el fondo, eso era lo que más me molestaba: el hecho de que, aunque estaba molesta, no podía dejar de pensar en él.

Suspiré nuevamente, dándome vuelta en el sofá y tratando de sacar la imagen de él de mi cabeza. Pero la verdad era que, por más que quisiera seguir adelante, Khalid era una presencia que parecía imposible de olvidar.

Tomé el celular y, sin pensarlo dos veces, abrí la conversación con Clare. Si alguien podía entender mi dilema y, de paso, hacerme reír de todo esto, era ella.

Escribí rápidamente.

Cristine:

No vas a creer lo que pasó estos días...

Clare:

¿Qué? ¡Quiero saber todo!

Cristine:

Beso al doctor Príncipe del hospital.

Clare:

¿¡QUÉ!?!? ☹️ ¡Cuéntalo bien!

Suspiré, escribiendo más rápido, como si poner las palabras afuera pudiera aliviar un poco la confusión que sentía.

Cristine:

Fue un momento de locura... no sé, un impulso. Pero el tipo es un idiota, en serio. Todo lleno de reglas, “mis padres eligieron a otra persona para mí” y bla bla bla.

Clare:

O sea... te tocó. 🍷

Rodé los ojos, sabiendo exactamente dónde iba a parar esta conversación.

Cristine:

No me tocó. Solo fue un beso. Un error. Es insoportable, Clare.

Clare:

Claro, claro... siempre es así. Y ahora, no puedes dejar de pensar en él, ¿verdad?

Apuesto a que te estás enamorando. 😊

Solté una risa irónica, escribiendo antes de que ella pudiera seguir con sus suposiciones.

Cristine:

¿Yo? ¿Enamorada? ¿Estás loca!

Él es arrogante, engreído y atrapado en sus tradiciones. No tiene nada que ver conmigo.

Pero mientras esperaba su respuesta, sentí una punzada de duda. ¿Estaba yo realmente dejándome afectar por todo esto? Clare podría estar exagerando, pero, en el fondo, no podía negar lo mucho que ese hombre me estaba afectando.

Clare:

Sí... sigue intentando convencerte de eso.

Apostaría a que, si él te invitara a salir ahora, dirías que sí.

Rodé los ojos, pero la verdad es que sus palabras se quedaron en mi cabeza. Y, por más que intentara negarlo, la idea de que tal vez, solo tal vez, me estaba involucrando más de lo que debería me dejó pensativa.

Clare:

Pero en serio, Cris. Estás medio obsesionada. Eso no es normal. 😊

Cristine:

¿Obsesionada? Es solo que... es ridículo, Clare.

El hombre tiene más de cuarenta años y aún viene con eso de que los padres le eligieron una novia. Ya es bastante grande para tomar sus propias decisiones.

Me quedé mirando la pantalla del celular, esperando su respuesta, ya sabiendo que seguiría insistiendo.

Clare:

Eso me parece raro.

No entiendo bien esas tradiciones... pero bueno, es otra cultura, ¿no?

Suspiré, sacudiendo la cabeza. Sabía que ella no lo entendería completamente y, para ser honesta, ni yo lo entendía del todo. Todo eso me parecía tan anticuado, tan fuera de lo que yo consideraba normal.

Cristine:

Ni yo lo entiendo, pero, sinceramente, solo quiero que se vaya pronto a su país.

Ya basta. Es mucha confusión y drama para mí.

Clare:

Entiendo... pero, por lo visto, él sí te afectó.

Si te pone tan irritada, es porque te gusta.

Cristine:

No. Solo quiero que se largue y se lleve todo este lío.

Será lo mejor para todos.

Ella mandó un emoji de “dudo”, y rodé los ojos. Clare siempre fue persistente, pero no iba a ceder. No cuando sabía que lo mejor era que Khalid volviera a su país y siguiera con la vida que sus padres habían elegido para él. Y, con suerte, yo volvería a tener paz en mi hospital.



## ***Capítulo 14***

Comencé a caminar de un lado a otro por el apartamento, con la irritación hirviendo dentro de mí.

*¡Qué rabia!*

Mi padre siempre me decía lo difícil que era lidiar con los occidentales. No comprendían nuestra cultura ni nuestras costumbres y, para empeorar las cosas, ni siquiera se esforzaban por respetar las diferencias.

La conversación que había tenido con Cristine seguía resonando en mi mente, y cada detalle solo avivaba más mi incomodidad. Su risa, el tono burlón con el que habló de mí, de mis tradiciones, como si todo fuera una gran broma. No tenía idea de lo que significaba, del peso que había cargado toda mi vida, y aún así se sentía con el derecho de ridiculizar.

Pasé la mano por mi cabello, intentando controlar la frustración.

¿Por qué eso me afectaba tanto?

No debería importarme lo que pensara ella. Pero la verdad era que cada palabra de Cristine, cada risa, cada comentario sarcástico, parecía golpearme como una flecha afilada.

Era insolente, provocadora... y todo eso solo me irritaba más porque, en el fondo, sabía que no podía sacarla de mi cabeza. Desde aquel beso, nada parecía volver a la normalidad. Mi mente seguía atrapada en ella, en los momentos en que nuestros ojos se encontraban, en la forma en que su toque me hacía sentir cosas que no debía sentir.

Me detuve frente a la ventana del apartamento, observando las luces de la ciudad reflejarse en el océano. Cerré los ojos por un momento, respirando hondo, pero la imagen de ella seguía en mi mente. Cristine me desafiaba de una manera que nadie más podía. No le importaban mis tradiciones, no respetaba las barreras que intentaba imponer, y de alguna manera, eso me hacía querer estar aún más cerca de ella.

Pero no podía.

Tenía un compromiso, un deber, y ella solo era una distracción peligrosa.

Aún así, por más que tratara de convencerme de eso, sabía que, mientras permaneciera en Miami, Cristine sería una presencia imposible de ignorar.

Me senté en el sofá, intentando controlar la agitación que me invadía. Sin embargo, en cuanto me acomodé, sentí las piernas inquietas y me levanté de nuevo, caminando por el apartamento como si el movimiento pudiera disipar la frustración que me consumía. La voz de ella seguía resonando en mi cabeza, ese maldito tono burlón y provocador que usó cuando insinuó que aún era virgen.

Fui al baño. Me eché agua en la cara, tratando de recomponerme, pero nada parecía funcionar.

¿Por qué me afectaba tanto? Sabía que solo estaba provocando, tratando de desestabilizarme, pero, a pesar de ser consciente de ello, la irritación persistía. Tal vez porque, en el fondo, había una verdad que intentaba negar: la atracción por Cristine me estaba sacando de control.

Estaba entrenado para mantener la calma, para ser racional, pero ella conseguía mover mis emociones de una manera que nadie más podía. Cada vez que pensaba en ella, mi mente regresaba a aquel beso, al toque de ella y a la forma en que, a pesar de molestarme, lograba despertar en mí algo que no estaba preparado para sentir.

Cerré los ojos, respirando profundamente, pero las imágenes y los sonidos seguían ahí. Sabía que no debía dejarme afectar. Tenía un propósito claro, y ella no formaba parte de él. Pero, por más que intentara, parecía imposible evitarlo.

—Contrólate —murmuré para mí mismo, pero la verdad era que, en ese momento, el control se me escapaba entre los dedos.

El dolor de cabeza vino de repente, martilleando mi cráneo. Me apoyé en el lavabo, tratando de estabilizarme, pero la visión se me nubló, y el mundo a mi alrededor comenzó a girar. Traté de respirar hondo, pero las piernas me fallaron, y antes de que pudiera sostenerme, todo se oscureció...

\*\*\*

Cuando abrí los ojos, el frío del suelo del baño me golpeó el rostro, y mi cabeza latía con un dolor intenso. Me llevé la mano a la frente y, al retirar los dedos, vi la sangre.

¡Maldición!

Probablemente me golpeé la cabeza con el lavabo cuando me desmayé.

Me senté lentamente, respirando profundo, y traté de recomponerme.

Miré al espejo y vi el corte abierto en mi frente. No era profundo, pero lo suficiente como para necesitar puntos. Como si no tuviera suficientes problemas, ahora tenía que lidiar con esto también.

Agarré mi kit de primeros auxilios para arreglarlo. El dolor de cabeza me había estado atormentando durante semanas, pero trataba de ignorarlo, concentrándome en el trabajo. Hice la sutura con cuidado, presionando los puntos y limpiando la sangre. En pocos minutos, el corte estaba cerrado, y cubrí los puntos con un vendaje.

Miré un momento mi reflejo en el espejo, con los ojos cargados de cansancio e irritación. Como si todos los problemas que ya enfrentaba no fueran suficientes, ahora Cristine se había convertido en uno más. Sus burlas, la forma en que se insinuaba en mis pensamientos, todo eso me desestabilizaba de una manera con la que no estaba preparado para lidiar.

Pasé la mano por mi rostro y cerré los ojos, respirando hondo una vez más. Necesitaba concentrarme y recuperar el control. Sin embargo, cada vez que lo intentaba, parecía que la situación solo empeoraba.



Cristine  
CLARK

## Capítulo 15

Llegué al hospital y, justo en la recepción, vi a Ian, el director ejecutivo del hospital y hermano gemelo de mi mejor amigo, conversando con su hija Lis. La pequeña llevaba una mochila de colores y sonreía de una forma tan amplia que iluminaba todo el ambiente.

Al verme, corrió hacia mí.

—¡Tía Cristine! —exclamó, y me abalancé hacia ella.

—¡Hola, princesa! —dije, agachándome para desordenarle un poco el cabello—. ¿Lista para otro día de aventuras?

Lis soltó una risita, e Ian me saludó con un gesto de la mano, sonriendo.

—Tengo que estar pendiente de ella hoy —comentó, jugueteando—. Si no, voy a tener problemas.

—Todos nos vamos a encargar de ella —prometí, guiñando un ojo a Lis antes de caminar hacia el elevador.

Tan pronto como las puertas se abrieron, Iván apareció, entrando a mi lado. Parecía de buen humor, como siempre. Mientras el elevador subía, me lanzó esa mirada curiosa de quien está a punto de hacer preguntas.

—¿Qué tal? ¿Cómo va la experiencia de trabajar con el doctor Al Saud?

Puse los ojos en blanco, sintiendo el peso del tema caer sobre mí desde temprano.

—Ah, Iván... —murmuré, cruzando los brazos—. Ojalá fuera solo otro arrogante más.

Él soltó una risa, como si ya supiera lo que se venía.

—Entonces, ¿es peor? —me provocó.

Suspiré, mirando el indicador del elevador que mostraba que el piso se acercaba.

*¿Cómo se lo explico?*

Todo sobre Khalid me molestaba y, al mismo tiempo, me atraía. Pero claro, no iba a admitirle eso a Iván.

—Es complicado. Digamos que pone a prueba mi paciencia de una forma que nadie más ha logrado —respondí, tratando de mantener la conversación ligera, pero sintiendo que la irritación volvía a crecer dentro de mí.

Iván solo sonrió, divertido.

—Ah, entonces es especial... —Me miró de reojo.

Me irritó su provocación, pero traté de disimularlo. Sabía que no se detendría fácilmente, especialmente cuando notaba que me incomodaba.

—Vamos, hay algo que no me estás contando.

—No hay nada, Iván —respondí, intentando mantener la calma—. Solo trabajo. Y, sinceramente, es mejor así.

Él arqueó una ceja, claramente sin creermelo.

—¿Segura? Porque parece que hay algo más entre ustedes... —provocó, justo en el momento en que la puerta del elevador se abrió.

Di un paso al frente, lista para salir y terminar la conversación, pero, al levantar la mirada, me encontré con Khalid. La sonrisa de Iván desapareció al instante, y sentí que el calor subía a mi rostro. Khalid estaba ahí, y por la expresión en su cara, era obvio que había escuchado parte de nuestra conversación. Me sentí completamente expuesta.

—Perdón —murmuré, intentando pasar rápidamente a su lado.

Salí del elevador apresurada, tratando de poner la mayor distancia posible entre nosotros, pero Khalid me siguió. Siempre parecía decidido a no dejar nada pendiente, lo cual solo me irritaba más.

Paramos en un pasillo más vacío, y él me llamó, con voz firme y controlada.

—Cristine, necesitamos hablar.

Me giré, cruzando los brazos, intentando parecer firme, pero aún sentía el rostro ardiendo.

—No tenemos nada que hablar, Khalid. Lo mejor que puedes hacer es irte y dejarme en paz.

Él entrecerró los ojos, claramente frustrado.

—No es así como se resuelven las cosas. Necesitamos acabar con esta tensión.

—¿Acabar con esta tensión? —repetí, casi riendo por la ironía—. La única forma de acabar con esto es que tú te vayas a tu país y me dejes vivir mi vida.

Se quedó en silencio por un momento, su mirada fija en mí, como si estuviera tratando de descifrar lo que realmente quería decir. Sabía que estaba siendo dura, pero en ese momento, me parecía la única salida.

—Como tú misma dijiste, somos adultos.

Solté una risa sarcástica, negando con la cabeza.

—¿Adultos? No pareces muy adulto, Khalid. —Bufé, pero algo me llamó la atención. Había un pequeño vendaje en su frente—. ¿Qué te pasó? —pregunté, señalando la herida.

Khalid desvió la mirada, claramente incómodo.

—No es nada —respondió, demasiado rápido como para ser convincente—. No es importante.

Antes de que pudiera insistir, él sujetó mis brazos con firmeza. Su tacto fue fuerte, y por un momento, sentí cómo la tensión recorría todo mi cuerpo.

—Tienes que respetar mi cultura, Cristine —exigió, con los ojos fijos en los míos, su expresión severa.

Solo encogí los hombros, manteniendo la mirada desafiante. ¿Pensaba que podía imponerse con sus reglas? ¿Que yo iba a aceptarlo sin más? El problema era que, mientras nos mirábamos, la tensión entre nosotros se volvía casi insoportable.

Era como si algo invisible nos empujara hacia más cerca.

Antes de que pudiera reaccionar, nuestros labios se encontraron nuevamente. Esta vez, no hubo duda ni vacilación. Fue urgente, intenso, como si todo el fuego que nos consumía finalmente hubiera encontrado una salida. Khalid me presionó contra la pared, y pude sentir el calor de su cuerpo contra el mío.

Sus manos recorrieron mi cuerpo, apretando mi cintura y atrayéndome aún más cerca. Su lengua se introdujo en mi boca, y el sabor de él me hizo perder el aliento. Mi cuerpo reaccionó como si estuviera en llamas, ardiendo como mil fogatas al mismo tiempo. Cada roce, cada movimiento, era como si un choque eléctrico recorriera mi cuerpo.

Me entregué al beso, sintiendo la intensidad del momento y el deseo que palpitaba entre nosotros. Era imposible ignorar la fuerza de esa atracción, y en ese instante, no había nada más que importara fuera de la forma en que él me sostenía y el calor que nos envolvía.

Sus manos se movían por mi cuerpo con una firmeza que me dejaba completamente vulnerable. Khalid me presionaba contra la pared, y sentía cada parte de mí deshacerse bajo su contacto. La forma en que sus dedos recorrían mi cintura y subían por mi espalda me hizo perder todo sentido de control.

El calor de su cuerpo se intensificó, y el beso, que ya era feroz, se volvió aún más salvaje. Su lengua exploraba mi boca con una urgencia que me dejaba sin aire, y el deseo se apoderaba de cada movimiento. Mi cuerpo respondía a cada roce, a cada avance, y cuando sentí

el volumen en sus pantalones rozando contra mí, un escalofrío recorrió mi espina dorsal.

¡Maldita sea!

Instintivamente, mis manos se entrelazaron en su cabello, tirando con fuerza. Khalid soltó un gemido bajo, lo que solo aumentó la intensidad del momento y mi excitación. El beso se volvió descontrolado, nuestros cuerpos moviéndose como si no hubiera mañana.

Mi corazón latía desbocado, mi cuerpo en llamas, y la forma en que él me sostenía, firme y posesivo, me dejaba completamente rendida. La urgencia de cada beso y el deseo, que ya no podía ignorar, me consumían. Sentía que me estaba entregando completamente a él, y estaba segura de que él también había perdido el control.

De repente, el sonido de unos pasos resonó en el pasillo. Fue como si nos hubieran lanzado un balde de agua fría. Khalid se apartó de mí con tanta rapidez que me dejó atónita, como si hubiera recibido una patada. La intensidad del momento se desvaneció al instante, dejando solo el silencio incómodo y el sonido lejano de los pasos.

Lo miré, con el corazón aún acelerado, tratando de entender lo que acababa de suceder. Khalid parecía cada vez más desconcertado. Evitaba observarme directamente, con una mirada inquieta y las manos tensas a los costados, como si no supiera qué hacer con ellas.

La incomodidad se sentía en el aire entre nosotros.

Me enderecé, intentando recuperar la compostura, pero la verdad es que yo también estaba sin palabras.

El beso había sido intenso, lleno de fuego y deseo, y no había manera de que Khalid lo negara. Precisamente por eso estaba tan desconcertado. La tensión seguía flotando en el aire, y él parecía estar a punto de salir corriendo de allí. Intentó pasar por mi lado, pero antes de que pudiera hacerlo, extendí la mano, la puse en su pecho y lo miré a los ojos.

—¿Vas a huir, Khalid? —pregunté, con tono desafiante.

Él se detuvo, inquieto, pero esta vez me miró de verdad, jadeante, como si estuviera luchando contra algo dentro de sí.

—¿Qué quieres que haga? —La pregunta salió como un suspiro, como si no supiera qué hacer con el torbellino de emociones que nos consumía.

Lo miré profundamente, sin apartar la vista, pero la respuesta era clara, aunque él tratara de ignorarla.

—Lo sabes...

Él jadeó, cerrando los ojos por un segundo, como si intentara reunir fuerzas para resistir, pero la verdad era que los dos estábamos atrapados en ese momento, incapaces de escapar de lo que estábamos sintiendo.

El silencio entre nosotros estaba cargado, denso, como si ambos supiéramos lo que venía después. Sin decir una palabra, nos movimos juntos, caminando hasta la sala de descanso. En cuanto entramos, giré la llave en la puerta, cerrándola con seguro.

Ya no había espacio para dudas.

Estábamos atrapados en este deseo, y nada podría detenernos ahora.

Nuestros labios se encontraron nuevamente, con la misma intensidad, quizás más. El contacto de sus labios era cálido, firme, y cuando Khalid mordió mis labios, una ola de placer me recorrió. Reí contra su boca, aprovechando para provocarlo.

—Sabes besar bien, para ser un virgen de 40 años... —bromeé.

Él no respondió. En cambio, sus ojos brillaron con algo más oscuro. Sin previo aviso, Khalid me giró con fuerza, presionándome contra la pared con tal intensidad que mi corazón aceleró aún más. Sus manos bajaron hasta mi cintura, sujetándome en su lugar, sometiéndome aún más a él.

Ya no había palabras. Solo la tensión que nos consumía.

—¿Virgen, eh? —murmuró, mordisqueando mi oreja, con voz baja y cargada de provocación—. Te voy a mostrar quién es el virgen, doctora Clark.

El calor de sus palabras hizo que mi piel se erizara, y antes de que pudiera responder, Khalid ya me había quitado la bata de laboratorio de los brazos, tirándola al suelo con prisa, mientras sus labios exploraban mi cuello, mordisqueando y dejando una estela caliente por donde pasaban. Mi cabello recogido dejaba libre el camino, y yo apenas podía concentrarme en algo más que la presión de su cuerpo contra el mío.

Aún presionándome contra la pared, su mano bajó con habilidad dentro de mis pantalones, invadiendo mi ropa interior. Apreté los labios con fuerza, intentando contener el gemido que amenazaba con salir, pero el contacto de sus dedos jugando con mi clítoris era más de lo que podía soportar. La forma en que lo hacía, con tanta confianza, me sorprendía. No esperaba que supiera cómo provocarme así.

Mientras tanto, su otra mano sujetó mi pecho por encima de la blusa, apretándolo con una fuerza que casi parecía animal. Su tacto era una mezcla de deseo bruto y control absoluto, dejándome completamente rendida.

No pude evitar el impulso de frotar mi culo contra el bulto de su pantalón, buscando más contacto, más de esa tensión que parecía a punto de estallar entre nosotros.

—Entonces, demuéstreme que no eres virgen —bromeé, con voz cargada de deseo, queriendo más.

Él no dudó. Siguiendo la misma presión contra la pared, su mano bajó con firmeza por dentro de mis pantalones, invadiendo nuevamente mi ropa interior. Cerré los labios con fuerza, luchando por contener el gemido, pero era imposible. Su contacto, directo y preciso, encontró mi clítoris, y el placer que recorrió mi cuerpo fue tan intenso que mis piernas flaquearon.

Dejé escapar un gemido mientras la excitación me invadía. Me moví contra él, desesperada por más, mientras sus dedos me volvían loca. Sabía exactamente cómo provocarme, moviéndose con la habilidad de quien no es inexperto. Cada toque en mi clítoris era como una ola de placer, como si estuviera jugando con mis reacciones, aumentando la intensidad con cada segundo.

—Más... —susurré, con voz entrecortada por el placer.

Mi cuerpo se movía contra su mano, buscando más contacto, más de esa sensación que

me estaba consumiendo. El calor entre nosotros era insoportable, y la manera en que él me sujetaba, firme, mientras sus dedos seguían jugando con mi clítoris, era la combinación perfecta entre control y deseo bruto.

Ya no pude contener los gemidos. Escapaban de mis labios mientras mi cuerpo ardía, entregándose por completo a sus caricias. Era como si me estuviera llevando al límite, sin posibilidad de escape.

Sentí el sabor de sangre en mi boca mientras apretaba los labios, tratando de no gemir en el exacto momento en que él metió un dedo en mí, sin pedir permiso, moviéndolo rápido. La intensidad de su roce me hizo perder el aliento, y podía sentir cómo mi ropa interior se humedecía más con cada movimiento suyo. Mi cuerpo reaccionaba de una manera que no podía controlar.

—¿Esto es virgen para ti? —me provocó, con voz baja y llena de malicia.

Revolví los ojos, intentando recuperar el control, pero la verdad era que él me estaba llevando al límite.

—Parece que eres bueno con las manos... —respondí, jadeante—. No espero menos de un cirujano. Quiero ver qué puedes hacer con la verga.

Él se detuvo por un segundo, como si estuviera evaluando hasta dónde estaba dispuesta a seguir con la provocación.

—Estás tomando un camino peligroso, Cristine —murmuró, pero había una tensión en su voz que indicaba que lo estaba desafiando en el punto exacto.

—El único con miedo aquí eres tú, doctor —respondí, con una sonrisa provocadora, sintiendo mi cuerpo reaccionar aún más al desafío.

—No tengo miedo —dijo, firme, y antes de que pudiera reaccionar, me giró, poniéndome de frente, con sus ojos encontrando los míos por un breve momento.

La intensidad de su mirada me hizo contener la respiración, y con un movimiento rápido, tiró mi pantalón hacia abajo, dejando claro que ahora estábamos en otro nivel. El aire a nuestro alrededor estaba cargado, y sabía que ya no había vuelta atrás.



## ***Capítulo 16***

Ella derribó todas mis barreras y desmoronó las defensas que había levantado para evitar que llegáramos a este punto. Sin embargo, al mirar a Cristine, desnuda de la cintura para abajo, con sus labios entreabiertos y los ojos brillando de deseo, me di cuenta de que resistirme a ella era simplemente imposible.

Mis dedos estaban cubiertos con su caliente fluido. El olor y el sabor de ella estaban impregnados en mí. Mi boca salivaba por más. La tomé de las piernas, levantándola con facilidad, y pronto nuestros labios se encontraron de nuevo, en un beso intenso y lleno de hambre. Mientras ella se frotaba contra mí, su humedad empapaba mi pantalón, podía sentir el calor pulsante de su intimidad rozando mi verga, aún atrapada en el pantalón.

*¡Carajo, ya no aguento más!*

La equilibré contra la pared, con una mano sujetando firmemente su muslo para mantenerla en su lugar, mientras la otra liberaba mi verga, sacándola del pantalón. Podía sentir todo mi cuerpo tenso, desesperado por ella, y sin pensarlo dos veces, la metí en el canal mojado que se había convertido en mi obsesión.

El placer que recorrió mi cuerpo fue instantáneo, casi visceral.

Ella era todo lo que había imaginado... y mucho más.

Caliente, húmeda, apretada... ¡Carajo! Ya era tarde para pensar que no debía estar allí, en el hospital, en una sala donde los profesionales entraban a descansar. Sin embargo, ahí estaba yo, cogiendo con la mujer que me sacó del control desde el primer momento en que la vi. Cada roce, cada movimiento dentro de ella parecía consumirme aún más.

Pensé que tener sexo finalmente me traería algún tipo de paz, una satisfacción que calmara el caos que ella provocaba en mí.

Pero fue todo lo contrario. Cuando las caderas redondas de Cristine envolvieron mi cintura, tirándome hacia ella, la estrechez de su canal me dejó aún más hambriento, más obsesionado...

Todo lo que podía pensar era en ir más rápido y más profundo. El deseo crecía como una ola incontrolable, y el calor de su cuerpo, sumado a la forma en que me apretaba, solo me hacía querer más. Actuaba por instinto, movido por la necesidad primitiva de poseerla completamente. Cada empuje era más intenso que el anterior, y el sonido de nuestros cuerpos chocando resonaba en la sala.

Estaba completamente entregado.

Ella clavó las uñas en mis hombros, y los gemidos ahogados contra mi oído me hacían perder cualquier resto de control. Besé su boca y mientras mi lengua se entrelazaba con la suya, el sabor dulce de sus labios me inundaba, mientras el encaje de nuestros cuerpos se volvía cada vez más urgente, más necesario. La intensidad entre nosotros aumentaba, y cada movimiento parecía acercarnos aún más al límite.

Bajé las manos hacia su culo, sujetándolo con firmeza, como si en cualquier momento fuera a escaparse, y Cristine me apretó aún más. Su cuerpo se moldeaba al mío de una forma que me hizo soltar una maldición contra sus labios, con el deseo consumiéndome por completo.

Nuestros ojos se encontraron por un breve momento, y pude ver la provocación todavía brillando en los suyos. Eso me volvió aún más loco, más hambriento por la doctora. No había marcha atrás. El fuego que ella había encendido en mí no podía apagarse, y en ese instante, todo lo que importaba era sentirla, cada vez más cerca, cada vez más mía.

Nos besábamos con deseo y una hambre incontrolable.

Mis labios devoraban los suyos, mientras nuestras lenguas luchaban en un ritmo salvaje, y yo me movía dentro de ella, dando empujes fuertes y profundos que hacían vibrar nuestros cuerpos. Sentía su cuerpo apretándome, tirándome más cerca, y la intensidad de cada movimiento me llevaba al límite.

Me movía profundo, más profundo de lo que creí posible, y su sexo respondía a cada embestida, apretándome de una forma que hacía imposible aguantar más tiempo. Cuando finalmente el placer me invadió, ya no pude controlarme. Solté un gemido ahogado contra sus labios, eyaculando dentro de ella, sintiendo todo mi cuerpo entregarse a esa sensación.

Pero ella no paró. Cristine continuó moviéndose contra mí, pidiendo más, buscando su propio orgasmo, hasta que, con un último movimiento intenso, la escuché gemir, alcanzando el clímax en un momento que hizo que nuestros cuerpos estallaran juntos.

Intenté alejarme, pero Cristine siguió con las piernas firmemente alrededor de mi cintura, atrapándome allí, como si aún no estuviera lista para dejarme ir. Nuestros cuerpos permanecían

pegados, y nuestras respiraciones eran pesadas. Cuando la miré, vi que el brillo travieso que me había hecho perder el control desde el principio seguía allí, provocándome, desafiándome...

—¿Satisfecha? —pregunté, intentando recuperar el aliento.

Ella sonrió, esa sonrisa ligera y llena de malicia, que parecía atraerme aún más hacia ella.

—Por ahora —dijo, torciendo los labios en una sonrisa provocativa.

Antes de que me diera cuenta, estaba besándola de nuevo. Mis labios encontraban los suyos con la misma urgencia de antes. Mi verga aún estaba dentro de ella, y el calor entre nosotros no había disminuido ni un poco. Al contrario, parecía crecer de nuevo, como si no pudiéramos parar.

Sabía que no debíamos haber tenido sexo. Comprendía que era un error, que eso complicaría aún más las cosas entre nosotros. Pero, al mirarla, sintiendo su cuerpo alrededor del mío, parecía demasiado tarde para arrepentirme.

Alguien golpeó la puerta, y nos alejamos de inmediato, avergonzados, como si el peso de la realidad hubiera caído sobre nosotros de golpe. Cristine rápidamente recogió su ropa del suelo y se fue al baño de la habitación, mientras yo trataba de recuperar la compostura, ajustando mis ropas a toda prisa. Mi corazón seguía acelerado, y mi mente estaba confundida por lo que acababa de suceder.

Respiré profundo y me acerqué a la puerta. Al abrirla, me encontré con un enfermero, que frunció el ceño al verme allí, claramente sorprendido.

—¿Doctor... está todo bien? —preguntó, mirándome con curiosidad.

—Sí, todo está bien —respondí rápidamente, tratando de parecer lo más natural posible mientras me apartaba y salía de la sala de descanso. La confusión aún pesaba en mi mente, y la desorientación que sentía era evidente.

Caminé por el pasillo, todavía intentando entender lo que acababa de pasar. La intensidad de ese momento con Cristine, el hecho de que habíamos cruzado una línea más allá de los límites que me había impuesto... todo estaba mezclado en mi cabeza.

Sabía que eso iba a complicarlo todo.



Cristine  
CLARK

## Capítulo 17

Mi rostro estaba rojo y sudoroso mientras me miraba en el pequeño espejo de la sala de descanso. La tensión entre Khalid y yo finalmente había explotado, y el sexo fue mejor de lo que había imaginado. Solo de pensar en eso, mi boca se secaba. Era imposible ignorar la satisfacción que recorría mi cuerpo, esa sensación plena que llega después de un buen polvo.

Al mismo tiempo, aquello era terrible. Arriesgado. Sabía que cruzar esa línea con Khalid podría complicarlo todo. Sin embargo, una parte de mí estaba peligrosamente satisfecha. Como si, de alguna manera, eso hubiera tenido que suceder desde el momento en que nos conocimos.

Suspiré, me lavé la cara e inspiré profundamente mientras intentaba recomponerme. Miré hacia abajo y noté el rastro de nuestra relación entre mis muslos. Me lavé, sintiendo una mezcla de satisfacción y culpa.

*Esto no puede repetirse*, pensé, pero la intensidad del momento aún latía en mí, dificultando cualquier intento de resistir las ganas de estar con él.

Cuando me sentí un poco más compuesta, salí del baño.

Al pasar por la sala, vi a un enfermero acostado en una de las camas. Me miró brevemente y asintió con la cabeza en señal de saludo. No dije nada, solo devolví el gesto y seguí caminando, intentando apartar los pensamientos que aún giraban en torno a Khalid.

Caminaba por el pasillo, aún tratando de poner en orden mis pensamientos, cuando choqué, sin querer, con el doctor Mason Foster. Levanté la cabeza rápidamente, intentando parecer lo más natural posible, a pesar de que mi mente seguía hecha un caos por lo que acababa

de ocurrir.

—¿Qué hacías por aquí, doctora Clark? —bromeó, con esa sonrisa ligera que siempre usaba cuando quería relajarnos.

Me quedé sin palabras, sintiendo un nudo en el estómago por un instante, mientras trataba de entender si él sabía algo. Sin embargo, antes de que mi mente empezara a divagar, continuó hablando, aliviando un poco mi tensión.

—Necesito que evalúes a un paciente —dijo, su expresión volvió a ser seria—. Estaba operando una válvula cardíaca rota y, en medio de la cirugía, encontré un indicio de tumor. Lo removí para la biopsia, pero me gustaría tu opinión como oncóloga.

Respiré profundo, agradecida de que no estuviera interesado en lo que había estado haciendo antes, y rápidamente recuperé mi postura profesional.

—Claro, doctor Foster, pásame los detalles. Evaluaré el caso contigo.

—Me gustaría que vinieras conmigo a revisar los resultados de la biopsia y después ver al paciente, que ya debe haber despertado, si no te resulta un inconveniente —dijo el doctor Foster.

—Ah, no. Claro que no —respondí de inmediato, feliz por encontrar una distracción que me sacara de los pensamientos turbulentos que aún rondaban mi cabeza.

—¡Perfecto! —Sonrió.

Seguí al doctor Foster por el pasillo, agradecida por la oportunidad de dejar, al menos por un momento, lo que había sucedido con Khalid. Concentrarme en el trabajo siempre me ayudaba a aclarar la mente, y eso era justo lo que necesitaba en ese instante.

Llegamos al laboratorio y analizamos los resultados de la biopsia. Lamentablemente, lo que temíamos se confirmó: era un tumor en el pulmón, pero detectado en una etapa inicial, lo que ya nos daba algo de alivio.

Fuimos a la habitación del paciente para darle la noticia. Estaba acostado en la cama, todavía algo pálido, pero consciente. Al vernos entrar, levantó los ojos con una mezcla de ansiedad y esperanza.

—Señor Thompson —empecé, con tono calmado y profesional—, tenemos los resultados de la biopsia que realizamos durante su cirugía. El doctor Foster hizo un excelente trabajo al reparar la válvula rota y, al mismo tiempo, detectó un pequeño tumor en su pulmón. Afortunadamente, se removió en una fase temprana.

—¿Un... tumor? —preguntó, tembloroso.

—Sí, pero las posibilidades de recuperación son excelentes —intervino el doctor Foster—. Logramos remover todo lo que encontramos y, con una pequeña sesión de quimioterapia recomendada por la doctora Clark, nos aseguraremos de que las células residuales también sean eliminadas.

El paciente respiró profundamente, como si estuviera procesando todo. Yo continué.

—Sé que es aterrador escuchar esto, pero está en buenas manos, y nos encargaremos de cada paso del tratamiento.

Asintió lentamente, dejando que el alivio se reflejara en su rostro.

—Gracias... gracias, doctores.

El doctor Foster y yo nos miramos, satisfechos con el resultado. Otro paciente con grandes posibilidades de recuperación.

Salimos de la habitación del señor Thompson, y por un breve momento, sentí un alivio al saber que el caso estaba bajo control. Pero, claro, eso no duraría mucho.

Mientras caminábamos por el pasillo, Mason se giró hacia mí, con una sonrisa ligeramente curiosa.

—Cristine, ¿puedo preguntarte algo?

Lo miré, sintiendo una punzada de desconfianza. Pero respondí.

—Claro, Mason. ¿Qué pasa?

Sonrió, con esa sonrisa que siempre llevaba algo más allá de la cordialidad, y finalmente habló.

—Escuché comentarios sobre el nuevo médico que está contigo. Parece que todo el hospital está hablando de él.

Inmediatamente, mi cuerpo se tensó. El calor subió a mi rostro, y tuve que luchar por mantener la compostura. No podía ser que ya estuvieran comentando... o peor, que hubieran visto algo.

—Ah... ¿el doctor Al Saud? —Traté de sonar casual, pero mi voz vaciló un poco—. Sí, está aquí para... aprender más sobre nuestra oncología.

El doctor Foster arqueó una ceja, claramente dándose cuenta de mi incomodidad.

—Sí, parece que está llamando bastante la atención —dijo, con un tono casi juguetón.

Intenté disimular el malestar, pero me sentía completamente expuesta. ¿Realmente todo el hospital estaba comentando sobre Khalid? ¿O sería solo una mala coincidencia?

—Ah, bueno... —Forcé una sonrisa—. Él es... diferente.

—Eso seguro —Mason rió, pero no insistió más en el tema, para suerte mía.

Continuamos en silencio, pero la tensión en mi pecho solo aumentaba. ¿Qué será lo que realmente estaban comentando las personas?



## ***Capítulo 18***

Todo lo que quería era llegar a mi apartamento después de ese día de trabajo. Cada paso que daba parecía pesado, como si estuviera huyendo del hospital. De hecho, era exactamente eso lo que estaba haciendo.

Huyendo.

Avergonzado.

Tenso.

Con la mente llena de pensamientos y sentimientos que apenas lograba entender.

Cristine había logrado lo que nadie más había conseguido: volverme loco.

Cada momento que pasaba con ella parecía derribar todas las barreras que había levantado a lo largo de los años. Y lo peor de todo era que, aunque sabía que eso estaba mal a tantos niveles, no podía detenerme. No lograba sacarla de mi mente. El sabor de su boca aún estaba en mis labios, y el contacto de su cuerpo quemaba mi piel, como si estuviera grabado en mí.

El elevador del edificio parecía demorar una eternidad, y cuando finalmente llegué a mi piso, entré al apartamento con un suspiro pesado. La tensión me consumía, y mi cuerpo aún estaba marcado por lo que había sucedido. Cada vez que intentaba alejarme, era como si algo me jalara de vuelta hacia ella.

Cristine era un caos. Y yo estaba en medio de él.

Casi no había logrado sentarme cuando el teléfono sonó. Miré la pantalla y vi el nombre que, en ese momento, preferiría evitar: mi padre.

Contesté la llamada, ya sabiendo que esa conversación no terminaría bien.

—Khalid —dijo la voz grave del jeque desde el otro lado de la línea—. Ya es hora de que regreses a casa.

Sentí mi cuerpo tensarse. Incluso desde el otro lado del mundo, él aún lograba ejercer el mismo control de siempre. Respiré hondo antes de responder.

—No puedo regresar ahora, papá —respondí, intentando mantener la calma—. Aún estoy... ocupado.

—¿Ocupado con qué? —interrumpió, impaciente—. Tienes responsabilidades que asumir. Tu lugar está aquí, no en ese hospital estadounidense. Ya es hora de que regreses y te ocupes de lo que te corresponde.

Cerré los ojos, sintiendo la presión aumentar. Sabía que esta conversación llegaría, pero lo que él no entendía era lo que yo estaba enfrentando.

—No puedo regresar mientras estoy... muriendo —solté, sacando a la luz esa palabra que prefería evitar. No quería sonar tan amargo, pero la verdad no podía ser ignorada.

Hubo un breve silencio al otro lado de la línea. Sabía que a mi padre no le gustaba escuchar debilidad. Para él, debía hacer simplemente lo que se esperaba.

—Los mejores médicos pueden cuidarte aquí —dijo, finalmente—. En casa. Entre los tuyos. Seguiremos nuestras tradiciones, y estarás rodeado de las mejores condiciones. No tienes por qué seguir ahí.

Balanceé la cabeza, aunque él no podía verme. Mi padre nunca entendería. Él veía el mundo de una manera muy diferente a la mía.

—No es tan simple —murmuré, sintiendo la presión creciente con cada palabra. Sabía que, tarde o temprano, tendría que tomar una decisión, pero en ese momento, todo parecía desmoronarse a mi alrededor.

—No estoy pidiendo, Khalid. Te lo estoy ordenando —la voz de mi padre salió firme, cada palabra cargada con la autoridad que siempre había tenido sobre mí. La presión en mi cabeza aumentaba, una molestia que parecía resonar con cada frase que él decía.

Cerré los ojos por un momento, tratando de ignorar el dolor pulsante.

Él no cedería, lo sabía. Mi padre era un hombre de tradiciones y obligaciones, y yo siempre había sido el heredero designado para seguir el camino que él trazó. Pero aquí... todo era diferente. Yo estaba diferente.

—Te estás debilitando ahí. No hay razón para seguir en ese hospital, rodeado de extranjeros. Regresa a casa, Khalid. Es donde perteneces.

Las palabras de mi padre resonaban en mi mente, y una parte de mí sabía que tal vez tenía razón. Desde que conocí a Cristine, todo había empeorado. En lugar de concentrarme en lo que debía, ella se había convertido en una distracción... una obsesión. Y, en este proceso, me estaba alejando de mi propósito. Mi cabeza palpitaba aún más mientras pensaba en cómo, en

lugar de ayudarme, Cristine lo había complicado todo.

Tal vez mi padre tenía razón y lo mejor sería regresar a casa, entregarme a los cuidados de los médicos de nuestro país, seguir nuestras tradiciones. Todo parecía tan claro cuando él hablaba, como si fuera el camino más fácil a seguir.

Pero, por más que quisiera convencerme de eso, algo dentro de mí vacilaba. Una parte de mí, por más que no quisiera admitirlo, no estaba listo para dejar a Cristine. Ella era el caos, sí. Pero también era lo único que me hacía sentir vivo en medio de todo esto.

Suspiré, dividido, mientras mi padre seguía hablando, presionándome a hacer lo que él quería.

—Aún necesito quedarme un poco más —insistí, más firme de lo que él esperaba.

Al otro lado de la línea, mi padre dejó escapar un suspiro pesado, pero no cedió.

Él nunca cedía.

—Khalid, tienes responsabilidades. —La voz de mi padre se volvió aún más incisiva—. Tu prometida te espera. El matrimonio ya debería haberse realizado. No hay más excusas.

Cerré los ojos, sintiendo el peso de sus palabras caer sobre mí como una piedra. El matrimonio. La prometida. Todo estaba planeado desde antes de que yo pudiera recordarlo. El futuro que él quería para mí estaba trazado con líneas tan claras que parecía inquebrantable. Pero yo no podía seguir con eso. No en las condiciones en las que me encontraba.

—No puedo ser un esposo mientras mi salud está debilitada, papá —intenté mantener el tono cordial ante toda la imposición de él—. No quiero hacer eso.

—No importa lo que tú quieras, Khalid. Eres el único hijo varón que tuve. El único. —La voz de mi padre resonó con tal fuerza que me hizo sentir la presión aumentar aún más—. Si no cumples con tus obligaciones, ¿quién lo hará? ¿Quién continuará con nuestro nombre?

La frustración empezó a crecer dentro de mí, mezclada con el dolor de cabeza persistente. Sabía que él no entendería. Para él, todo era sencillo. Pero para mí...

—No quiero embarazar a una mujer y luego abandonarla. —Las palabras salieron amargas—. No puedo hacerle eso a nadie.

Hubo un silencio al otro lado de la línea. Sabía que a mi padre no le gustaban las excusas, pero era la verdad. No podía seguir ese camino mientras mi vida estuviera tan incierta.

—Necesito un nieto. —La voz de mi padre sonó autoritaria y definitiva, como si esa fuera la última palabra. Para él, tal vez lo era.

Cerré los ojos, sintiendo cómo el cansancio se acumulaba. No importaba lo que dijera, él no iba a escuchar. La presión, el peso de las expectativas, todo eso parecía aumentar con cada palabra.

—Papá...

—No, Khalid. Tienes que regresar y hacer lo que es necesario. Ya he esperado demasiado. La línea de sangre debe continuar. Tú eres el único que puede asegurar eso.

La conversación se arrastraba, volviéndose cada vez más destructiva. Cada palabra que

él decía era como una nueva piedra que me caía sobre los hombros. Intentaba argumentar, intentaba hacer que viera la realidad de mi situación, pero era como si estuviera sordo a todo lo que no fuera lo que él quería.

El jeque seguía imponiéndose, exigiendo, como siempre lo hacía. Y yo, con la cabeza latiendo, simplemente ya no podía más. El dolor, el cansancio, la frustración... todo me estaba consumiendo.

—Khalid, tienes una responsabilidad...

Colgué la llamada. Ya no soportaba más esa conversación.

Me tiré en el sofá, agotado, como si todo el peso del mundo estuviera sobre mí. Mi mente seguía dando vueltas, pero intenté concentrarme en un vacío absoluto. Todo lo que quería era un momento de paz, pero parecía imposible escapar de lo que estaba pasando.

Pasaron algunos minutos, o tal vez horas, mientras seguía allí, tirado en el sofá, con la mente vagando por pensamientos desconectados. El peso de la conversación con mi padre seguía flotando sobre mí, como una sombra que no lograba quitarme. Las palabras de él resonaban en mi cabeza, mezclándose con el dolor constante que pulsaba detrás de mis ojos.

Cerré los párpados, intentando, sin éxito, encontrar algún tipo de alivio, cuando sentí el celular vibrar a mi lado. Suspiré, esperando que fuera otra insistencia de mi padre, pero cuando tomé el teléfono, no era una llamada. Era un mensaje.

*Cristine...*

Ella era mi pesadilla, pero, de alguna manera perversa, también parecía un sueño del que no quería despertar. Abrí el mensaje con algo de vacilación, pero sus palabras me hicieron contener la respiración al instante.

Doctora Clark:

Después de hoy, me debes una cena.

Miré la pantalla, sintiendo una mezcla de rabia y algo que no quería admitir... deseo. Cristine siempre lograba alterarme, y ahora, incluso después de todo, ella seguía aquí, invadiendo mi mente con un simple mensaje.

Ella era el caos. Y, de alguna forma, seguía atrapado en él.

Dudé por un largo momento antes de responderle. La verdad era que Cristine siempre conseguía desconcertarme, y, aunque solo fuera un intercambio de mensajes, sentía mi corazón acelerarse. Mi dedo flotó sobre el teclado antes de finalmente escribir.

Khalid:

No creo que sea una buena idea.

Su respuesta llegó rápido, como si ya estuviera esperando eso.

Doctora Clark:

¿Tienes miedo de una cena?

Tragué saliva. No era miedo... Era otra cosa. Algo más profundo, más complicado. Dudé, sintiendo el teléfono resbalar entre mis dedos sudorosos mientras pensaba en cómo responder.

Khalid:

No es miedo.

No tardó en replicar, como si ya supiera que me estaba esquivando.

Doctora Clark:

Entonces, ¿qué es?

No tenía una respuesta inmediata. Mi dedo se deslizó por el teclado y, después de una larga pausa, escribí.

Khalid:

No conozco bien la ciudad.

La casi sonrisa se podía oír en su siguiente respuesta, como si supiera que ya me había ganado.

Doctora Clark:

Yo elijo el lugar.

No pasó mucho antes de que llegara el siguiente mensaje. La dirección apareció en la pantalla, y mi corazón volvió a acelerarse. Sabía que estaba mal, que debía detener esto antes de que complicara aún más las cosas, pero la verdad era que lo deseaba.

Por más que la lógica gritara en mi contra, mi cuerpo y mi mente ya habían tomado una decisión. Cristine tenía ese poder sobre mí. Me arrastraba hacia un camino que sabía que no debía seguir, pero, al mismo tiempo, parecía imposible resistir.

Cerré los ojos por un instante, sintiendo cómo la tensión dentro de mí se mezclaba con el deseo.

Estaba mal.

Pero quería hacerlo.



Cristine  
CLARK

## *Capítulo 19*

Mi corazón estaba acelerado, y mis piernas parecían temblar cuando bajé del taxi frente al restaurante junto al mar, uno de los favoritos de mi familia. El sonido de las olas rompiendo suavemente contra la arena no logró calmar mi ansiedad. La verdad era que no sabía si esa indirecta hacia el doctor Khalid había sido una buena idea. Parecía una locura. Sin embargo, tal vez fuera exactamente lo que necesitábamos.

Pero, a pesar de las dudas, simplemente no podía quedarme quieta mientras la tensión entre nosotros aumentaba con cada encuentro. Desde el momento en que nos besamos, el fuego que ardía entre nosotros parecía incontrolable, y el sexo... bueno, solo había alimentado aún más ese deseo insaciable.

Mientras caminaba hacia la entrada del restaurante, me preguntaba qué iba a suceder después. Esa noche podría cambiarlo todo... o complicarlo aún más.

Mi estómago se revolvía, y había un cierto miedo a que él no apareciera. La ansiedad crecía con cada paso que daba hacia la recepción. Cuando finalmente llegué, la recepcionista me condujo hasta la mesa que había reservado.

—¿Está esperando a alguien? —preguntó amablemente, mientras acomodaba los menús sobre la mesa.

Asentí con la cabeza, intentando mantener la compostura, pero por dentro, el

nerviosismo me consumía. Mis ojos vagaron discretamente por el restaurante, buscando a Khalid, pero aún no estaba allí. La inquietud aumentó, y apreté la bolsa en mi regazo, sintiendo cómo un nudo de ansiedad apretaba mi pecho.

*¿Y si no venía? ¿Y si estaba aquí, esperando en vano?*

Suspiré, tratando de calmarme, pero la verdad era que, por más que lo intentara, la incertidumbre de toda esa situación me dejaba aún más nerviosa.

Pareció una eternidad hasta que finalmente lo vi. Khalid venía caminando por la entrada, usando un pantalón caqui y una camiseta polo negra. Nada que ver con la ropa tradicional que imaginaba, sino algo mucho más estadounidense, más casual. Cuando nuestros ojos se cruzaron, sentí que mi corazón se detenía por unos instantes. Una ola de nerviosismo me invadió, y de repente mi boca se secó. Tomé el vaso de agua y bebí un sorbo, tratando de disimular lo que sentía mientras él se acercaba.

Se detuvo frente a mí, y me levanté, torpe, sin saber bien cómo saludarlo. Instintivamente, me acerqué a su rostro para darle un beso de saludo, pero algo salió mal. Nuestros movimientos no se sincronizaron y, sin querer, nuestros labios se tocaron en un breve y completamente inesperado beso.

La incomodidad fue inmediata. Ambos nos quedamos quietos, sin saber qué hacer, y mi mente peleaba por encontrar una manera de actuar con naturalidad. Mientras luchaba por encontrar algo natural que decir, Khalid rompió el silencio con un murmullo casi inaudible.

—Estás bonita.

Sentí que mi rostro se ponía al instante rojo.

—Gracias —respondí, tratando de controlar la timidez que de repente me invadió—. ¿Por qué no te sientas?

Nos acomodamos en la mesa, pero la tensión era casi insoportable. Cada movimiento, cada silencio, estaba cargado de algo no dicho. No lograba relajarme, y él parecía igualmente inquieto. Mis manos estaban sudorosas, y el pecho pesado por la expectativa.

La camarera se acercó con una sonrisa educada, preguntando si íbamos a hacer un pedido. Miré a Khalid, pero la sensación de que ese lugar no era el adecuado para nosotros me dominó.

—Creo que mejor no —dije de repente, levantándome.

Khalid me miró, visiblemente confundido, pero antes de que pudiera preguntar, extendí la mano hacia él.

—Vamos a salir de aquí.

Él dudó por un segundo, pero luego asintió y tomó mi mano. Salimos del restaurante, y la brisa del mar nos envolvió rápidamente. Comenzamos a caminar por la arena, con el sonido de las olas rompiendo suavemente a nuestro alrededor, mientras la tensión entre nosotros empezaba a disiparse, pero la electricidad seguía presente, pulsando silenciosamente en cada paso.

—¿Por qué esto? —preguntó, claramente confundido, mientras caminábamos lado a lado por la playa—. Pensé que íbamos a cenar.

Solté un suspiro, aún sintiendo la tensión en el aire. Las palabras salieron antes de que pudiera pensar dos veces.

—Definitivamente, no somos buenos en las conversaciones.

Él me miró, y una sonrisa discreta se formó en sus labios.

—Eso parece cierto —dijo, en un susurro.

Nos miramos, y, por un momento, todo a nuestro alrededor desapareció. La luna se reflejaba en sus ojos oscuros, haciendo que el momento fuera aún más surreal. Sentía el peso de la atracción entre nosotros, creciendo, volviéndose imposible de ignorar. El suave sonido de las olas rompiendo sobre la arena solo intensificaba los latidos frenéticos de mi corazón.

Sin pensarlo, las palabras escaparon de mis labios.

—¿Por qué no me besas?



## ***Capítulo 20***

No pudo haber sido más directa, y en ese momento me di cuenta de que era exactamente lo que quería. Antes de siquiera pensar en una respuesta, mis brazos ya estaban rodeando su cintura, atrayéndola hacia mí. Sentí su calor contra el mío, y entonces nuestros labios se encontraron.

Mi lengua se sumergió en su boca, y sentí su sabor dominándome de inmediato. El beso se volvió cada vez más intenso, lleno de deseo reprimido, como si todas las palabras que no podíamos decir estuvieran ahí, en ese momento. La tensión que habíamos cargado por tanto tiempo finalmente se disolvía, dando paso al deseo incontrolable que existía entre nosotros.

Su boca mordía la mía, sus dedos se enterraban en mi cabello, y la forma en que se restregaba contra mí solo me dejaba queriendo más. El deseo era enloquecedor, y lo único en lo que podía pensar era en sentir más de Cristine.

Eso era lo único que importaba.

De repente, se apartó, dejándome momentáneamente confundido, pero pronto entendí lo que estaba haciendo. Cristine se quitó los zapatos y dejó la bolsa en la arena. Sin pensarlo mucho, hice lo mismo. Ella extendió la mano, y yo la tomé, dejándome llevar hacia el océano. Su sonrisa, mientras saltaba las olas, era contagiosa, y por un momento, todo parecía ligero y

relajado, como si nada en el mundo pudiera alcanzarnos allí.

Estábamos en medio del mar, el agua golpeando nuestros cuerpos, cuando nuestros labios se encontraron nuevamente. El beso, mojado y salado, tenía el mismo sabor de urgencia y deseo que antes. Estar con ella, de esa forma, en medio del océano, solo intensificaba la sensación de que estaba completamente rendido a Cristine.

Su cuerpo se frotaba contra el mío, las olas del océano golpeándonos de manera rítmica, pero todo lo que podía sentir era a Cristine. El momento era intenso, algo que nunca imaginé vivir. Sus senos firmes presionados contra mi pecho me dejaban aún más excitado. Mi cuerpo reaccionaba al suyo de una forma que apenas podía controlar.

Ella acercó los labios a mi oído, y con un susurro sexy que me hizo estremecer, me murmuró.

—Cógeme...

Eso me volvió loco. El deseo que ya era intenso se transformó en una necesidad cruda e incontrolable. Mi cuerpo reaccionó antes de que mi mente pudiera procesarlo.

Mis manos se fueron hacia sus muslos, y la levanté fácilmente mientras Cristine seguía besándome, mordiendo mis labios y soltando gemidos bajos en mi oído. Era como si hubiera liberado un monstruo dentro de mí, algo que ni siquiera sabía que existía.

Toda mi resistencia, toda mi lógica, desaparecían en ese momento.

Estábamos cubiertos por el mar desde el pecho hacia abajo, lo que nos daba el mínimo de privacidad. Sin dudar, abrí la cremallera de mis pantalones, aparté su ropa interior hacia un lado e inserté mi verga en ella, sintiendo su calor envolviéndome. Gemimos juntos, nuestras voces mezclándose con el sonido del océano mientras las olas nos balanceaban suavemente.

—¿Es esto lo que quieres? —murmuré, apretando mis labios contra su oído, provocándola.

—Sí... —gemía ella, restregándose contra mí, tirándome aún más dentro. El deseo entre nosotros era incontrolable, y cada movimiento parecía arrastrarnos más, tanto en el mar como el uno al otro.

—¿Tienes idea de lo que estamos haciendo? —pregunté, tratando, por un segundo, de traer algo de conciencia a la situación.

Cristine, sin dudar, se movió contra mí, y sus ojos brillaron con deseo y desafío.

—Somos adultos, Khalid. —Su respuesta vino cargada de certeza y un toque de desafío.

Sus palabras fueron suficientes para romper cualquier vestigio de racionalidad que aún quedaba en mí. El calor entre nosotros, el deseo que ardía, hacía imposible resistir. Los dos sabíamos exactamente lo que estábamos haciendo, y, en ese momento, eso era todo lo que importaba.



Cristine  
**CLARK**

## *Capítulo 21*

Tomamos un taxi en la playa, y el camino hasta mi apartamento pareció confuso. La tensión entre nosotros seguía creciendo, impregnando el aire a nuestro alrededor. Cada vez que nuestras miradas se cruzaban, el deseo aumentaba, y yo sabía que ya no había vuelta atrás.

Tan pronto como entramos al apartamento y cerré la puerta, Khalid no dudó. Me atrajo de nuevo hacia él, sus labios encontraron los míos con una intensidad que hizo que mi corazón se acelerara. Era como si, finalmente, él hubiera dejado atrás todo lo que le impedía estar conmigo, quedándonos solo nosotros dos.

Su beso estaba lleno de urgencia, y me entregué a él, sabiendo que la noche aún estaba lejos de terminar.

Mi vestido mojado resbaló por mi cuerpo y cayó al suelo, dejando mi piel fría expuesta al aire del apartamento. Pero el calor entre nosotros no dejó espacio para ningún tipo de incomodidad. Mis dedos comenzaron a trabajar en la ropa de Khalid, desabrochando y tirando, mientras trazaba las líneas duras de los músculos de su pecho, sintiendo cada curva de su cuerpo.

Él, por su parte, jugaba con mi lengua, mordisqueándola de una forma que me hacía estremecer de placer. Su tacto era una mezcla de intensidad y control, y con cada segundo que pasaba, me sentía más entregada.

Me sumergí completamente en la intensidad de estar con él. Khalid parecía haber dejado

de lado todas las limitaciones que lo frenaban al tocarme. Me prensó contra la pared, y sus labios mordisquearon los míos, provocando una ola de deseo que recorrió todo mi cuerpo. Sus dedos se hundieron en mi culo, sujetándome con firmeza, mientras el calor entre nosotros solo aumentaba.

Sin pensarlo dos veces, comencé a quitarle la ropa mojada. Le tiré la camisa al suelo, sintiendo sus músculos bajo mis manos mientras lo besaba. Mis labios descendieron hacia su cuello, donde dejé besos y chupones, queriendo marcar cada centímetro de su piel. Cada roce, cada movimiento, solo hacía que la intensidad entre nosotros aumentara más.

Nuestras lenguas se tocaban con más y más ferocidad, en un beso tan intenso que mis labios empezaron a adormecerse. Las manos firmes y pesadas de Khalid exploraban cada parte de mi cuerpo, dejando marcas que sabía que sentiría después. Pero en ese momento, solo quería sentirlo todo. Quería que me marcara, que su contacto quedara grabado en mí.

Me tiró sobre el sofá, y caí de frente, apoyándome en el respaldo mientras él sujetaba mi cabello con firmeza. Sus labios bajaron hasta mi oreja, mordisqueándome y besándome con una urgencia que me dejaba sin aliento. Yo me frotaba contra él, con mi culo desnudo presionando su cuerpo, sintiéndolo cada vez más cerca.

Su mano agarró mi nalga con firmeza, y de repente, una bofetada fuerte resonó por todo el cuarto, haciendo que mi cuerpo vibrara. Un gemido escapó de mis labios, y la electricidad entre nosotros aumentaba, como si con cada roce, con cada movimiento, estuviéramos más cerca de estallar.

—¿Es así como te gusta? —me provocó, con la voz áspera contra mi oído, llena de deseo.

—Vamos a ver de qué eres capaz —respondí, con una risa desafiante.

Antes de que pudiera decir algo más, él mordió mi cuello, dejando un chupón que hizo que todo mi cuerpo se estremeciera. Clavé mis uñas en el respaldo del sofá, sintiendo una ola de éxtasis recorrer cada parte de mí. La corriente de placer me volvía cada vez más loca. Hasta que el príncipe sabía cómo aplastarme de una manera que nunca había imaginado, dejándome cada vez más cerca del límite.

Sujetando mi cabello con firmeza, sentí a Khalid posicionándose detrás de mí. Cuando me penetró con un empujón firme, mi cuerpo fue lanzado hacia adelante, y un gemido involuntario llenó la sala. La intensidad del movimiento hizo que mi corazón se acelerara, y me aferré al respaldo del sofá mientras él penetraba fuerte, sujetando mi cintura con una fuerza que me dejaba sin aliento.

Me rendí completamente al éxtasis, sin pensar en nada más que la sensación de tenerlo dentro de mí. Moví mi culo contra él, pidiendo más, sintiendo que mi cuerpo ansiaba cada nuevo movimiento. El placer era incontrolable, consumiéndome por completo.

—¿Así, doctora? —me provocó.

—No eres tan malo —respondí, tratando de sonar confiada, pero mi voz salió entrecortada por el placer.

Apreté los labios, intentando controlar la ola que recorría mi cuerpo, pero fue imposible contener el gemido que escapó cuando él empezó a penetrarme más rápido y más profundo. Cada embestida me llevaba más cerca del límite, y ya no podía pensar en nada más que en cómo me

hacía sentir.

Su lengua recorría mi nuca, dejándome completamente electrificada, mi cuerpo ardiendo de deseo. Cada caricia, cada movimiento, era una explosión de placer, consumiéndome por completo.

*Más rápido, más fuerte...* era todo lo que podía pensar. Quería a Khalid completamente dentro de mí, cada segundo, cada movimiento. Mi cuerpo imploraba más, por esa sensación de estar completamente llena, hasta que no pudiera más y dejara escapar el placer que se acumulaba dentro de mí.

A medida que él se movía, me sentía más cerca del límite, con el calor aumentando, intensificándose con cada momento, hasta que parecía que mi cuerpo iba a explotar de puro éxtasis.

El placer me golpeó con una fuerza que no esperaba. Mi cuerpo entero tembló mientras alcanzaba el clímax, cayendo sobre el sofá, completamente rendida al máximo placer. Sentí a Khalid unirse a mí poco después, su cuerpo relajándose a mi lado, ambos jadeando, como si el mundo a nuestro alrededor hubiera desaparecido por completo.



## ***Capítulo 22***

Desperté con los primeros rayos de sol entrando por la ventana. La luz suave iluminaba la piel ligeramente bronceada de Cristine, y por un momento, me quedé allí, simplemente observándola. Era hermosa, de una manera que me volvía loco. Nunca imaginé que una mujer pudiera conmover tanto mis emociones, hasta el punto de desestabilizar todas las certezas que pensaba tener.

Mientras la miraba, pensamientos sobre el pasado comenzaron a invadir mi mente. Cuando estudié medicina en el Reino Unido, tuve algunos encuentros con universitarias. Era joven, imprudente y mucho menos responsable en aquel entonces. Creía que, con el tiempo, había logrado poner mi cabeza en su lugar, que las distracciones y los deseos estaban bajo control...

Pero entonces, Cristine cruzó mi camino. Y todo lo que pensaba que estaba resuelto volvió con más fuerza que nunca.

Ese maldito tumor debió haberme hecho más responsable. Eso sería lo que cualquier persona racional habría hecho al recibir un diagnóstico como el mío. Sin embargo, en cuanto crucé el camino de Cristine, me di cuenta de que estaba completamente desestabilizado. Todo lo que creía que controlaba, toda la concentración que debía tener en mi salud y en el futuro incierto, desapareció.

Pensé en mi padre, que quería que regresara a casa y asumiera mis responsabilidades, como siempre se encargaba de recordarme. Los médicos en mi país no me dieron un buen pronóstico. Fueron claros: el futuro no era prometedor, y probablemente no tendría mucho

tiempo.

Mientras observaba a Cristine dormir a mi lado, una idea empezó a apoderarse de mi mente. Tal vez, en lugar de pasar los últimos meses de mi vida lidiando con las presiones y responsabilidades que mi padre insistía en imponerme, lo mejor sería simplemente aprovechar el tiempo que me quedaba... con ella. Cristine.

Era egoísta, lo sabía. Sin embargo, la idea de dejar todo atrás y permitirme vivir estos momentos con ella parecía más atractiva que enfrentar el sombrío futuro que me esperaba en casa.

Cristine comenzó a moverse a mi lado, despertando lentamente. Se giró en la cama y sus ojos encontraron los míos. Una sonrisa perezosa se formó en mis labios, y, por un momento, solo nos quedamos mirándonos. Ella entrecerró los ojos, aún medio dormida, y, con un roce de provocación, bromeó.

—Hasta tienes dientes, ¿eh?

Reí suavemente, pero, sin pensarlo dos veces, me incliné y le di una mordidita suave en el hombro. Cristine soltó un gritito de sorpresa y comenzó a reír, lo que me hizo sonreír aún más. Nuestros ojos se encontraron de nuevo, pero esta vez, la risa dio paso a algo más profundo, y pronto nos besamos, con la misma intensidad de siempre, como si nada más importara fuera de ese momento.

Cristine se levantó de la cama, y yo la seguí con la mirada mientras caminaba hacia el baño. La suave luz de la mañana iluminaba su piel, y aún no podía creer la intensidad de todo lo que sentía por ella.

—Tenemos que irnos. Los pacientes en el hospital no van a esperar —dijo, antes de entrar al baño.

La seguí, aún intentando procesar todo lo que había sucedido entre nosotros. Cuando llegué a la puerta del baño, me apoyé en el marco.

—¿Y cómo quedamos con esto?

Cristine frunció el ceño, como si la pregunta fuera inesperada.

—¿Esto? ¿No fue solo una noche? —Me miró a través del reflejo en el espejo.

Vacilé un segundo antes de responder.

—No soy un hombre de aventuras.

Ella se rió, y ese sonido ligero disipó algo de la tensión que sentía. Sin embargo, al poco tiempo, su expresión se volvió seria nuevamente.

—¿Y tus compromisos? ¿Y lo que quiere tu padre?

Suspiré, sintiendo el peso de la pregunta. Cristine tenía razón, pero también sabía que las cosas no eran tan simples.

—Tal vez tengas razón —admití, cruzando los brazos, como si eso pudiera protegerme de la verdad—. Ya soy lo suficientemente adulto para tomar mis propias decisiones. Mi padre ya se ha metido demasiado... durante mucho tiempo.

Cristine me miró, con una expresión de sorpresa, como si no fuera nada de lo que esperaba escuchar. Sabía que esta no era una decisión fácil, pero de alguna manera, parecía aliviada con lo que le estaba diciendo.

—Espero que estés listo para lidiar con las consecuencias —dijo, con un leve toque de preocupación.

La miré, sintiendo el impacto de lo que me estaba preguntando. No obstante, a pesar de todo, sabía cuál era la respuesta.

—Lo estoy —dije, sin vacilar.

Pero por dentro, mi mente comenzó a divagar. Pensé en el tumor, en la muerte inminente que se acercaba cada día, una sombra que no podía ignorar. La verdad era que, tal vez, solo quería aprovechar el tiempo que me quedaba. No había mucho más que pudiera hacer además de eso.

Venir a Estados Unidos podría haber sido la mejor decisión que tomé. Cristine, de alguna manera, hacía todo esto más soportable. Ella aportaba una intensidad a mi vida que jamás habría imaginado, y, a pesar de todas las complicaciones, estar con ella parecía la única cosa que tenía sentido en ese momento.



Cristine  
CLARK

## *Capítulo 23*

Khalid salió temprano para pasar por su casa antes de ir al hospital, mientras yo aún trataba de recuperarme de la intensidad de la noche anterior. No sabía bien qué sentir al respecto, así que hice lo que siempre hacía cuando no tenía respuestas: me dirigí al hospital. En el camino, conduje en silencio, reflexionando sobre todo lo que había pasado.

La noche pasada me había dejado más tranquila. Finalmente habíamos lidiado con la tensión insoportable que había estado flotando entre nosotros. Fue un alivio, pero la conversación que tuvimos por la mañana aún me perturbaba. Por más que no esperara nada serio entre nosotros, la forma en que había hablado... ¿qué significaba eso?

¿Quería Khalid una relación? Y aunque lo quisiera, ¿hasta cuándo podría durar eso? Él tenía toda una vida que lo llamaba de vuelta, compromisos que lo alejaban, y yo... bueno, yo tenía miedo. Miedo de involucrarme, de lanzarme de cabeza en algo que tenía todo para terminar mal. Lo que comenzó como una simple atracción se estaba transformando en algo mucho más complicado.

Y eso, para mí, era aterrador.

Tan pronto como llegué al hospital, pasé por la recepción, saludando a los profesionales con los que trabajaba todos los días. La rutina familiar me daba una sensación de normalidad, lo que necesitaba después de la montaña rusa de emociones de la mañana.

Sin embargo, esa normalidad no duró mucho. Pronto vi a Iván caminando por el pasillo junto a Jeremy, el cirujano plástico. Cuando se acercaron, Jeremy se detuvo abruptamente, mirándome fijamente, lo que me dejó completamente desconcertada.

—Por lo que veo, la noche estuvo caliente, ¿eh? —se burló, con una sonrisa divertida, y los ojos clavados en mi cuello.

Inmediatamente, mi mano fue hacia el cuello de mi bata, tirando de ella para cubrir el chupón que Khalid me había dejado. Mi rostro se puso rojo, yforcé una sonrisa incómoda.

—No sé de qué hablas —respondí, intentando mantener la voz ligera, pero claramente incómoda.

Jeremy solo rió antes de seguir su camino, pero Iván se quedó parado, mirándome con esa expresión curiosa e inquisitiva que conocía demasiado bien. No dijo nada, pero su mirada era elocuente.

—¿Qué pasa? —pregunté, intentando parecer indiferente.

Iván cruzó los brazos, sin dejar de mirarme.

—Nada... solo estoy esperando que lo digas tú.

Revolví los ojos, tratando de esquivar la situación.

—No hay nada que decir, Iván. Ahora, si me disculpas, tengo pacientes que atender.

Él no parecía convencido, pero al menos me dejó seguir, aún sintiendo el peso de su mirada curiosa en mi espalda.

Salí del pasillo y me apresuré hasta el baño, aún sintiendo mis mejillas ardiendo de vergüenza. En cuanto entré, cerré la puerta con un suspiro y me giré hacia el espejo. Ahí estaba, el maldito chupón, aún más visible bajo la luz brillante del baño.

—¡Maldita sea! —murmuré para mí misma.

Decidí intentar frotarlo, tal vez eso aliviaría la marca. Froté con los dedos, luego con un poco de agua, pero lo único que conseguí fue que la piel alrededor se enrojeciera aún más. Suspiré, frustrada.

*¡Qué mierda!*

—Esto no va a funcionar...

Tomé la base de mi bolsa y comencé a aplicarla sobre la piel con cuidado, tratando de cubrir el daño. Pero la verdad era que nada parecía funcionar como debía. Y pensar que, la noche anterior, ni siquiera me había preocupado de que Khalid dejara marcas en mí. En ese momento, lo único que importaba era el deseo.

En el hospital, el chupón se volvía una realidad incómoda.

Me miré en el espejo una última vez, suspiré y salí del baño, tratando de concentrarme en lo que tenía que hacer. La rutina siempre fue mi refugio. Visité dos pacientes, revisando los informes, ajustando medicamentos y conversando con sus familias. Pero, a pesar de todo, mi mente seguía volviendo a Khalid...

Después de las visitas, finalmente regresé a mi consultorio. Cuando abrí la puerta, mi corazón casi se detuvo.

Khalid estaba allí, parado, con la expresión seria y los ojos fijos en mí.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, tratando de mantener la voz firme, pero mi estómago daba vueltas de ansiedad.

Él dio un paso hacia mí, sin apartar la mirada.

—Necesitamos hablar.

Cerré la puerta detrás de mí y me acerqué, cruzando los brazos como intentando protegerme de la ola de emociones que su presencia despertaba.

—¿Sobre qué exactamente? —Traté de sonar indiferente, pero el tono en mi voz delataba que no tenía tanto control como quería.

Él sonrió discretamente, como si supiera exactamente lo que estaba intentando hacer.

—Sobre... nosotros.

Mi corazón se aceleró, pero mantuve la postura. Lo último que quería era parecer vulnerable frente a él.

—Khalid, no creo que tengamos “un nosotros”. Eso fue... —comencé, pero las palabras se me atragantaron cuando él dio un paso más hacia mí.

—¿Fue qué? —preguntó, con voz baja, casi un susurro.

Intenté responder, pero su mirada me desarmaba completamente. Era como si cada palabra que dijera perdiera sentido frente a él. No había forma de negar la tensión entre nosotros, aunque quisiera.

Khalid se acercó aún más, y por un instante, pensé que me iba a besar. Mi corazón latía desbocado y no podía apartar la vista de él. Todo a nuestro alrededor parecía congelarse, hasta que...

—Me has provocado, Cristine. —Su voz era baja, pero cargada de tensión—. Me has vuelto loco. ¿Y ahora quieres huir?

Sentí que sus palabras me golpeaban como una ola, dejándome sin aliento. Estaba tan cerca que podía sentir el calor que emanaba de su cuerpo, y eso solo empeoraba la confusión de mi mente.

—Yo... —intenté empezar a responder, pero me falló la voz. Lo único que quería era imponer algo de lógica, algo de razón a la situación. Pero delante de él, todo parecía esfumarse.

Siguió mirándome fijamente, sin apartar la vista ni un segundo, como si estuviera esperando a que dijera algo más. Algo que ni siquiera se me ocurría.

Khalid se acercó aún más y por un momento pensé que iba a besarme. Mi corazón se aceleró y no podía apartar la mirada de él. Todo a nuestro alrededor pareció congelarse, hasta que...

La puerta se abrió de repente.

Iván entró en la sala, y ambos nos alejamos como si nos hubieran dado una descarga eléctrica. El bochorno invadió mi consultorio y mi rostro se puso rojo. Khalid parecía igual de incómodo, pero mantuvo su postura.

—Ah, ahora entiendo... —comenzó Iván, con un tono burlón y malicioso—. Entonces, fue el doctor Al-Saud quien dejó el chupón.

Sentí el calor subir aún más por mi rostro y una enorme ganas de desaparecer.

Iván miró a Khalid con una sonrisa traviesa.

—Pensé que tú eras de los tranquilos, doctor... pero, por lo visto, esos son los peores.

Khalid no respondió, solo miró a Iván con la expresión seria de siempre, pero pude sentir la incomodidad flotando entre nosotros.

Iván siguió con su aire bromista, mirándome con esa sonrisa irritante.

—¿Podemos hablar de un paciente ahora, o estás demasiado ocupada? —preguntó, echando más leña al fuego.

Khalid, visiblemente incómodo, pidió permiso y salió del consultorio antes de que pudiera responder. En cuanto cerró la puerta, lancé una mirada fulminante a Iván, que solo se rió.

—Si las paredes de este hospital hablaran... —se rió, claramente divirtiéndose a mi costa.

—¿Cuál es el paciente, Iván? —pregunté, intentando cambiar de tema y cerrar esa provocación.

Él me miró con una sonrisa maliciosa.

—¿Desde cuándo andas acostándote con el jeque? —insistió, molestándome.

—No es un jeque —corrígeme, molesta—. Ahora, ¿cuál es el paciente, Iván?

Iván rió una vez más antes de finalmente extenderme el expediente.

Miré el historial médico, tratando de concentrarme en lo que realmente importaba.

—Vamos a revisar los otros exámenes —dije, con el tono más profesional que pude reunir.

Iván, todavía con su sonrisa traviesa, me siguió hasta el laboratorio. Durante todo el camino, intenté mantener mi atención en los resultados y en lo que necesitábamos hacer por el paciente, ignorando completamente las miradas provocadoras de mi amigo, pero era difícil ignorar a Iván cuando se empeñaba en provocarme.

Se acercó, aún intentando sacar conversación, pero yo seguí enfocada en los datos frente a mí, decidida a no darle espacio a más provocaciones.

—Vaya, pensé que éramos amigos —murmuró Iván, claramente intentando fastidiarme.

Revolví los ojos, resoplando.

—Y lo somos. Pero yo no te molestaba cuando te estabas acostando con una enfermera por ahí.

Iván sonrió aún más travieso, encantado con mi respuesta.

—¿Entonces es cierto? ¿Te estás acostando con él? —preguntó, riendo, mientras yo le lanzaba una mirada furiosa.

—¡Iván! —advertí, tratando de mantener la voz baja.

Pero antes de que pudiera decir algo más, Iván soltó una gran carcajada justo cuando Mason, el cirujano cardíaco, pasaba por nosotros.

—¿Acostándote con quién?? —preguntó Mason, deteniéndose a nuestro lado con una expresión curiosa.

Sentí el calor subir a mis mejillas.

*Solo faltaba esto...*

Rápidamente traté de manejar la situación, mirando de Iván a Mason, intentando no dejar que el pánico me consumiera.

—Vamos a centrarnos en el paciente, ¿ok? —dije, tratando de mantener la calma, aunque sabía que mi voz delataba mi nerviosismo.

Iván seguía riendo, claramente disfrutando de la confusión que había causado. Mason, por su parte, miraba de mí a Iván con una sonrisa maliciosa en el rostro, como si ya estuviera listo para unirse a la broma.

—Ah, ¿qué pasa, Cristine? Ya sabes cómo le gusta a la gente aquí el chismerío —provocó Iván, todavía riendo.

Revolví los ojos, pero por dentro estaba preocupada. El San Rose era un lugar donde los rumores se propagaban más rápido que los propios casos médicos. Lo último que necesitaba era convertirme en el tema de conversación del hospital.

—En serio, chicos. Vamos a concentrarnos en el trabajo, ¿de acuerdo? —intenté decir con firmeza, pero sabía que luchaba contra la corriente.

Mason levantó las manos en señal de rendición, pero la sonrisa juguetona en su rostro mostraba que no había terminado con el tema.

—Ok, tengo un paciente que operar en media hora —dijo Mason, alejándose finalmente, aunque no sin antes lanzar un último vistazo curioso—. Pero quiero saber las novedades luego.

Tan pronto como se alejó, me giré hacia Iván y lo empujé, molesta.

—¿Ves lo que estás haciendo? —me quejé.

Iván se hizo el inocente, levantando las manos.

—¿Yo? ¿Qué hice? —preguntó, con una sonrisa burlona.

—¡Tú! —repuse, cruzando los brazos.

Iván soltó una carcajada, claramente disfrutando de toda la situación, mientras yo movía la cabeza, frustrada. No quería ser el centro de los chismes del hospital, y Iván lo estaba haciendo mucho más complicado.

Me alejé, moviendo la cabeza negativamente, pero antes de que pudiera salir del todo, Iván se acercó de nuevo.

—Ahora en serio, Cris. Te mereces un novio.

Revolví los ojos, cansada de esa conversación.

—¡No es mi novio! —respondí de forma automática.

Iván levantó una ceja, sonriendo.

—Tal vez debería serlo.

Suspiré, ya sin paciencia.

—¡Ah, vete al diablo, Iván! —respondí, pero sin poder evitar una pequeña sonrisa.

Finalmente, la paz llegó cuando Yasmin, la esposa de Iván, apareció por el pasillo. En cuanto él la vio, su rostro se iluminó y, por un momento, parecía haber olvidado por completo la provocación.

—Tengo que irme —anunció, lanzándome una última sonrisa—. Nos vemos después, Cris.

Iván se alejó con Yasmin, finalmente dándome un poco de tranquilidad. Suspire aliviada, disfrutando del silencio momentáneo.

Quizás podría concentrarme en el trabajo sin interrupciones... o al menos intentarlo.



## ***Capítulo 24***

No sabía si ella estaba huyendo de mí o si era solo la influencia de Iván Gray, el neurocirujano. Parecían estar muy cerca, y eso me incomodaba más de lo que me gustaría admitir.

Los celos eran una emoción con la que no estaba acostumbrado a lidiar, y el hecho de que Cristine provocara estos sentimientos en mí solo me confundía más.

Caminando por el pasillo del hospital, traté de alejar esos pensamientos, pero era imposible. Todo lo relacionado con Cristine me afectaba de una manera inesperada e incontrolable. La forma en que sonreía, la intensidad con la que hablaba de sus pacientes... todo.

De repente, sentí un dolor punzante en mi cabeza. Un dolor agudo que me obligó a detenerme por un instante y apoyarme en la pared, tratando de disimular el malestar. Cerré los ojos por unos segundos, respirando profundamente.

—Doctor, ¿está bien? —Escuché una voz cerca.

Abrí los ojos y vi a uno de los residentes mirándome con preocupación. Dio un paso al frente, como si estuviera listo para ayudarme.

—Sí, estoy bien —disimulé, enderezando la postura y poniéndome una máscara de

normalidad—. Solo un poco de cansancio.

El residente pareció dudar, pero al final asintió y se alejó, dejándome solo con mis pensamientos y el dolor que seguía latiendo en mi cabeza.

Ya hacía mucho tiempo que no me hacía ningún examen. El tumor estaba allí, como una sombra constante, pero no sabía en qué etapa se encontraba. Cada día me preguntaba si estaba avanzando, si el tiempo que me quedaba se estaba agotando. Era un pensamiento que intentaba ignorar, pero que siempre estaba presente, latente, como una bomba de tiempo que no podía desactivar.

Debería haber hablado con Cristine sobre esto.

Ese era mi objetivo inicial al llegar aquí: estudiar mi propio caso y buscar una solución. Ella era médica, una de las mejores oncólogas que había oído mencionar, sabría cómo manejar la situación, cómo abordar la enfermedad de una manera que yo jamás podría. Pero después de todo lo que había pasado entre nosotros, ¿cómo podría hablar de algo tan personal y doloroso?

Cristine era fuerte, determinada, y yo... yo me sentía débil.

Estaba aferrándome a cualquier vestigio de control que aún tuviera sobre mi vida. ¿Cómo podría contarle que el hombre con el que ella se estaba involucrando era una bomba de tiempo a punto de explotar? ¿Que estaba literalmente corriendo contra el tiempo, sin saber cuánto me quedaba?

Debería estar haciéndome mis exámenes, sabiendo exactamente qué estaba pasando dentro de mí. Pero, en lugar de eso, estaba posponiendo lo inevitable. Tal vez era el miedo de saber que el tumor había empeorado. O tal vez era el miedo de perder algo que finalmente parecía darme una razón para seguir luchando: Cristine.

Lo más irónico era que, con todo lo que habíamos vivido hasta ahora, sabía que ella merecía la verdad. Sin embargo, el egoísmo hablaba más fuerte. Quería aprovechar al máximo el tiempo que tenía con ella, sin el peso de la enfermedad, sin el peso de la muerte inminente.

Esa era mi mayor cobardía...

El abismo en el que me encontraba antes de llegar aquí parecía más profundo que nunca. Pensaba que venir a Estados Unidos, a trabajar con ella, sería la solución. Pero, en lugar de eso, terminé aún más perdido. Cristine sacó a la luz sentimientos que ni siquiera sabía que tenía. Ella me desestabilizó de una manera que nadie más había logrado, y el tratamiento de mi enfermedad pasó a ser algo para discutir más adelante.

Antes, el vacío dentro de mí era algo que podía ignorar. Pero allí, cada momento con ella me hacía darme cuenta de lo mucho que quería aferrarme a la vida, lo mucho que temía lo que venía. Pensaba que la distancia con mi realidad en el Medio Oriente podría protegerme, hacerme olvidar por un tiempo. Pero, en lugar de eso, ese lugar, esa mujer, hicieron todo lo contrario. El abismo parecía más profundo, porque ahora, tenía algo que perder.

Y esa era la parte más difícil de todo. Porque, antes, estaba dispuesto a aceptar mi destino. Con Cristine, todo parecía más incierto. Quería más tiempo. Más de ella. Más de la vida que tal vez nunca tendría...



Cristine  
CLARK

## Capítulo 25

Caminaba por el pasillo, repasando mentalmente la lista de tareas del día, cuando vi a Khalid. Estaba parado, mirando al vacío, con el ceño fruncido y una expresión distante. Por un momento, pensé en seguir caminando, pero algo en la forma en que él parecía tan perdido me hizo detenerme.

—¿Khalid? —llamé, acercándome—. ¿Estás bien?

Se giró rápidamente, como si lo hubiera sorprendido. Sus ojos vacilaron por un segundo antes de responder, con la voz ligeramente dudosa.

—Sí, claro. Estoy bien.

No me convenció. Khalid normalmente era firme, controlado. Sin embargo, en ese momento, parecía estar ocultando algo. Cruce los brazos y di un paso más cerca, sin apartar la mirada de él.

—¿Estás seguro? —insistí, sintiendo una punzada de preocupación—. No pareces estar bien.

Me miró por un segundo, y luego, como si algo hubiera cambiado dentro de él, su postura se volvió más rígida. Sus hombros se enderezaron, y su expresión se cerró.

—Estoy bien, Cristine —dijo, con la voz fría, casi cortante.

Me quedé allí, por un momento, observándolo, tratando de entender lo que acababa de suceder. ¿Cómo podía alguien cambiar tan rápido? Un segundo antes, parecía vulnerable, y ahora, estaba oculto detrás de una muralla que no me dejaba atravesar.

Suspiré, sintiendo la frustración acumularse.

*¿Por qué los hombres son tan complicados?*, me pregunté en mi mente, negando con la cabeza antes de alejarme, decidida a no insistir más.

Pero, incluso mientras me alejaba, no podía dejar de pensar en él.

Meforcé a dejar atrás el encuentro con Khalid y me sumergí en el trabajo, visitando pacientes a lo largo del día.

La primera fue la señora Morales, una mujer que luchaba contra un cáncer de pulmón. Apenas entré en la habitación, me recibió con una sonrisa cálida, a pesar de la fragilidad en sus ojos.

—Doctora Clark, ¡qué bueno que vino! —dijo, tomando mi mano—. Tengo buenas noticias. Mi nieta nació esta semana.

Sus ojos brillaron de emoción mientras me mostraba una foto del bebé en su celular.

—Es preciosa, señora Morales. ¡Felicidades! —respondí, genuinamente conmovida por su alegría, incluso en un momento tan difícil.

—Solo quisiera tener fuerzas para verla crecer, ¿sabe? —suspiró, y mi corazón se apretó.

—Estamos haciendo todo lo que podemos, y usted es fuerte. Todavía tendrá muchos momentos con su nieta —dije, tratando de transmitir optimismo.

—Muchas gracias, doctora.

—No va a dejar de luchar, ¿verdad?

—¡Nunca!

—Eso es lo más importante.

Dejé la habitación de la señora Morales con el peso de su esperanza sobre mis hombros. Trabajaba todos los días para asegurarme de ofrecer las mejores oportunidades de recuperación a mis pacientes, pero a veces las probabilidades me ganaban, y esa era la peor parte.

Luego fui a ver al señor Benson, un paciente de edad avanzada que luchaba contra un cáncer de hígado. Él no era de hablar mucho, pero ese día parecía aún más decaído. Entré con una sonrisa suave, esperando animarlo.

—¿Cómo se siente hoy, señor Benson? —pregunté, observándolo atentamente.

—Igual. —Me lanzó una mirada cansada—. Las cosas no cambian mucho por aquí, doctora.

—Lo estamos vigilando de cerca. Todavía no es momento de desanimarse, ¿verdad? —dije, tratando de encontrar algo positivo en medio de esa situación tan terrible.

Él solo asintió, débil y cada vez más desmotivado. Esos eran los peores, porque siempre había creído que lo mejor que uno podía hacer era mantener la fe en una posibilidad de cura.

Me quedé a su lado un rato, sosteniéndole la mano en un gesto silencioso de consuelo, sabiendo que, a veces, la presencia era todo lo que podía ofrecer.

Finalmente, fui a la sala pediátrica a visitar al pequeño Lucas, un niño de 7 años con un tumor cerebral. Siempre me recibía con una sonrisa tímida, y hoy no fue diferente.

—¡Hola, doctora Clark! —dijo, con su vocecita animada.

—Hola, Lucas. ¿Cómo estás hoy? —pregunté, sentándome al lado de su cama.

—Estoy bien. ¿Cuándo podré volver a la escuela? —preguntó, y mis ojos se llenaron de compasión.

—Todavía estamos cuidándote, pero te prometo que estamos haciendo todo lo posible para que regreses pronto —respondí, tratando de mantener el tono ligero y positivo.

Sonrió, sin saber la gravedad de lo que enfrentaba, pero su valentía me conmovió. Las visitas a los niños siempre me tocaban de una manera que no podía expresar.

Cuando el día finalmente terminó, estaba agotada. Conduje hasta casa con la cabeza llena. La confusión sobre Khalid era una angustia, mezclada con la carga emocional de cada paciente que estaba bajo mi cuidado. Entré a casa, me quité los zapatos y me tiré en el sofá, intentando, sin éxito, organizar todo lo que sentía.

Después de un largo suspiro, tomé mi celular. La confusión en mi mente me mantenía inquieta, y, por más que intentara organizar mis pensamientos, nada tenía sentido. Entonces, hice lo que siempre hacía cuando necesitaba desahogarme: le envié un mensaje a Clare.

Cristine:

¿Estás despierta?

Tardó solo unos segundos en llegar la respuesta.

Clare:

Sí, ¿qué pasó?

Mordí el labio, dudando un momento. ¿Cómo le explicaría todo lo que estaba pasando con Khalid sin sonar como un completo caos?

Cristine:

Pasó algo con Khalid.

Clare:

¿Te acostaste con él, no?

Solté una risa nerviosa, sorprendida por lo rápido que lo adivinó.

Cristine:

¿Cómo sabes eso?

Clare:

Te conozco, Cris.

Y estuviste hablando de él de una manera... diferente.

Entonces, ¿cómo fue?

Suspiré, sintiendo el peso de la confusión invadiéndome nuevamente.

Cristine:

Fue... increíble, pero al mismo tiempo, me dejó más confundida que nunca. Es tan complicado, Clare. Un minuto está frío y distante, y al siguiente, me besa como si fuera la única mujer en el mundo.

Clare:

¿Y qué quieres, Cris?

Esa era la pregunta que aún no sabía responder.

Cristine:

No lo sé... solo sé que me vuelve loca. No hay nada que me garantice que esto vaya a algún lado, y, sinceramente, no sé si estoy lista para lo que sea esto.

Clare:

Tal vez solo necesites dejar que las cosas fluyan y dejar de intentar controlar todo.

Cristine:

Es fácil para ti decirlo.

No quiero hacerme daño.

Clare:

Nadie quiere, Cris. Pero a veces, solo tienes que dejarte llevar.

Suspiré, mirando la conversación con Clare mientras me hundía en el sofá. Ella tenía razón sobre dejarme llevar, pero la verdad era que mi vida nunca había sido tan simple como la de ella.

Cristine:

Para ti fue fácil, Clare. Bryan siempre ha estado ahí para ti, desde que eran jóvenes.

Yo no tuve esa suerte.

Clare:

No se trata de suerte, Cris.

Bryan y yo también tuvimos nuestros altibajos. A veces, solo se trata de estar dispuesta a arriesgar.

Negué con la cabeza, aún sintiéndome incómoda. Parecía tan fácil cuando lo ponía de esa manera, pero no era así como yo lo veía. Clare siempre fue el tipo de persona que confiaba fácilmente en los demás, mientras que yo... bueno, siempre me protegía.

Cristine:

No sé si estoy lista para eso.

¿Y si termina mal? He visto eso tantas veces, Clare.

No quiero que me hagan daño.

Clare:

Nadie quiere, Cris. Pero si no arriesgas, nunca lo sabrás.

Tal vez él sea lo que necesitas.

Me quedé mirando la pantalla del celular, las palabras de Clare resonando en mi mente.

¿Arriesgar?

¿Con Khalid?

La idea parecía, al mismo tiempo, aterradora y tentadora.



## *Capítulo 26*

Estaba sentado en el sofá de mi apartamento, con el celular entre los dedos, y la pantalla abierta en la conversación con Cristine. Sentía un impulso casi incontrolable de llamarla, de escuchar su voz. Era irracional, tal vez incluso imprudente, pero algo dentro de mí clamaba por eso.

Quería estar con ella, más de lo que debería...

Mis dedos estuvieron sobre el botón de llamada por un segundo, pero antes de que pudiera decidir, el celular vibró y la pantalla se encendió con el nombre que menos quería ver en ese momento: mi padre.

Cerré los ojos por un segundo, sintiendo la incomodidad de esa llamada. Sabía exactamente lo que vendría y la tentación de no atender era fuerte, pero por respeto, respiré hondo y llevé el teléfono al oído.

—Khalid —dijo, su voz era severa, como siempre.

—Papá.

—Ya ha pasado demasiado tiempo. Es hora de que regreses a casa. No puedes seguir ausente.

Suspiré, ya cansado de esa discusión.

—Ya te dije que no voy a regresar ahora. Aún tengo cosas que hacer aquí.

—¿Qué más necesitas hacer? Tus compromisos aquí son más grandes que cualquier cosa que puedas estar haciendo en ese hospital estadounidense. Necesitas cumplir con tu rol, Khalid. —Su voz sonaba como un veredicto.

*Ya eres lo suficientemente grande para tomar tus propias decisiones...*

La voz burlona de Cristine resonó en mi cabeza y dibujé una sonrisa nerviosa. Ella no tenía idea del peso que nuestra cultura ejercía sobre mí. Sin embargo, no podía negar que ya era lo suficientemente adulto para decidir si quería o no ceder a eso.

Apreté el celular con más fuerza, inhalando profundamente.

—Papá, ya te expliqué. No puedo simplemente regresar y hacer como si todo estuviera bien cuando mi salud se está deteriorando cada día más. Necesito enfocarme en eso ahora.

—¡Aquí tenemos a los mejores médicos! —insistió, más irritado de lo usual—. Necesitas asumir tus responsabilidades. No puedo esperar para siempre. El futuro de nuestro país depende de ti.

Cerré los ojos, sintiendo cómo la rabia crecía. La presión siempre estuvo ahí, el peso de ser el heredero de una dinastía. Pero ahora, con el tumor, todo eso parecía ridículo y sofocante.

—No voy a regresar ahora. ¡No volveré! —Mi voz fue firme, más de lo que esperaba. Y antes de que pudiera decir algo más, colgué la llamada, arrojando el celular al sofá a mi lado.

Me quedé allí, respirando profundo, intentando calmar la ira que latía dentro de mí.

El celular vibró de nuevo sobre el sofá, y el nombre de mi padre parpadeó en la pantalla una vez más. Llamó varias veces, pero simplemente no atendí. Sabía exactamente lo que tenía que decir y mi opinión sobre regresar a casa no había cambiado. Definitivamente no quería pasar los últimos meses como una pieza en su juego.

Dejé que el teléfono vibrara hasta que dejó de hacerlo, ignorando la culpa que crecía dentro de mí. En vez de eso, meforcé a pensar en otra cosa. En alguien. Tomé el celular y, sin pensarlo demasiado, abrí la conversación con Cristine. La sensación de urgencia volvió, ese deseo absurdo de estar con ella, de escapar de la realidad opresiva que mi padre representaba.

Antes de que pudiera reconsiderarlo, la llamé.

—¿Khalid? —Su voz sonó sorprendida del otro lado de la línea.

—Cristine, me debes una cena —dije, sin rodeos.

Hubo un momento de silencio. Podía imaginar la mirada confundida de ella, tratando de entender lo que quería decir.

—¿Una cena? —respondió finalmente, y casi podía verla fruncir el ceño.

—Sí. Sabes que me la debes —insistí, una sonrisa se formó en mis labios.

Cristine se rió, un sonido que hizo que la tensión en mi pecho disminuyera un poco.

—Pensé que no querías salir más conmigo, doctor. Me dejas muy confundida.

—¿Qué tal si comenzamos de nuevo? —respiré hondo por un momento y solté—. ¿Quieres salir conmigo?

Ella permaneció en silencio, lo que me pareció una eternidad, antes de soltar una risa baja, con el tono sarcástico de siempre.

—Está bien, Khalid. Creo que podemos arreglar eso. ¿A dónde quieres ir?

El alivio me invadió, aunque no sabía bien por qué. Tal vez fuera el hecho de que, por unas horas, podría estar con ella, sin pensar en todo lo que me esperaba al otro lado del océano.



Cristine  
CLARK

## Capítulo 27

Llevé a Khalid a Ocean Drive, uno de los lugares más vibrantes de Miami. La avenida estaba llena de gente, con luces brillando en las fachadas de los restaurantes y bares, turistas y locales caminando de un lado a otro, y el sonido de risas y música llenando el aire. El ambiente era exactamente lo que quería mostrarle: una mezcla de culturas, ritmos y sabores.

Elegí un restaurante acogedor con mesas al aire libre. Las luces colgadas en los postes daban un toque suave y cálido, y un saxofonista tocaba en una esquina, con la música fluyendo naturalmente durante la noche. El sonido del mar, que estaba a pocos metros, combinaba perfectamente con la atmósfera relajada y ligera.

Nos sentamos en una mesa con vista a la avenida, y observé a Khalid por un momento. Él miraba alrededor con curiosidad, absorbiendo el movimiento, los sonidos y la energía que circulaba por el lugar. Ese no era el tipo de ambiente que parecía frecuentar, y eso me hacía querer mostrarle aún más de lo que la ciudad tenía para ofrecer.

—Esta es una noche típica en Miami —comenté, sonriendo mientras él seguía observando a la gente a su alrededor.

Él se giró hacia mí, con una expresión curiosa.

—Nunca había estado en un lugar así —confesó, mientras tomaba el menú que el camarero acababa de entregarle—. Esto es... diferente.

—¿Diferente cómo? —pregunté, ya imaginando el choque cultural.

—El caos parece... organizado. Hay una energía caótica, pero es acogedora —dijo, encogiéndose de hombros y sonriendo.

Me reí, pensando que esa era una excelente descripción de Miami. La ciudad parecía siempre al borde del colapso, pero de alguna manera todo funcionaba. Era ese desorden lo que la hacía única.

—Y esto es solo la superficie —respondí, entregándole el menú—. Veremos qué opinas cuando pruebes la comida.

Pedimos platos con influencias latinas, y mientras esperábamos, la música en vivo cambió a una melodía más animada. Un grupo de turistas, embriagados por la atmósfera festiva, comenzó a bailar al ritmo del saxofón, creando una pequeña pista improvisada en medio de la acera.

Khalid observaba con una sonrisa discreta en el rostro, y me sorprendió ver lo relajado que estaba. No era el Khalid serio y cerrado del hospital. Parecía estar a gusto, como si el peso que normalmente llevaba sobre sus hombros se hubiera dejado de lado por unas horas.

—Pareces relajado —comenté, provocándolo un poco.

Él me miró por encima del vaso de agua y sonrió.

—Tal vez lo esté —respondió, con un toque leve de sorpresa, como si él mismo no esperara sentirse así.

Mientras la comida no llegaba, nuestra conversación fluía con naturalidad. Hablé sobre mis viajes, y él contó algunas historias de su época en el Reino Unido, donde estudió medicina. Era interesante ver a Khalid en ese ambiente relajado, lejos de las presiones que ambos enfrentábamos en el hospital.

—Entonces, ¿realmente te gusta la música en vivo? —me preguntó, mientras los músicos hacían una pausa.

—Me encanta. La música en vivo tiene una energía diferente. —Sonreí, disfrutando de que estuviera realmente interesado en algo tan sencillo.

—Creo que me puedo acostumbrar a esto —dijo. Por un momento, sus ojos encontraron los míos, con una intensidad que me hizo desviar la mirada por un segundo.

La comida llegó, y nos deleitamos con platos llenos de sabor latino. El gusto picante y los aromas fuertes invadieron nuestros sentidos, y Khalid pareció disfrutar de cada bocado. Durante la cena, la conversación se volvió más ligera, y nos sorprendimos riendo de pequeñas diferencias culturales y hasta de algunas situaciones cómicas que ambos habíamos vivido en el hospital.

Lo provocaba, y él finalmente parecía abrirse un poco más. El Khalid serio y distante fue dando paso a un hombre más relajado, y eso me atraía más de lo que quería admitir.

—Te dije que me debías una cena, pero parece que yo estoy ganando más que tú —comentó, sonriendo, mientras terminábamos nuestras bebidas.

—Me alegra poder mostrarte un poco de la ciudad. Pero la próxima vez, yo elegiré el

lugar —bromeé, guiñándole el ojo.

Él se rió, y el sonido fue suave, casi tímido. Por un momento, todo pareció increíblemente ligero. No había hospital, no había enfermedades, ni expectativas. Solo nosotros dos, disfrutando de una noche común en Miami.

Cuando la música volvió, el saxofonista comenzó a tocar una melodía más lenta, y las luces suaves a nuestro alrededor crearon una atmósfera más íntima. Me permití relajarme por completo, disfrutando de la noche con Khalid de una manera que nunca imaginé que haría.

Mientras comíamos, Khalid comenzó a hablar de los platos que más le gustaban de la cultura árabe. Sus ojos brillaron de una forma especial mientras describía los sabores y aromas que le recordaban su infancia.

—Mi madre hacía un tabulé como nadie —dijo, con una sonrisa ligera en los labios—. Y el mansaf... ah, era el plato que más esperábamos en las celebraciones familiares. Cuando ella cocinaba, el olor de la comida invadía toda la casa, era como un abrazo. ¿Sabes esa sensación de que todo está bien en el mundo, aunque solo sea por unas horas?

Lo observé, impresionada por la suavidad en su voz, por la forma en que se dejaba llevar por los recuerdos. Khalid rara vez compartía algo personal, y en ese momento sentí que me estaba dando una pequeña ventana para ver quién era realmente.

—Debe ser increíble tener esas tradiciones —comenté, devolviéndole la sonrisa—. Parece algo muy acogedor.

Asintió, mientras su mirada parecía perderse en algún lugar distante, en las memorias que evocaba. Era bueno verlo así, más relajado, lejos de las tensiones que siempre lo acompañaban.

Y, claro, mi curiosidad no pudo ser contenida por mucho tiempo. Quería saber más sobre el hombre que tenía frente a mí.

—¿Y tus padres? ¿Cómo son? —pregunté, más curiosa de lo que debería.

Tan pronto como las palabras salieron de mi boca, vi el cambio en él. La suavidad desapareció. Su expresión se cerró casi instantáneamente, y el brillo en sus ojos se tornó tenso. Desvió la mirada, como si estuviera buscando una salida de esa conversación. El desconcierto fue evidente, y el silencio que siguió pesó en el aire entre nosotros.

—Mi padre es un hombre serio —respondió, con una respuesta corta y seca que dejó claro que no quería continuar con ese tema.

Sentí una punzada de arrepentimiento por haber tocado el tema. Era obvio que había algo más ahí, algo que no quería o no podía compartir. Las barreras que él siempre mantenía se reconstruyeron en un abrir y cerrar de ojos. El hombre abierto y nostálgico de hace unos minutos había desaparecido, y en su lugar estaba el Khalid contenido y reservado que conocía.

Mientras él desviaba la mirada hacia la calle llena de gente, me encontré pensando en lo que podría haber detrás de esa tensión. ¿Qué había entre él y sus padres? Estaba claro que cargaba algo más pesado de lo que dejaba ver, sin embargo, me di cuenta de que forzar el tema solo empeoraría las cosas. Aun así, esa distancia repentina me incomodaba. Él estaba allí, sentado frente a mí, pero de alguna manera parecía estar a kilómetros de distancia.

Tomé un sorbo de mi bebida, tratando de aliviar el ambiente, pero el silencio entre nosotros era difícil de ignorar. Era como si un peso invisible se hubiera acomodado en la mesa, entre los dos. Por un momento, me pregunté si el Khalid que acababa de vislumbrar, el hombre que hablaba con tanto cariño sobre la comida de su madre, estaba enterrado bajo capas de responsabilidades y expectativas que apenas podía imaginar.



## **Capítulo 28**

No quería que Cristine notara el malestar que me invadió cuando mencionó a mis padres, pero era imposible disimularlo. El cambio en su expresión fue instantáneo, y ella se quedó un poco incómoda, como si hubiera tocado un tema prohibido. El peso de esa conversación me golpeó de lleno, sacando a la luz todo lo que intentaba evitar: mi padre, mis responsabilidades, la presión constante... era como una sombra que nunca me dejaba.

Necesitaba salir de esa situación, cambiar de tema. El control era lo único que tenía, y era lo que más necesitaba en ese momento.

—Yo voy a pagar —anuncié, levantando la mano. Llamé al camarero rápidamente, antes de que ella pudiera protestar.

—Khalid, no es necesario... —comenzó Cristine, pero ya lo había decidido.

El camarero trajo la cuenta, y mientras firmaba el recibo, sentí su mirada sobre mí. Sabía que estaba tratando de entender lo que acababa de suceder. Era demasiado inteligente para no darse cuenta, pero yo no estaba listo para dejarla ver esa parte de mí.

Al salir del restaurante, el cambio en el clima fue inmediato. El cielo se oscureció en segundos, y pronto sentí las primeras gotas de lluvia. Cristine soltó una risa, sorprendida, intentando cubrirse con las manos, pero fue inútil. Las gotas caían cada vez más fuertes, hasta que la lluvia se desató por completo, envolviéndonos en un baño inesperado.

Sin pensarlo, quité mi abrigo y se lo puse sobre los hombros.

—No puedes mojarte —murmuré, sorprendido por mi propio gesto protector.

Ella me miró, con los ojos abiertos por un momento, antes de soltar una risa ligera.

—¿Y tú? —Tiró del abrigo, cubriéndose la cabeza y mirándome con esa sonrisa que siempre me desarma—. ¿Vas a quedarte todo empapado?

Miré al cielo, sintiendo el agua resbalar por mi rostro, y me encogí de hombros.

—Sobrevivo. —Fue inevitable que una sonrisa apareciera en mi rostro.

Cristine dio un paso más cerca, acurrucándose a mi lado, su cuerpo ahora pegado al mío mientras caminábamos por la acera mojada. Su calor, incluso a través de la tela empapada de mi camisa, me hacía sentir extrañamente cómodo.

Su risa ligera continuaba, mezclada con el sonido de la lluvia golpeando las calles.

—Sabes, debería haberte advertido que Miami es así... ¡un minuto sol, al siguiente, tormenta! —bromeó, ajustándose el abrigo sobre los hombros y acercándose aún más.

Reí con ella, su risa era contagiosa. Por un instante, parecía que todo el peso que llevaba había sido lavado por la lluvia.

—Debería haber traído un paraguas —continuó, mirando al cielo con una sonrisa, mientras las gotas de lluvia resbalaban por su rostro.

—¿Quién necesita un paraguas cuando tiene un abrigo como este? —bromeé, ajustando el abrigo sobre ella, que sonrió y roló los ojos.

Me miró fijamente, tirando del abrigo para cubrirse mejor. El aroma de su piel mezclado con la lluvia era algo que me desestabilizaba más de lo que quería admitir. Todo en ella me atraía más cerca.

Cada detalle, cada risa, cada mirada...

Nunca pensé que una mujer pudiera provocar un efecto tan intenso.

—Realmente no necesitabas mojarte por mí —dijo, medio bromeando, medio seria, mientras ajustaba el abrigo.

La observé por un segundo, notando el brillo en sus ojos, la forma en que su piel parecía aún más radiante bajo la lluvia. A cada segundo, sentía algo creciendo dentro de mí, algo que me dejaba sin aliento.

—Tal vez debería caminar contigo más seguido —murmuró, con una sonrisa provocadora.

No podía resistirme a esa mujer. La forma en que se acurrucaba en mí, cómo sus ojos brillaban mientras me miraba, me dejaba completamente fuera de control. Puse mi brazo alrededor de ella, sin decir nada, sintiendo el calor de su cuerpo contra el mío, mientras la lluvia seguía empapándonos.

—Vamos caminando... o te vas a congelar —dije, intentando mantener la voz estable, aunque su proximidad me desestabilizaba.

Ella sonrió, y comenzamos a caminar por la acera mojada. Pronto vi un taxi acercándose.

Levanté la mano para detenerlo, y el coche paró frente a nosotros. La lluvia seguía cayendo con fuerza, y Cristine temblaba levemente bajo mi abrigo. Sin dudar, abrí la puerta y la ayudé a acomodarse en el asiento trasero, cuidando de que no se mojara más.

—Está frío, ¿no? —pregunté, cerrando la puerta detrás de mí.

Ella asintió, frotándose los brazos para calentarse. Le di la dirección de mi apartamento al conductor, y en pocos minutos, estábamos en camino. Durante el trayecto, Cristine miraba por la ventana, observando las calles de Miami empapadas por la lluvia. El silencio entre nosotros era cómodo, pero aún llevaba una cierta tensión, como si ambos estuviéramos esperando algo más.

Cuando llegamos a mi edificio, Cristine miró la entrada, claramente sorprendida. El edificio era elegante, con líneas modernas e imponentes. Abrí la puerta para ella y la ayudé a bajar del taxi.

—Vaya, Khalid... ¿vives aquí? —Cristine examinaba el lugar, admirada.

—Sí, está cerca del hospital y es conveniente —respondí, abriendo la puerta del edificio y guiándola hacia dentro.

El portero nos saludó, y tomamos el ascensor hasta mi piso. Cuando llegamos a mi apartamento, Cristine entró lentamente, mirando alrededor, analizando cada detalle. Las grandes ventanas de vidrio ofrecían una vista panorámica de la ciudad y del océano a lo lejos. El interior era moderno, minimalista, pero con toques de lujo que dejaban claro de dónde venía.

Sonreí, observándola moverse por el apartamento, todavía con mi abrigo empapado en las manos. Su cabello estaba mojado y la ropa empapada se pegaba a su cuerpo, revelando más de lo que probablemente ella notaba. Me acerqué, tratando de ignorar el deseo creciente que su presencia provocaba.

—Deberías quitarte esa ropa mojada —sugerí.

Se giró hacia mí, tal vez sorprendida por mi tono directo.

Me encogí de hombros, señalando hacia la puerta del baño.

—Puedes ducharte si quieres. Yo buscaré algo seco para que te pongas.

Observé a Cristine alejarse hacia el baño, su cuerpo aún envuelto en la ropa mojada que se pegaba a su piel, dejándola increíblemente sexy. El ambiente estaba en silencio, excepto por el suave sonido de la lluvia golpeando las ventanas del apartamento. El deseo dentro de mí palpitaba con fuerza, volviéndome casi loco.

Cuando llegó a la puerta, se detuvo por un momento, luego se giró, mirándome con esa expresión provocativa que destrozaba mi cordura.

—¿Por qué no vienes conmigo? —dijo, con voz baja y sugerente.

Mi cuerpo reaccionó antes de que mi mente pudiera procesar la invitación. El calor subió por mi espina dorsal, y el deseo que había estado tratando de controlar explotó. No lo pensé dos veces. Solo la seguí, con el corazón acelerado y la respiración más pesada.

Ella entró al baño, y cerré la puerta detrás de nosotros. El espacio pequeño e íntimo estaba iluminado solo por luces suaves, reflejadas en el espejo empañado. Cristine se giró hacia

mí, sonriendo, con una mezcla de excitación y provocación en su rostro. Me acerqué despacio, sintiendo la tensión aumentar con cada paso.

Mis manos fueron instintivamente hacia la parte baja de su blusa mojada. Ella me observaba con atención mientras levantaba el tejido, exponiendo su piel fría y erizada por el contacto con el aire. Cristine levantó los brazos, facilitando el movimiento, y en cuanto la blusa cayó al suelo, mis dedos trazaron las curvas de su cuerpo, sintiendo cada centímetro de su piel suave.

Sin decir una palabra, ella abrió la cremallera de su pantalón, dejándolo caer al suelo, y yo la ayudé a quitarse las últimas prendas mojadas. Mientras tanto, mi deseo solo crecía. Sin apartar los ojos de ella, extendí la mano y abrí la ducha, ajustando la temperatura hasta que el vapor caliente comenzó a llenar el baño.

Cristine se acercó a mí, y, con un movimiento lento, comenzó a desabotonar mi camisa, sus dedos trabajando con una calma que contrastaba con la urgencia que sentía. Cuando la camisa cayó al suelo, ella pasó sus manos por mis hombros, por mi pecho, y me atrajo hacia ella.

Nuestros labios se encontraron con una intensidad que me quitó el aliento. El agua caliente comenzó a caer sobre nosotros, mientras nuestras bocas se movían con una necesidad que ya no podía controlar. Cristine mordió mi labio inferior, y mis dedos se enterraron en su cabello, atrayéndola aún más hacia mí. El calor del agua se mezclaba con el calor de nuestros cuerpos, y el baño parecía ser un mundo aparte, donde solo existíamos nosotros dos.

Mis manos descendieron por su espalda, mientras sus dedos recorrían mis músculos. No podía pensar en nada más que en su cuerpo contra el mío, en el deseo que crecía cada vez más fuerte.

La acerqué aún más, presionando su cuerpo contra el vidrio de la ducha mientras mis manos exploraban cada curva suya, sintiendo la piel suave y cálida bajo mi tacto. El agua caía sobre nuestros cuerpos, creando un contraste entre el calor del deseo y la frescura de la lluvia afuera. Nuestros besos eran ansiosos, interrumpidos por el agua que caía sobre nosotros, y a cada movimiento de su lengua, mi deseo por ella aumentaba.

Mis manos bajaron por su espalda, delineando las curvas que me volvían loco. Cuando llegué a sus muslos, deslicé mis dedos entre ellos, tocando lo que me indicaba su deseo. Toqué su clitoris lentamente al principio, observando las reacciones de su cuerpo, y a cada suspiro que escapaba de sus labios, la tensión crecía. Ella gimió contra mi boca, el sonido quedó ahogado por el beso, y eso me volvió aún más loco.

Sin dudar, la penetré con un dedo, sintiendo cómo su cuerpo se ajustaba a mí. Cristine arqueó la espalda, sus gemidos se intensificaron a medida que mis movimientos se volvían más firmes. Sentía que el control se me escapaba a cada segundo que pasaba. Lo único que deseaba era poseerla por completo.

La giré hacia el vidrio de la ducha, viendo el agua seguir escurriendo por nuestros cuerpos, dejando su piel brillante y suave. Sostuve su cintura con firmeza, presionando mis dedos en su piel. La necesitaba de una forma que ya no podía ignorar.

Me posicioné detrás de ella, y, en un movimiento rápido, le metí la verga. Ella soltó un gemido ahogado por el vapor que llenaba el baño. Me hundí aún más, sintiendo el calor y la humedad envolviéndome. El placer de estar dentro de ella era abrumador, algo que me consumía

por completo. Mis manos apretaron su cintura mientras me movía, cada embestida más profunda e intensa que la anterior.

Los gemidos de Cristine, junto con el sonido del agua golpeando el vidrio, llenaban el pequeño espacio, y a cada movimiento, sentía que estaba a punto de perder el control. La quería más rápido, más profundo, hasta que no quedara nada entre nosotros, solo la satisfacción absoluta.

Cada uno de mis movimientos era más salvaje, más hambriento... La sensación de estar dentro de ella, el calor que nos envolvía, la necesidad urgente y desesperada de seguir... todo se mezclaba en una búsqueda incansable de placer. Cristine respondía a cada embestida, y sus gemidos resonaban por el baño, dejándome aún más fuera de control.

Me hundí más profundo, más rápido, sin pensar en nada más que el momento. Mis manos subieron por su cuerpo, apretando sus senos con fuerza, sintiéndola estremecerse bajo mi tacto. Ya no había control. Ya no había pensamiento racional. Solo existía el deseo primitivo, apoderándose de mí a cada segundo.

Cuando el placer alcanzó su punto más alto, ya no pude controlarme más. Un gemido gutural escapó de mi boca mientras el clímax me golpeaba con fuerza. La llené de semen, sintiendo mi cuerpo pulsar contra el suyo. Sin embargo, incluso en el medio del éxtasis, aún quería más.

Sin separarme de ella, deslicé una de mis manos hacia su clítoris, frotándolo con firmeza mientras seguía dentro de ella. El cuerpo de Cristine se estremeció y sus gemidos aumentaron. Podía sentir su respiración irregular, y su respuesta a mis caricias me decía que estaba a punto.

—Vamos... —murmuré en su oído, con la voz rasposa por tanto deseo—. Acaba para mí...

Los movimientos de mis dedos aumentaron, y Cristine arqueó la espalda, entregándose por completo al placer. Cuando su cuerpo finalmente cedió, sentí las contracciones de su orgasmo, haciendo que me estremeciera una vez más. El agua seguía cayendo sobre nosotros, pero todo lo demás parecía desvanecerse, dejando solo nuestros cuerpos entrelazados, aún ardiendo por la intensidad del momento.

Ella gimió una última vez, con su cuerpo relajándose contra el mío, y la sostuve fuerte, sintiendo cómo temblaba en mis brazos mientras nos envolvía la satisfacción plena.

Cristine suspiró, aún respirando con dificultad, y se giró hacia mí, con una sonrisa traviesa jugando en sus labios.

—Para ser una ex-virgen, lo has hecho muy bien... —se burló en voz baja, llena de picardía.

Sonreí, dejando que la broma disipara cualquier resto de tensión. Había algo en la forma de Cristine que me hacía sentir en paz, algo que nunca había experimentado antes. No era solo el deseo o la atracción física, sino la ligereza, la libertad de reír y bromear sin miedo a ser juzgado.

—¿Ex-virgen, eh? —respondí, arqueando una ceja mientras el agua seguía cayendo sobre nosotros—. Tal vez solo estaba esperando a la persona adecuada para mostrar lo que sé.

Ella se rió, esa risa ligera y contagiosa, y una extraña paz me invadió. Nos separamos un

momento, cerramos la ducha y nos secamos con toallas suaves que tomé del armario. El vapor aún llenaba el aire, pero la sensación de cercanía entre nosotros era mucho más intensa que cualquier calor físico.

Cuando ya estábamos secos, la conduje hacia la cama. Cristine miró a su alrededor, curiosa, pero enseguida se acurrucó junto a mí. Se acomodó en mis brazos, apoyando su cabeza en mi pecho.

Por tanto tiempo, había estado atrapado en las expectativas de otros, en las responsabilidades que me imponían, que me había olvidado de cómo era simplemente ser feliz. Y, acostado allí con Cristine en mis brazos, esa sensación era casi surreal.

Mientras su respiración se volvía más tranquila y rítmica, indicándome que se estaba quedando dormida, yo seguí allí, despierto, observando la oscuridad del cuarto. Por primera vez en mucho tiempo, me sentí completo. Estaba lejos de casa, con un futuro incierto frente a mí, pero algo en estar con Cristine me hacía creer que, tal vez, todo podría salir bien.

Sonreí en la oscuridad.



Cristine  
**CLARK**

## ***Capítulo 29***

*Dos meses después...*

El hospital estaba tan agitado como siempre. Los pacientes entraban y salían, los pasillos estaban llenos, y apenas tenía tiempo para respirar entre una consulta y otra. En los últimos días, me había estado sintiendo rara. Sin embargo, como siempre, le echaba la culpa al cansancio acumulado y al estrés de la rutina diaria. Era lo normal, o al menos eso era lo que me forzaba a creer. Pero lo que no era normal eran los mareos repentinos, las náuseas que aparecían de la nada y, sobre todo, la sensación de agotamiento que me invadía cada mañana.

Además, no podía negar que últimamente mi mente estaba dividida. No solo el trabajo en el hospital me estaba consumiendo, sino también mis encuentros con Khalid. Nuestra relación parecía haber encontrado un equilibrio, y toda esa tensión que nos envolvía se había transformado en algo mucho más intenso...

Recordé la última vez que estuvimos juntos. El calor de su contacto aún me envolvía, y las palabras de mi hermana Clare seguían resonando en mi mente: “¡Déjate llevar y disfruta, Cris! Deja de pensar tanto”. Nunca fui del tipo de persona que se lanzaba sin pensar en las consecuencias, pero... tal vez Clare tenía razón. Al final, no estaba tan mal disfrutar de la vida con Khalid.

Mientras revisaba los expedientes de los pacientes en mi consultorio, una nueva ola de mareo me golpeó. Tuve que apoyarme en la mesa por un momento, sintiendo que el mundo a mi

alrededor giraba ligeramente. Respiré profundo y esperé a que la sensación pasara. Esto no era normal. Sin embargo, como médica, era fácil caer en la trampa de poner siempre a los demás primero. Lo que ya no podía negar era que algo no andaba bien.

Salí del consultorio y caminé por los pasillos del hospital, tratando de mantener la cabeza en su lugar. Mientras ignoraba el malestar, mi mente volvió a Khalid, a la forma en que él me hacía sentir viva de una manera que no esperaba. Todo parecía estar yendo bien entre nosotros, y tal vez esa idea de entregarme al momento no era tan absurda después de todo. Mis labios se curvaron en una sonrisa discreta, pero pronto desapareció al encontrarme con Iván.

Él me observó de arriba a abajo, frunciendo el ceño con esa mirada característica suya, como si supiera exactamente lo que estaba ocultando.

—¡Cristine, te ves terrible!

Pegué los ojos en el techo, tratando de disimular el malestar.

—Gracias por el cumplido, Iván. Estoy de maravilla —mentí, pasándome la mano por la frente.

—No me engañes. Ve a chequearte la presión y hazte unos exámenes —dijo, cruzando los brazos, mirándome con esa expresión clínica de quien sabía que algo andaba mal.

—No hace falta... —empecé a decir, pero el mareo volvió con fuerza y tuve que sostenerme de la pared. Iván entrecerró los ojos, visiblemente preocupado.

—Vas a ir ahora —ordenó, sin darme espacio para discutir.

Sabía que tenía razón, así que, con un suspiro, acepté. Fui directo a la sala de exámenes, y mi amigo pidió una batería completa de pruebas, dejándome luego sola para esperar los resultados. Parte de mí trataba de mantener la calma, pero otra parte... temía que algo realmente estuviera mal.

Me senté en la sala de espera, tratando de ignorar la inquietud que empezaba a formarse en lo más profundo de mi estómago. Tal vez solo fuera el estrés acumulado, una deficiencia de vitaminas o algo simple.

Intenté distraerme revisando algunos expedientes en mi tablet, pero mi mente estaba lejos.

Después de algunos minutos que parecieron horas, el técnico del laboratorio me llamó. Entré a la pequeña sala donde se analizaban los resultados de los exámenes. Él tenía una expresión neutra, pero había algo en su postura que me puso alerta.

—Doctora Clark, la mayoría de sus exámenes están normales —comenzó, hojeando el reporte—. Sus niveles de hierro y vitaminas están estables, sus funciones hepáticas y renales son normales...

A medida que hablaba, mi tensión iba disminuyendo, hasta que hizo una pausa, mirándome con una expresión más seria.

—Sin embargo... —continuó, dudando un poco—. Uno de los exámenes que realizamos detectó algo inesperado.

*¿Inesperado?*

Mi estómago se retorció.

—¿Inesperado cómo? —pregunté, tratando de controlar mi respiración.

El técnico consultó de nuevo el informe antes de mirarme directamente a los ojos.

—Al revisar sus niveles hormonales, detecté un aumento de HCG...

Por un momento, el mundo se detuvo.

Todo a mi alrededor desapareció, como si las palabras de él hubieran absorbido todo el aire en la sala. *¿Estaba embarazada?*

No podía estar embarazada. Usaba inyección hormonal, era imposible... Comencé a sentir una ola de calor recorrer mi cuerpo, seguida de una mezcla de shock, incredulidad y pánico.

—Eso... eso debe estar mal —murmuré, sacudiendo la cabeza, tratando de procesarlo—. Uso anticonceptivos. Inyección. Es imposible.

Me miró con empatía, pero su expresión seguía siendo profesional.

—A veces ocurren fallos. El método no es infalible, incluso con la inyección hormonal. El test dio positivo, doctora Clark.

Mi corazón latía tan rápido que pensé que podría desmayarme allí mismo. Los mareos, las náuseas, el cansancio... todas las piezas del rompecabezas comenzaron a encajar. La verdad estaba frente a mí, pero aún no podía creerlo. Mi mente estaba en completo estado de negación. El shock era tan grande que no sabía cómo reaccionar.

—¿Embarazada? —murmuré, como si decirlo en voz alta lo hiciera más real, como si eso pudiera hacerlo más creíble.

El técnico asintió, pero todo lo que podía oír eran los ecos de mis propias palabras. Embarazada. Y Khalid... de repente, todo se volvía aún más complicado. ¿Cómo le decía esto a él? No sabía ni cómo manejar la situación por mi cuenta, mucho menos involucrar a Khalid.

Salí de la sala de exámenes, con el corazón todavía acelerado, y caminé por el pasillo como si estuviera en trance.

La información que acababa de recibir retumbaba en mi cabeza: *embarazada*. Esa palabra sonaba surrealista. ¿Cómo había sucedido esto? Siempre fui tan cuidadosa, siempre me aseguré de que nada escapara de mi control. ¿Cómo era posible?

Caminé por los pasillos del hospital, sintiendo que las paredes se cerraban a mi alrededor y las voces de los empleados y pacientes sonaban distantes, como si estuviera atrapada en una burbuja. Mi cuerpo actuaba por reflejo, pero mi mente iba a mil por hora.

Khalid...

Mi corazón se aceleró al pensar en él. ¿Cómo podría contarle esto? ¿Cómo empezar una conversación sobre algo así, cuando todo entre nosotros todavía era tan reciente, tan frágil? Finalmente comenzábamos a entendernos, a encontrar un equilibrio. La tensión que siempre había estado entre nosotros se había transformado en algo más profundo, pero la realidad era que ninguno de los dos estaba preparado para este tipo de responsabilidad. Un embarazo cambiaría

todo.

Me pasé la mano por la frente, tratando de apartar el calor que subía por mi cuerpo. Estaba en shock. No sabía si sentir miedo, rabia o... ¿alegría?

No, ese era un pensamiento al que no estaba lista para enfrentarlo.

No ahora...

Solté un suspiro profundo y me apoyé en la pared de un pasillo más vacío, tratando de organizar mis pensamientos. El embarazo cambiaría por completo la dinámica entre Khalid y yo. No tenía idea de cómo él reaccionaría a esta noticia. Parte de mí temía que él se alejara, que esto lo apartara de mí. Tal vez fuera pedir demasiado, después de todo, él ya estaba lidiando con tantas cuestiones propias, la presión de su padre... ¿Cómo podría añadirle más peso a esa ecuación?

La verdad es que tampoco sabía cómo sentirme al respecto. El shock inicial me dominaba, pero había una parte silenciosa dentro de mí que comenzaba a preguntarse qué significaba esta situación. ¿Yo, madre? Esa idea nunca había sido algo plausible, y la mezcla de emociones que me producía en ese momento era abrumadora...

Respiré hondo, tratando de calmarme, pero la verdad es que nada me prepararía para lo que venía.

¿Qué pensaría Khalid? ¿Cómo reaccionaría? Y, sobre todo, ¿qué debía sentir yo misma? Con la cabeza dando vueltas y el corazón pesado, sabía que necesitaba descubrir cómo lidiar con todo esto.



## ***Capítulo 30***

Caminaba por los pasillos del hospital cuando vi a Iván. Estaba revisando algunos expedientes y conversando con una enfermera. Me detuve frente a él y traté de disimular mi ansiedad.

—Iván, ¿has visto a Cristine? —pregunté, sonando más ansioso de lo que quería.

Cristine y yo no habíamos hablado con nadie en el hospital sobre nuestra relación, sin embargo, no sabía si realmente estaba en secreto ni por cuánto tiempo podría seguir así.

Iván levantó la mirada hacia mí, frunciendo el ceño por un breve momento antes de responder.

—No se estaba sintiendo bien. Le dije que fuera al laboratorio a hacerse unos exámenes. —Hizo una pausa, observando mi reacción. —¿Está todo bien?

Mi mente comenzó a acelerarse. ¿Cristine no se sentía bien? Una preocupación empezó a crecer dentro de mí. La conocía lo suficiente para saber que era una mujer fuerte, siempre ponía a los demás antes que a ella misma. Si había ido al laboratorio para hacerse exámenes, definitivamente algo no estaba bien.

—Voy a verla —respondí, girándome hacia el laboratorio.

Mientras caminaba por los pasillos, mis pensamientos estaban centrados en ella. La sonrisa traviesa que me daba cuando intentaba provocarme, la forma en que parecía invadir todos mis pensamientos, incluso cuando trataba de concentrarme en el trabajo. Todo en ella me hacía

sentir algo que no sabía que era posible.

Al acercarme al laboratorio, la vi a lo lejos. Estaba de pie, un poco distraída, con un semblante tenso. Sonreí al verla, sintiendo un calor suave recorrer mi cuerpo. Tal vez solo estaba cansada o había tenido un mal día, y yo estaría allí para consolarla.

Pero antes de que pudiera llamarla, antes de que cualquiera de los dos dijera algo, un dolor agudo atravesó mi cabeza, como si alguien me estuviera clavando una cuchilla. Todo a mi alrededor comenzó a girar. Mi visión se oscureció, y en cuestión de segundos, el suelo desapareció bajo mis pies. La última cosa que escuché fue el sonido amortiguado de Cristine gritando mi nombre antes de que todo se volviera negro.



Cristine  
CLARK

## Capítulo 31

Mi corazón se aceleró en cuanto lo vi.

Khalid se acercaba, sus ojos me encontraron, y por un instante, el mundo pareció detenerse. Sentía mi corazón latiendo con fuerza, y las palabras que había ensayado en mi mente sonaban sin sentido. ¿Era este el momento adecuado? Necesitaba contarle, pero el miedo me paralizaba. ¿Y si no reaccionaba bien? ¿Y si esto arruinaba lo que estábamos comenzando a construir? Estaba perdida en esos pensamientos cuando lo vi tambalear.

Su sonrisa se deshizo en un segundo, y antes de que pudiera entender lo que pasaba, lo vi desplomarse frente a mí.

—¡Khalid! —grité con una mezcla de pánico e incredulidad.

Mi cuerpo reaccionó antes que cualquier pensamiento. Corrí hacia él, con la desesperación inundando cada fibra de mi ser. Me arrodillé a su lado, con el corazón latiendo tan rápido que sentí que me desmayaba junto a él. Khalid estaba pálido, inconsciente, con los ojos cerrados, y yo no podía pensar en nada más que hacer algo, lo que fuera, para ayudarlo.

—Khalid, por favor... —Mi voz salió débil, y temblaba al sostener su cabeza en mi regazo. Podía sentir el calor de su piel desvaneciéndose, y eso solo aumentaba mi pavor—. ¡Ayuda! —grité, en un profundo desespero—. ¡Alguien, por favor, ayúdenme!

Los pasillos estuvieron tan silenciosos por un instante, como si el tiempo hubiera parado, pero pronto los pasos apresurados de los enfermeros resonaron, y en cuestión de segundos, apareció un equipo médico. Llegaron corriendo, moviéndose con una urgencia que me asustó aún más.

Me aparté de Khalid solo lo suficiente para que lo colocaran en la camilla. Mis manos temblaban, y mi cuerpo entero estaba en shock, pero no podía apartar la vista de su rostro, ahora tan inexpresivo. Los médicos murmuraban entre ellos mientras verificaban sus signos vitales, y yo estaba al borde de un colapso. A cada segundo que pasaba, el miedo se multiplicaba dentro de mí, como una ola que amenazaba con ahogarme.

—¿Qué le pasó? —pregunté, desesperada, pero nadie respondió. Estaban demasiado concentrados en estabilizarlo, y yo no sabía qué hacer.

Tan pronto como lo colocaron en la camilla, comenzaron a empujarlo hacia la emergencia. Temí tropezar con mis propias piernas mientras los seguía, haciéndome preguntas internas para las que no tenía respuesta.

¿Y si es grave? ¿Y si...?

Cuando llegamos a la emergencia, me detuvo una médica de rostro severo, pero con una mirada que llevaba empatía.

—Doctora Clark, por favor, necesitamos que espere aquí. Nos encargaremos de él ahora. —Me miró fijamente, y a pesar de su postura profesional, pude ver que entendía mi desesperación.

Quería gritar, exigir que me dejaran entrar, que me permitieran estar a su lado, pero la realidad era que también sabía que ellos necesitaban espacio para trabajar. Después de todo, yo era médica. Sabía que el caos en la emergencia no ayudaba a nadie. Aun así, la sensación de impotencia me aplastaba. Tragué en seco y di un paso atrás, asintiendo sin poder decir nada.

Observé cómo lo empujaban hacia adentro, desapareciendo de mi vista.

Y luego, el silencio.

Permanecí allí por un segundo, incapaz de procesar lo que estaba ocurriendo. Simplemente se desplomó... Sin aviso, sin nada.

¿Y yo? ¿Qué podía hacer?

Las palabras de la médica seguían resonando en mi mente mientras me alejaba y comenzaba a caminar de un lado a otro, sin saber qué hacer con mis propias emociones. Mi cuerpo parecía desconectado, mi cerebro luchando por procesar los últimos minutos. Quería gritar, quería llorar, pero todo lo que podía hacer era dar vueltas en círculos por el pasillo vacío, sintiendo cómo el miedo crecía.

Estaba acostumbrada a lidiar con emergencias. Era médica, sabía cómo manejar la presión. Pero esto... esto era diferente. Decirle sobre el embarazo me parecía ahora una cuestión menos importante. Todo lo que quería era que él estuviera bien.

Cada vez que un médico o enfermero pasaba, contenía la respiración, esperando alguna noticia. Los minutos parecían horas, y la angustia solo crecía.

*¿Y si es grave? ¿Y si... no despierta?* Ese pensamiento me golpeó como un cuchillo. La idea de perder a Khalid me aterraba de una forma que no sabía cómo expresar.

Caminé de un lado a otro, sintiendo mi cuerpo entero temblar. El silencio del pasillo solo aumentaba mi ansiedad, y me sentía cada vez más impotente. Era insoportable estar allí, sin poder hacer nada, sin saber qué pasaría con él.

Mientras miraba de un lado a otro, perdida en un caos interno, una voz familiar me sacó de ese estado de agonía.

—Cristine —era Iván, con su tono calmado y firme.

Se acercó lentamente, con algo en la mano. Era una barra de cereal. Lo miré, sorprendida y algo aliviada al ver una cara conocida. Sin decir nada, se sentó a mi lado en el banco, extendiéndome la barra de cereal.

—Tienes que comer algo. ¿Cuánto tiempo has estado aquí?

Solo negué con la cabeza, rechazando la idea. No podía pensar en comida, mucho menos en algo que no fuera Khalid en esa maldita sala de emergencias. Pero Iván insistió, empujándome la barra hacia las manos.

—Vamos, Cristine. Estar sin comer no va a ayudar en nada. Necesitas mantener tus fuerzas.

Suspiré, tomando la barra de su mano, pero sin abrirla. No tenía hambre. Ni siquiera la presencia de Iván, que normalmente me tranquilizaba, podía aliviar el nudo en mi pecho.

—¿Qué pasó? —preguntó, preocupado.

Tragué en seco, intentando encontrar las palabras.

—Él... Khalid... se desmayó. No sé qué pasó, Iván. Simplemente cayó frente a mí, y ahora... —Mi voz falló al final, y me sentí vulnerable, invadida por una sensación extraña y desagradable.

Iván puso la mano en mi hombro, en un gesto silencioso de apoyo. Nos quedamos allí sentados unos minutos, sin decir nada. Sabía que él intentaba consolarme, pero, honestamente, sentía como si estuviera atrapada en una niebla de ansiedad, incapaz de encontrar una salida.

De repente, la médica de la emergencia apareció en el pasillo. Todo mi cuerpo se tensó, y me levanté al instante.

—¿Qué está pasando? ¿Está bien? —pregunté, con la voz llena de desesperación.

La médica me miró, sus ojos vacilantes, como si estuviera sopesando sus palabras antes de hablar. Mi mente iba a mil por hora, esperando cualquier respuesta que pudiera calmarme. Sin embargo, para mi sorpresa, no me dijo nada directamente a mí. En cambio, sus ojos se desviaron hacia Iván, y asintió ligeramente con la cabeza.

—Doctor Gray, ¿podemos hablar un momento? —La voz de la doctora Stell era baja y controlada, casi demasiado formal para lo que estaba pasando.

Sentí como si mi estómago se hundiera.

Iván me lanzó una mirada rápida antes de asentir, claramente percibiendo mi ansiedad,

pero dejándome allí mientras caminaba hacia la doctora Stell. Se apartaron unos pasos, pero no lo suficiente como para salirse de mi campo de visión. Mis ojos los seguían, pero todo lo que podía escuchar era el eco distante de sus murmullos.

Mis pies estaban pegados al suelo, y sentí una ola de frustración e impotencia. ¿Por qué estaba hablando con Iván? ¿Por qué no podía simplemente decirme qué estaba pasando? Mi cabeza giraba con preguntas, y la desesperación comenzó a transformarse en algo más oscuro: miedo.

Mientras los observaba hablar, Iván gesticulaba levemente, con su expresión cada vez más seria. Apreté los puños, tratando de controlar la ansiedad creciente. Necesitaba saber qué estaba pasando.

—¿Ya le hicieron una tomografía? —Escuché a Iván preguntarle a la doctora Stell, su voz baja, pero lo suficientemente clara como para que pudiera captar algunas palabras.

—La estamos haciendo ahora. Hicimos una evaluación inicial, sus signos vitales están estables, pero mostró algunos síntomas que indican la necesidad de más exámenes detallados. Necesitamos más tiempo para un diagnóstico completo —explicó la doctora Stell.

Iván asintió, pasando una mano por su frente mientras absorbía la información.

—¿Es posible que sea algo relacionado con el cerebro? —preguntó, tenso.

Me aferré a la silla, tratando de mantener el equilibrio mientras escuchaba esas palabras. La frase flotaba en el aire como una sombra amenazante, y con cada segundo que pasaba, sentía que la desesperación me apretaba más el pecho.

—Estamos investigando esa posibilidad. Por ahora, necesitamos esperar los resultados de los exámenes antes de estar seguros de algo —respondió la doctora Stell, manteniendo el tono controlado.

Ella me lanzó una mirada rápida, como si supiera que yo podría escuchar parte de la conversación. Pero aún así, no me dio ninguna explicación directa. Iván movió la cabeza, procesando la información, y luego los dos comenzaron a alejarse. Yo me quedé allí, con el corazón latiendo desbocado.



## *Capítulo 32*

La luz tenue me despertó, y por un instante, todo estaba borroso, como si mi cerebro estuviera luchando contra una niebla densa. Parpadeé varias veces, tratando de aclarar mi visión. Mi cabeza latía, invadida por un dolor agudo que no podía ignorar. Cuando finalmente mis ojos se enfocaron en el ambiente a mi alrededor, me di cuenta de que estaba en una habitación de hospital. El sonido distante de las máquinas y el olor característico me confirmaban eso.

Giré la cabeza lentamente y lo primero que vi fue a Cristine, sentada a mi lado, con una expresión que combinaba alivio y preocupación. Mi corazón dio un brinco. Ella estaba ahí. Entonces, mis ojos recorrieron la habitación y se fijaron en el doctor Gray, que estaba al fondo, observando la situación con una postura seria y profesional.

Tragué en seco. Sabía que ella ya lo había descubierto. Mi mayor miedo estaba frente a mí, y ahora no había forma de escapar.

—Lo has descubierto... —murmuré, con la voz rasposa y pesada, como si cada palabra requiriera un esfuerzo tremendo.

Cristine me miró directamente, con una intensidad que me hizo desviar la mirada por un segundo. No sabía si estaba listo para enfrentar lo que venía a continuación.

—¿Sabías del tumor? —preguntó, firme, pero había un dolor evidente en su voz, algo que no podía soportar escuchar.

Asentí lentamente, sin fuerzas para disimular o mentir. Ya no había forma de evadir esta conversación.

Ella merecía la verdad.

Siempre la mereció.

—Sí, lo sabía. —Tragué en seco, sintiendo mi garganta raspar como si algo áspero hubiera bajado por ella.

Cristine parpadeó, absorbiendo la información, tratando de mantener el control. Pero yo podía ver la angustia en su rostro, una mezcla de tristeza e... indignación.

—¿Desde cuándo sabías esto, Khalid? —preguntó, con un tono que intentaba ser sereno, pero que no ocultaba la rabia.

Respiré profundo, intentando organizar mis pensamientos. No era una respuesta fácil, pero ella tenía que saberlo.

—Fue el motivo por el que vine a Miami —confesé—. Vine para recibir tratamiento... porque sabía que las cosas se estaban empeorando, pero al final no hice nada.

El rostro de Cristine se contrajo, y vi cómo el dolor comenzaba a dominar sus facciones. Por más que quería evitarlo, ahí estaba la verdad, desnuda y cruel, lastimándola de una manera que nunca había anticipado.

Ella cruzó los brazos, alejándose ligeramente, como si intentara procesar lo que acababa de decir. El silencio que siguió fue sofocante, y el peso de lo que había estado ocultando cayó sobre nosotros dos.

El rostro de Cristine reflejaba una mezcla de dolor y frustración que me aplastaba, y sabía que estaba herida, pero en ese momento no había mucho que pudiera hacer.

Antes de que alguno de nosotros pudiera continuar, Iván dio un paso al frente, rompiendo la tensión en el aire.

—Khalid... tu caso es muy grave —dijo, en un tono clínico—. El tumor que tienes... —Hizo una pausa, buscando la aprobación de Cristine para seguir—. Es del tamaño de una pelota de béisbol y está presionando funciones vitales.

La información me golpeó como un puñetazo en el estómago. Ya sabía que no estaba bien, pero escuchar todo de forma tan objetiva... parecía surrealista.

Cristine miró a Iván, luego a mí, con el shock claramente reflejado en su rostro.

—¿Y cuánto tiempo tengo? —logré preguntar, con la voz casi ahogada.

Iván respiró hondo antes de responder, y el peso de sus palabras se arrastró por la habitación como una sentencia.

—Un mes, tal vez dos.

Mi corazón se hundió, y tuve que tragar en seco para evitar que el desesperado nudo en mi garganta me hiciera perder el control. El tiempo que pensaba tener se desvaneció frente a mí, y la sensación de pérdida me envolvió de una manera que nunca había experimentado.

—La buena noticia es que podemos intentar una operación —continuó Iván, pero había una duda en su voz—. Pero es muy delicada. Estamos hablando de una mínima probabilidad de éxito.

—¿Y esa es la única opción? —Estaba tratando de mantener la calma, pero yo podía ver que cada palabra la desgarraba a ella.

Iván negó lentamente con la cabeza.

—Khalid, es arriesgado, y tú lo sabes. Pero operar podría ser tu única oportunidad real de sobrevivir.

Miré a Cristine, viendo sus ojos llenos de preguntas no formuladas, y por primera vez sentí el verdadero peso de la decisión que tendría que tomar. La operación era un riesgo, pero el tiempo se agotaba. Un mes, tal vez dos. Eso era todo lo que me quedaba. Y la única certeza que tenía en ese momento era que nada de lo que viniera sería fácil.



Cristine  
CLARK

## ***Capítulo 33***

Esa era una decisión que solo Khalid podía tomar. Lo sabía. Pero escuchar la confirmación de que él iba a operarse fue como un golpe que me dejó sin aire. Mi estómago se revolvía, y aunque confiaba en Iván y en su habilidad como neurocirujano, sabía lo delicada que sería esa cirugía. Él ya había salvado tantas vidas, enfrentado casos imposibles, pero también sabía que no siempre las cosas salían como esperábamos. ¿Cuántas veces vi a pacientes perder sus batallas, a pesar de tener a los mejores profesionales a su lado? La realidad, fría e implacable, me golpeó con fuerza.

No quería creerlo, pero... ¿y si esto era el final?

Mirando a Khalid, acostado en esa cama, apenas reconocía al hombre fuerte e imponente que me hacía perder el control de todas las maneras posibles. Parecía frágil, vulnerable, y el miedo de perderlo me golpeó como una ola gigantesca, imposible de contener.

No pude evitarlo.

Las lágrimas llegaron antes de que pudiera reaccionar. Me levanté abruptamente, sin mirarlo, y salí de la habitación como si el aire dentro de ella me asfixiara. Mi corazón estaba pesado, y las lágrimas caían por mi rostro de una forma que no podía controlar. Era como si todo el miedo que había estado intentando contener estallara de una vez, dejándome incapaz de soportar el peso de la situación.

Mis pasos resonaban en los pasillos vacíos, y todo lo que quería era huir, salir de allí, escapar de la realidad que me envolvía como una prisión. Pero no había a dónde correr.

Me apoyé en la pared, tratando de respirar, pero el dolor en el pecho era insoportable. El llanto me dominó, y mi cuerpo temblaba, frágil, vulnerable.

El pensamiento de perderlo... no podía soportarlo.

Oí pasos rápidos acercándose, y antes de darme cuenta, Iván estaba a mi lado. Me llamó por mi nombre, pero estaba tan perdida en el dolor que apenas podía escuchar.

—Cristine... —Su voz fue suave, como un ángel intentando sacarme del abismo.

Sentí sus brazos envolviéndome, y en ese momento, toda la fuerza que había intentado mantener se desplomó. Me refugié en su pecho, sollozando de manera incontrolable. El mundo parecía desmoronarse a mi alrededor, y todo lo que podía hacer era llorar. Llorar por la incertidumbre, por el miedo, por el dolor de quizás perder a Khalid.

—Yo... yo no puedo perderlo, Iván. —Las palabras salieron entre sollozos, y me sentí tan frágil, tan impotente—. ¿Él va a... va a hacerse la cirugía?... ¿Y si sale mal? ¿Y si no regresa?

Iván me abrazó más fuerte, acariciando mi espalda con cuidado, intentando calmar la tormenta que se desataba dentro de mí.

—Todo va a estar bien, Cris —murmuró, pero sabía que lo decía para intentar darme algo de consuelo.

No había garantías. Nunca las había.

—¿Y si no sale bien? —Mi voz tembló, cargada de miedo.

Iván permaneció a mi lado, su presencia siendo un ancla en medio del caos. Por un largo momento, nos quedamos allí, y yo me dejé desplomar en los brazos de mi amigo. Fue entonces cuando me di cuenta de que ya no podía esconderme. Necesitaba admitir la verdad, no solo para él, sino para mí misma.

—Iván... yo y Khalid... —Las palabras salieron en un susurro, casi como si tuviera miedo de pronunciarlas en voz alta—. Tenemos una relación amorosa.

Él se apartó ligeramente, mirándome, y por primera vez desde que salí de la habitación,

sentí un alivio inesperado. Ya no necesitaba esconderme. Pero lo que me sorprendió fue la reacción de Iván. Sonrió, y si el ambiente no fuera tan pesado, probablemente se habría reído.

—Cris, todos ya sabían eso. —Su voz tenía un toque de diversión, pero también de cariño—. No es exactamente un secreto.

Lo miré, incrédula. ¿Cómo todos ya lo sabían? Pensé que había sido tan discreta, pero parecía que estaba equivocada.

—¿Estás enamorada de él, verdad?

Abrí la boca para responder, pero las palabras se me quedaron atoradas. Todo era tan confuso, tan difícil. Pero, en el fondo, lo sabía. Lo que sentía por Khalid era más grande de lo que estaba dispuesta a admitir antes. Suspiré, cerrando los ojos por un segundo, tratando de encontrar fuerzas dentro de mí.

—Sí, lo estoy —confesé.

Iván me abrazó de nuevo, y en ese momento, la avalancha de emociones se desplomó una vez más.

Aún estaba en sus brazos, sintiendo las lágrimas caer por mi rostro, cuando finalmente se apartó ligeramente y me miró. La amabilidad que siempre había en sus ojos dio paso a una seriedad que me hizo detener el llanto por un momento. Lo que iba a decir era importante, y lo sabía.

—Cris —comenzó, firme—. Sé que esto es difícil de oír, pero necesito ser honesto contigo.

Lo miré, con el corazón acelerado, esperando algo que sabía que me iba a lastimar. Iván siempre había sido directo, y en ese momento no iba a ahorrarme la verdad.

—La cirugía es la única oportunidad real que tiene Khalid. Puede morir en la sala, sí, pero... si no se hace la cirugía, Cris, va a morir pronto de todos modos.

Las palabras cayeron sobre mí como una piedra pesada. Ya lo sabía, claro. Pero oírlas de esa manera tan cruda, tan directa, me hizo sentir un desespero aún mayor. Mi pecho dolía, y por un momento, me sentí completamente perdida.

—Pero... —Mi voz falló mientras trataba de encontrar una respuesta—. ¿Y si... y si sale mal?

Iván negó con la cabeza, con una expresión triste.

—La posibilidad de éxito es mínima, no voy a mentirte. Es una cirugía muy delicada, con muchos riesgos. Pero sin la operación, el tumor seguirá creciendo y presionando las funciones vitales. Eso es seguro.

Esas palabras resonaron en mi cabeza. No era solo una cuestión de riesgo, sino de tiempo. Khalid estaba en una carrera contra el reloj, y la única cosa que podría darle una oportunidad... era la cirugía. Una oportunidad mínima, pero era todo lo que teníamos.

Me aparté un poco de Iván, tratando de procesarlo todo.

—Entonces, no tenemos otra opción, ¿verdad? —Tratando de secarme las lágrimas con

la manga de la bata, pero rápidamente volvieron a caer.

Iván me miró con compasión, pero no suavizó la verdad.

—No, Cris. La única opción es intentarlo. Y Khalid lo sabe. Por eso decidió hacerse la cirugía.

Cerré los ojos por un momento, tratando de contener las lágrimas que seguían amenazando con caer. Saber que esa era la única salida lo hacía todo aún más difícil. Sabía que Khalid era valiente, pero la idea de verlo en esa mesa de cirugía, con tan pocas posibilidades de sobrevivir... era una pesadilla.

—Estaré con él —dije, con la voz un poco más firme—. No lo voy a dejar enfrentar esto solo.

Iván asintió, poniendo una mano sobre mi hombro en un gesto de apoyo.

—Y él te va a necesitar, Cris. Más que nunca.



Cristine  
CLARK

## Capítulo 34

Caminé al lado de Khalid, sintiendo los latidos de mi corazón con cada paso. Sus dedos estaban entrelazados con los míos, y yo apretaba su mano con más fuerza que nunca. El pasillo que llevaba a la sala de cirugía parecía interminable y vacío. El hospital, que siempre había sido mi refugio, se había transformado en una prisión en la que me veía obligada a dejar a Khalid en manos del destino. Miré hacia él, intentando encontrar algo de seguridad en sus ojos, pero su expresión era seria, enfocada, aunque yo sabía que, por dentro, él estaba tan inquieto como yo.

—Va a estar todo bien —murmuré, más para mí misma que para él, tratando de convencerme de que eso era cierto.

Él sonrió, pero no con los labios, solo con los ojos. Una sonrisa discreta, pero que para mí significaba mucho.

—Sabes que soy demasiado terco para rendirme así —respondió él, tratando de calmarme.

El final del pasillo se acercaba. La sala de cirugía estaba frente a nosotros, con sus enormes y solemnes puertas.

Mi corazón aceleró, y sentí un nudo en el pecho.

No quería soltarlo.

No quería dejarlo allí.

Pero sabía que no tenía opción...

Me detuve junto a la puerta, aún sosteniendo su mano. Mis dedos temblaban ligeramente, y Khalid me miró por un momento antes de apretar mi mano. Había tantas palabras que quería decir, pero todas parecían atrapadas en mi garganta.

—Estaré aquí. Te esperaré —dije, forzando una sonrisa, luchando contra el miedo que crecía dentro de mí.

Khalid asintió, con esa mirada seria y determinada que siempre usaba cuando sabía que estaba a punto de enfrentar algo grande. Me apretó la mano por última vez antes de soltarla lentamente. Nuestros dedos se separaron despacio, y entonces él entró en la sala de cirugía. Las puertas se cerraron detrás de él, y yo me quedé ahí, mirando esa barrera que nos separaba.

El suave sonido del cierre de las puertas resonó como un punto final, como si, en ese momento, algo importante estuviera siendo sellado. Intenté mantenerme firme, pero la incertidumbre sobre lo que sucedería a continuación era insoportable. Mis dedos aún sentían el contacto de la mano de Khalid, y la idea de no tenerlo a mi lado, de que esa fuera la última vez que lo vería, me atormentaba.

Caminé por los pasillos como un zombi, completamente ajena a lo que sucedía a mi alrededor. Cada latido de mi corazón parecía un recordatorio doloroso de que, en cualquier momento, todo podría desmoronarse. La sala de espera era fría, impersonal, y me sentía aplastada por la soledad, rodeada de rostros desconocidos que no tenían idea de la angustia que me invadía.

Me senté en una de las sillas incómodas y, por unos segundos, cerré los ojos, tratando de controlar mi respiración. La imagen de Khalid en esa cama de hospital, vulnerable, era como una pesadilla. Cada vez que pensaba en él, el miedo regresaba con más fuerza, dejándome sin aire.

*Si algo le pasa...*

Ese pensamiento se repetía en mi cabeza como un mantra cruel. Respiré profundamente, luchando contra el pánico que amenazaba con apoderarse de mí. Mis dedos apretaban el celular con fuerza, y me sorprendí mirando la pantalla, esperando un mensaje, una llamada, cualquier cosa que me trajera algo de alivio. Pero el silencio era ensordecedor.

Toqué mi vientre, recordando el embarazo que había descubierto esa mañana, pero ni siquiera podía procesarlo. Ese día había sido una montaña rusa, pero aún no terminaba, y me sentía en la cima de la curva más peligrosa, con ese frío en el estómago que me lo volteaba por completo.

Pasaron horas, o al menos eso era lo que parecía. El reloj en la pared era mi único compañero, y sus manecillas avanzaban lentamente, arrastrando cada segundo como una tortura. Intenté pensar en otras cosas, distraerme, pero todo lo que mi mente hacía era volver a él. Khalid, en esa mesa de cirugía, su cuerpo frágil en las manos de médicos y máquinas, mientras yo estaba allí, impotente.

Me levanté de un salto, incapaz de seguir sentada. Comencé a caminar de un lado para otro, dando pasos rápidos y nerviosos. Sentía mi cuerpo temblar, y las lágrimas que había estado conteniendo empezaron a caer. Cada vez que un médico o enfermero pasaba, mi corazón se aceleraba, con la esperanza de que alguien trajera noticias.

Pero nadie se detenía.

Nadie me decía nada.

*¿Por qué está demorando tanto?*

Esa pregunta resonaba en mi mente como un eco aterrador.

Estaba entrenada para lidiar con situaciones difíciles, para mantener la calma bajo presión. Pero como médica, sabía que, cuando algo tardaba, rara vez era una buena señal.

Mis dedos recorrían mis cabellos, tirando de ellos con fuerza, como si eso pudiera calmar la tormenta dentro de mí. Mis ojos ardían con las lágrimas reprimidas, y la desesperación estaba a punto de desbordarse cuando, finalmente, vi a Iván saliendo de la sala de cirugía.

Mi corazón dio un vuelco. Ahí estaba él, con el rostro serio, el cuerpo encorvado por el peso de lo que estaba a punto de decirme. Mi cuerpo se tensó, cada músculo preparado para lo peor. Quería correr hacia él, exigir respuestas, pero al mismo tiempo, estaba aterrada por lo que podría decirme.

—¿Iván?

El tiempo pareció desacelerarse cuando vi la expresión en su rostro. Su cabeza estaba baja, y su mirada me golpeó con una fuerza que casi me hizo desmoronarme. Lo supe. Antes de que abriera la boca, supe que algo estaba mal.

—Hubo complicaciones... —La voz de Iván sonó pesada.

Sentí que el suelo se abría bajo mis pies. Era como si todo a mi alrededor hubiera desaparecido, y el único sonido que podía escuchar era el latir acelerado de mi corazón. Mi visión se nubló mientras intentaba procesar esas palabras.

¿Complicaciones? ¿Qué significaba eso?

—No... no puede ser... —susurré, sintiendo mis rodillas flaquear y las lágrimas finalmente escapando de mis ojos.

Iván se acercó, sosteniéndome por los hombros. Su expresión era seria, pero vi en sus ojos un atisbo de compasión. Intentaba ser fuerte por mí, pero podía ver el cansancio y el dolor reflejados en él.

—Cris, la cirugía fue más complicada de lo que esperábamos. Pero él está estable ahora.

Lo miré, dejando que las lágrimas cayeran libremente por mi rostro. ¿Qué estaba diciendo? No podía pensar con claridad. Las palabras “complicaciones” y “estable” se mezclaban en mi mente, pero nada tenía sentido. Todo lo que podía sentir era el miedo de que estaba a punto de perder a Khalid para siempre.

—Pero... ¿y ahora? ¿Qué va a pasar? —Sollozaba mientras me aferraba a cualquier pizca de esperanza—. ¿Él va a estar bien, verdad? ¿Va a despertar, verdad?

Iván suspiró.

—Cris, ahora lo único que podemos hacer es esperar a que despierte.

Esas palabras fueron como una daga clavada en mi pecho.

Esperar...

Siempre esperando.

Me aparté de Iván, incapaz de soportar el dolor que sus palabras me causaban. Las lágrimas comenzaron a fluir con más intensidad, y sentí que me desmoronaba.

—Yo... yo no sé si puedo... —Mi voz salió en un susurro mientras luchaba por respirar. La sensación de impotencia me consumía, me ahogaba.

Iván se acercó de nuevo, y me abrazó. Me desplomé sobre él, sollozando desesperadamente. Era demasiado. El peso de todo era insoportable. El miedo, la incertidumbre, la posibilidad de perder a Khalid... era más de lo que podía soportar.

—Sé que es difícil, Cris —Iván acariciaba mi espalda en un gesto reconfortante—. Ahora, más que nunca, necesitas ser fuerte por él.

Intenté asentir, pero todo lo que sentía era vacío, el miedo de que tal vez Khalid nunca despertara. Y esa posibilidad me destruía por dentro.

## Parte 2

No se despertó...



Cristine  
CLARK

## Capítulo 35

*Meses después...*

Los días en el hospital se habían convertido en una rutina interminable.

Las luces blancas, el sonido de los monitores y el olor constante a desinfectante formaban parte de mi vida de una forma que jamás imaginé. Mi mundo parecía girar en torno a esa habitación, a esa cama donde Khalid yacía, inmóvil, desde hacía meses. Mi vientre, grande y pesado, me recordaba que el tiempo seguía pasando, aunque Khalid no estuviera allí para vivirlo conmigo.

Estaba sentada a su lado, acariciando su mano, algo que hacía todos los días. Era un gesto tan simple, pero era todo lo que tenía. El movimiento de mis dedos sobre su piel caliente era una de las pocas cosas que aún me conectaba con él. Miraba el reloj en la pared, viendo cómo las horas pasaban, y esperaba... Rezaba para que algo cambiara, para que, de repente, abriera los ojos y volviera a mí. Pero los meses habían transcurrido y él seguía allí, atrapado en algún lugar entre la vida y la oscuridad.

Mi mente vagaba mientras acariciaba su mano. Recordaba las palabras de Iván, que, por más que tratara de ser amable conmigo, no podía ocultar lo grave de la situación.

De alguna forma, él sigue aquí, había dicho Iván, intentando darme algo de consuelo. El cerebro de Khalid aún funcionaba para las funciones básicas, pero no despertaba. Y, a pesar de todos nuestros esfuerzos, nadie sabía si alguna vez lo haría.

Las palabras de Iván retumbaban en mi cabeza como una sentencia. Sabía que había una parte de mí que tenía que aceptar la posibilidad de que Khalid nunca volviera. Pero otra parte se negaba a dejar que esa idea echara raíces. El hombre que amaba, el padre de mi hijo, no podía simplemente desaparecer así. No podía rendirme.

Las lágrimas ardían en mis ojos mientras miraba su rostro sereno. Parecía estar en paz, tan calmado. Pero por dentro, sabía que algo en él estaba librando una batalla. Tal vez era una guerra que no podía ganar. Apreté su mano suavemente, como si, de alguna manera, pudiera transmitirle la fuerza que necesitaba.

—Khalid... —murmuré, entrecortada por el llanto contenido—. Tienes que volver a mí. A nosotros.

Mis manos bajaron hasta mi vientre, enorme y pesado. Él no lo sabía. No sabía que estaba esperando un hijo suyo. Dentro de mí crecía una vida que lo necesitaba tanto como yo.

—Vas a ser padre... —susurré, tratando de contener el sollozo que amenazaba con dominarme—. Y él... él te necesita.

Mi voz se quebró y, por un momento, el cuarto pareció cerrarse a mi alrededor. El sonido de los monitores, el zumbido leve de la ventilación... todo parecía aplastarme. Era una sensación de impotencia como nunca antes había sentido. Yo, una médica, una mujer que siempre había tenido el control de todo lo que la rodeaba, pero ahora estaba perdida, sin saber qué hacer más allá de esperar.

Volví a acariciar su mano, esta vez con más intensidad, como si mi toque pudiera despertarlo, como si mi amor fuera suficiente para traerlo de vuelta. Sin embargo, él no se movía. No despertaba. Y ya no sabía qué hacer.

El dolor de verlo así, de sentir la vida creciendo dentro de mí mientras el hombre que amaba seguía atrapado en un coma, era insoportable. Quería gritar, llorar, exigir respuestas, pero sabía que lo único que me quedaba era seguir esperando. Y en ese momento, la espera era una tortura.



Cristine  
CLARK

## Capítulo 36

Permanecía sentada en la silla al lado de la cama de Khalid, con sus dedos entrelazados con los míos. El tiempo parecía haber perdido todo sentido; los días se mezclaban en una niebla de preocupación y agotamiento.

Ignoré el sonido insistente de mi teléfono vibrando. Primero fue mi madre, luego Clare envió varios mensajes. Sabía que estaban preocupadas, pero no tenía fuerzas para responder. No entenderían...

Recosté mi cabeza en el costado de la cama de Khalid, sintiendo el calor tenue de su piel, mientras lo observaba en su profundo sueño. Me sentía tan impotente. Como si todo lo que pudiera hacer fuera seguir esperando que él despertara.

Mis manos apretaron aún más sus dedos.

—Khalid... por favor —susurré, pero él no respondió, como siempre.

Su silencio me mataba por dentro.

Fue entonces cuando un sonido en el pasillo llamó mi atención. Voces altas, y no era solo el ruido habitual del hospital. Había una tensión diferente, algo más pesado. Levanté la cabeza, aún sosteniendo su mano, y miré hacia la puerta.

De repente, Ian Gray entró en la habitación, con una expresión tensa. Y justo detrás de

él, un hombre que no reconocí de inmediato. Era alto, de apariencia imponente, con rasgos duros y una mirada severa. Su barba canosa y su actitud autoritaria lo hacían parecer alguien acostumbrado a ser obedecido. Debía tener casi 70 años, pero su postura era implacable.

—¿Cómo pudieron esconderme esto?! —gritó hacia Ian, haciendo que su voz grave retumbara por la habitación—. ¿Mi hijo en este estado y nadie tuvo la decencia de informarme? ¡Qué absurdo!

Ian intentaba argumentar, con las manos levantadas en señal de calma.

—Jeque, intentamos contactarlo, pero... —comenzó Ian, pero fue interrumpido bruscamente.

—¿Intentaron?! ¡Eso es inaceptable! —rugió el hombre, con los ojos chisporroteando de ira.

Mi corazón dio un brinco. La ficha cayó.

Ese hombre solo podía ser su padre. El jeque. El hombre del que Khalid siempre evitaba hablar, pero que nunca imaginé que estaría allí, tan de repente y de forma tan agresiva.

La mirada severa del jeque se dirigió hacia mí, como si recién en ese momento se diera cuenta de que estaba allí, junto a Khalid. Sus ojos se oscurecieron aún más y su expresión fue de puro desdén. Me recorrió de arriba abajo, como si fuera una intrusa, alguien que no debía estar allí.

—¿Quién eres tú? —preguntó, con desdén—. ¿Qué estás haciendo aquí con mi hijo?

Me levanté, intentando mantener la compostura, pero con el corazón acelerado. Me intimidaba de una forma que no podía controlar. Respiré hondo y respondí, con la voz firme.

—Soy Cristine. Estábamos... en una relación amorosa... —tartamudeé, sin encontrar una palabra que expresara mejor nuestra relación.

La expresión del jeque cambió inmediatamente a algo aún más oscuro. Se rió, pero no de una forma amistosa. Fue una risa seca, sin humor.

—Mi hijo no sale con occidentales —dijo, frío como una piedra de hielo—. Eso es inaceptable. Debería estar en casa, con la familia. No aquí... contigo.

Sentí el impacto de sus palabras como un golpe. Mi mano fue instintivamente hacia mi barriga, como si al protegerla, pudiera defenderme de alguna manera. ¿Qué sabía él sobre nosotros? ¿Qué sabía sobre lo que habíamos vivido? ¡Nada! Ese hombre era solo un tirano, tratando de controlar el destino de Khalid.

—Jeque —intervino Ian, intentando calmar la situación—. El estado de Khalid es delicado. Para trasladarlo necesitaríamos un avión equipado con una UTI móvil. No es un traslado sencillo...

—¡Eso no es un problema! —lo interrumpió el jeque, levantando la mano y mostrando su impaciencia—. Hagan lo que sea necesario. Él regresará a nuestro país, donde pertenece. No pasará ni un minuto más en este lugar.

Ian asintió, claramente incómodo con el sujeto.

El jeque volvió a mirarme, con los ojos entrecerrados.

—Esto se acaba ahora —dijo, más para mí que para Ian—. Khalid regresará a donde siempre perteneció, y tú... tú ya no tienes nada que ver con esto.

Sus palabras fueron como una puñalada en el pecho. Me quedé allí, inmóvil, incapaz de reaccionar, sintiendo que todo a mi alrededor se derrumbaba. Me estaba apartando de Khalid. Del padre de mi hijo. Y no sabía qué hacer.

—¡No puedes hacer esto! —mi voz salió más alta y firme de lo que esperaba, mientras mi cuerpo temblaba por la adrenalina. Me alejé un paso, enfrentando al jeque con la determinación que apenas sentía—. ¡Él está en coma! ¡No puede ser transportado así! Y... y él estaba feliz aquí —argumenté, intentando desesperadamente encontrar alguna rendija en la autoridad inquebrantable de ese hombre.

El semblante del jeque se endureció aún más, como si mis palabras no tuvieran ningún valor. Cruzó los brazos y dio un paso hacia mí, su presencia imponente hizo que el aire a nuestro alrededor se volviera más denso.

—Soy el padre de Khalid —dijo, con un tono bajo y controlado, pero cargado de un poder que él creía tener sobre todo y sobre todos, especialmente sobre su propio hijo—. Y lo llevaré de vuelta a casa, de donde nunca debió haber salido. Él pertenece a nuestra familia, a nuestra cultura. Aquí no tiene lugar.

Sus ojos chisporrotearon y sentí cada palabra como un golpe directo.

Mi corazón latía con fuerza. El miedo y la frustración me envolvían, y apenas podía pensar con claridad. Khalid me había hablado sobre el control que su padre ejercía, pero estar cara a cara con ello era otra cosa completamente diferente. Podía ver que estaba decidido a llevarse a Khalid, y no importaba cuánto intentara argumentar, él no me escucharía. No me veía como alguien importante. Yo era solo un obstáculo que debía eliminar.

—Pero... —comencé a decir, sin embargo, mi voz se apagó cuando sus ojos bajaron lentamente hacia mi vientre.

La respiración se me atascó en la garganta, y mi cuerpo entero se tensó bajo su mirada. Su expresión cambió, y por un instante, algo que podría haber sido sorpresa cruzó su rostro. Frunció el ceño y dio un paso más cerca de mí, mirándome como si intentara entender la situación.

—¿Este bebé...? —comenzó, con voz firme y llena de sospecha—. ¿Este bebé es de mi hijo?

Su voz era fría, controlada, pero podía ver cómo la ira comenzaba a crecer en sus ojos.

Instintivamente, retrocedí, el miedo recorriéndome la espina dorsal. Nunca imaginé que tendría que contarle esto, nunca pensé que este momento llegaría. Miré a Ian, que parecía tenso, pero sabía que no había nada que pudiera hacer para protegerme de esta situación.

El jeque seguía mirándome, exigiendo una respuesta, y no había forma de escapar.

—Te hice una pregunta... —Su voz se volvió aún más amenazante—. ¿El bebé es de mi hijo?

Tragué en seco, temblando mientras sus palabras resonaban en mi mente. Sabía que no tenía otra opción. No podía ocultarlo por más tiempo.

—Sí —respondí, finalmente, en un susurro—. El bebé es de Khalid.

El silencio que siguió a mi confesión fue ensordecedor. El jeque se quedó inmóvil por un momento, procesando lo que acababa de decir. ¿Qué haría ahora? No lo sabía. Pero algo era claro: todo estaba a punto de cambiar.

El silencio que siguió parecía ahogarme. El jeque me observó unos segundos más, analizándome, como si estuviera tratando de medir el peso de mis palabras. Su rostro permaneció impasible, y por un momento, esperé que dijera algo. Pero no dijo nada.

Sin decirme una sola palabra más, se giró hacia Ian con la misma autoridad fría de antes.

—Organízelo todo lo más rápido posible —ordenó, tajante—. El avión con la UTI móvil, la transferencia... todo. Envíeme la cuenta y asegúrese de que todo esté perfecto. Mi hijo regresará a casa.

Me quedé allí, inmóvil, como si estuviera congelada, mientras él se daba la vuelta y se alejaba con pasos firmes y decididos, como si su presencia fuera una sentencia de que Khalid ya no tenía cabida allí. No hubo más palabras, ni más discusiones.

La decisión del jeque era una orden...

Cuando la puerta se cerró detrás de él, me giré hacia Ian, tratando de mantener el control, pero el peso de la situación me golpeó como una avalancha. Nuestras miradas se cruzaron, y eso fue suficiente para que las lágrimas que intentaba contener finalmente comenzaran a caer por mi rostro. Ian dio un paso hacia mí, y antes de que pudiera decir algo, me envolvió en un abrazo apretado.

—Lo siento mucho, Cristine —murmuró, acariciando mi espalda con compasión—. Yo... no quería que fuera así, pero en esta situación... El padre de Khalid es el responsable legal. Él tiene derecho a tomar esta decisión.

Sus palabras, por amables que fueran, no cambiaban la verdad que ya conocía. No tenía poder para evitar que Khalid fuera alejado de mí. Incluso sabiendo esto, la realidad me golpeó como un dolor físico, y las lágrimas continuaron cayendo, silenciosas, calientes y amargas.

—Lo sé... —musité, contra el pecho de Ian—. Pero eso no hace que sea más fácil.

No respondió de inmediato, porque sabía que no había nada que pudiera decir para aliviar ese dolor. Solo me apretó más contra él, dejándome desmoronar en su abrazo mientras la desesperación y la tristeza me dominaban.

La sensación de impotencia me consumía. Había luchado tanto, esperado tanto... y ahora todo parecía escurrirse entre mis dedos. Khalid sería llevado lejos, y no sabía si alguna vez despertaría. No sabía si vería al hijo que estábamos esperando. No sabía si alguna vez regresaría a mí.

Ian siguió abrazándome, sin decir una palabra más. Y en ese momento, por más que sabía que no podía hacer nada, su presencia era lo único que me impedía colapsar completamente.

\*\*\*

Con las manos atadas, solo observé al jeque cumplir su amenaza y, en cuestión de días, Khalid fue llevado lejos de mí. Lejos de nuestro bebé. Todo sucedió tan rápido, tan fuera de mi control, que parecía una pesadilla de la cual no podía despertar.

Vi todo el proceso como si estuviera fuera de mi propio cuerpo. El avión con la UTI móvil llegó, los médicos del hospital de Khalid fueron traídos para asegurarse de que todo estuviera en orden, y la transferencia se hizo meticulosamente. Pero para mí, fue una tortura.

No podía dejar de pensar en lo que Khalid diría si estuviera despierto. Si estuviera consciente, ¿habría luchado para quedarse? ¿Habría elegido estar a mi lado? ¿O se habría dejado llevar por la imposición de su padre? Esas preguntas me atormentaban cada segundo, y sabía que jamás tendría respuestas.

El momento en que el avión despegó fue el peor. Estaba en el aeropuerto, acompañada por Ian, mirando a lo lejos la aeronave que llevaba a Khalid a un destino que cada vez parecía más inalcanzable. Todo en mí quería correr hacia allí, gritar, impedir que se llevaran al hombre que amaba. Pero sabía que eso era imposible.

Ya no tenía fuerzas para seguir luchando. Y el vacío que dejó fue insoportable.

De vuelta al hospital, los pasillos, que antes me eran familiares, ahora parecían fríos y desolados. Mis manos acariciaban mi vientre, en un gesto involuntario de protección. Cada día, nuestro hijo crecía dentro de mí, pero su padre estaba lejos, en otro continente, en coma.

Todo lo que tenía eran recuerdos, memorias de Khalid, y un dolor silencioso que me devoraba por dentro.

La habitación de Khalid ahora estaba vacía. Cada vez que pasaba por allí, mi corazón se apretaba. Como si una parte de mí hubiera sido arrancada con él.

—Todo va a estar bien... —intenté susurrar para mí misma, mientras acariciaba mi vientre, pero la verdad es que no tenía idea de si las cosas se pondrían mejor.



Cristine  
CLARK

## Capítulo 37

El televisor seguía emitiendo luces y sonidos, pero yo no podía concentrarme en nada. Mi cuerpo parecía un peso muerto que apenas podía soportar, con el dolor de cabeza palpitante y la fatiga que me pesaba en cada músculo. Mi barriga era un recordatorio constante de lo que estaba por venir, pero también de lo que me faltaba. Pensaba en Khalid. Ni siquiera sabía que estábamos esperando un hijo. La ausencia de noticias, la incertidumbre y la soledad eran como cuchillos cortándome profundamente, cada día que pasaba.

*Mi bebé no tendría a su padre...*

Quería poder abrazarlo, sentir su olor y su piel suave como consuelo para mi corazón vacío, pero afortunadamente, eso no tardaría mucho, ya que el parto estaba cada vez más cerca.

Intenté acomodarme en el sofá, pero el esfuerzo solo empeoró el dolor de cabeza. Cerré los ojos por un momento, sintiendo una ola de náuseas. No era solo el peso físico lo que me consumía, sino también lo emocional.

La puerta principal se abrió de repente, y la familiaridad de ese sonido me sacó de mis pensamientos.

Mis padres entraron.

Tan pronto como me vieron, mi padre me lanzó una mirada de desaprobación al verme tan abatida. Siempre había sido el tipo de hombre que decía lo que pensaba, sin preocuparse por

suavizar sus palabras.

—Deberías tener más cuidado con quién te metes, Cristine —dijo, frunciendo el ceño, sin intentar disimular su insatisfacción—. Ese tipo te metió en esta situación, y ahora está lejos, quién sabe dónde... —Sacudió la cabeza, murmurando algo más bajo, pero lo suficientemente alto para que yo lo escuchara.

Mi madre, siempre tratando de equilibrar las cosas, puso los ojos en blanco y le dio un codazo en el brazo.

—No empieces, querido —dijo mi madre con un suspiro, mientras se acercaba a mí con esa mirada cariñosa que siempre me reconfortaba—. Cristine ya tiene suficientes problemas para lidiar ahora. No necesita más preocupaciones.

—Solo estoy diciendo lo que todo el mundo piensa —respondió él, cruzando los brazos y mirándome críticamente.

—Cristine, mi querida —ignoró el comentario de mi padre, sentándose a mi lado en el sofá. Sus ojos estaban llenos de preocupación, aunque intentaba sonreír—. ¿Cómo estás?

Mi garganta se apretó con la pregunta. La verdad era que no estaba bien. Físicamente y emocionalmente... todo en mí estaba roto. Pero ¿cómo decirle eso a ella, que ya estaba tan preocupada? Intenté sonreír, pero mis labios apenas se movieron.

—Yo... no estoy bien, mamá —admití, tratando de no dejarme llevar por las lágrimas otra vez—. Está siendo difícil... difícil no saber nada de Khalid. Difícil lidiar con todo esto sola. Solo... solo quiero saber cómo está.

Mi madre suspiró, pasando la mano por mi cabello, como cuando era pequeña y me lastimaba. Su toque siempre había tenido un efecto calmante sobre mí, pero esta vez la tristeza parecía mucho más profunda. Miró mi barriga, acariciándola suavemente, como si intentara recordarme lo que realmente importaba ahora.

—Lo sé, hija mía. Me imagino lo mucho que debe doler. —Hizo una pausa, como si eligiera sus palabras con cuidado—. Pero tienes que ser fuerte, por el bebé. Él te va a necesitar... y sabes que estamos aquí para lo que sea. No estás sola.

Mi padre, aunque siempre más práctico y duro, no pudo ocultar completamente la preocupación en su mirada. Dio unos pasos hacia mí, dudando por un momento antes de hablar.

—Sabes que, a pesar de todo, te vamos a ayudar —dijo, con un tono un poco más suave—. Solo... solo espero que no te arrepientas de esta relación.

Sus palabras, aunque intentaban ser una advertencia, me golpearon de manera diferente. Sabía que le importaba, solo que tenía una forma más dura de demostrarlo. Mi padre siempre había sido así, desde que tenía memoria. Para él, el mundo estaba dividido entre lo correcto y lo incorrecto. Y en su visión, Khalid nunca había sido la elección correcta.

—¡Dean! —Mi madre lo regañó con otra mirada severa—. No es el momento para eso.

—¡Solo estoy siendo realista! —resopló él, cruzando los brazos con el rostro amargo—. Si él le hubiera contado sobre el tumor...

Mi madre lo cortó rápidamente, volviendo su atención hacia mí y acariciando mi mano

de forma protectora.

—No escuches a tu padre ahora, querida. Lo importante es que estás bien y el bebé también. Vas a poder superar esto —dijo, pero sus palabras, aunque reconfortantes, no podían llenar el vacío que Khalid había dejado.

Sentí las lágrimas acumulándose en mis ojos, y antes de poder detenerlas, una sola gota resbaló por mi rostro. Mi madre inmediatamente me atrajo hacia su abrazo, acurrucándose en sus brazos, como si eso pudiera alejar todo el dolor y la angustia.

—Todo va a estar bien, Cristine. Lo vamos a resolver. Eres fuerte —murmuró mientras yo sollozaba, permitiendo que las emociones finalmente explotaran.

Mi padre se quedó en silencio, observando, pero la mirada en sus ojos había cambiado. Tal vez, en el fondo, también sabía que este era un momento de apoyo, no de juicio. A pesar de todos los errores que pudiera haber cometido, mis padres estaban allí. Y aunque eso no llenaba la falta de Khalid, me daba algo de consuelo.

Y supe que, de alguna manera, tendría que seguir adelante y que mi familia estaría conmigo.



Cristine  
**CLARK**

## ***Capítulo 38***

El día había sido largo. La sala de quimioterapia estaba llena, y yo había pasado las últimas horas conversando con los pacientes, tratando de ofrecer palabras de consuelo y fortaleza, aunque el peso de mis propios problemas amenazaba con aplastarme. Las conversaciones con los pacientes, sus historias de valentía y lucha, siempre eran una distracción bien recibida para el caos que mi vida se había convertido.

Estaba saliendo de la sala cuando sentí un dolor agudo y cortante. Mi cuerpo entero se congeló, y por un momento pensé que era solo otra de las molestias que venía sintiendo durante las últimas semanas. Pero luego, un segundo dolor, más intenso, atravesó mi vientre y, antes de que pudiera comprenderlo, sentí el agua escurrir entre mis piernas.

Me quedé parada en el pasillo, con el corazón disparado y la respiración entrecortada.

No... todavía no.

—Ah... —gemí, sorprendida, mientras mis manos se iban automáticamente hacia mi abdomen pesado.

Las contracciones comenzaron con más intensidad, y la sensación de urgencia se apoderó de mí. Miré alrededor, empezando a ser invadida por el pánico.

¿Ya era la hora?

—¡Ayúdenme! —grité, sin preocuparme por mantener la calma.

Una enfermera que pasaba corrió de inmediato hacia mí, con los ojos abiertos como platos al ver mi situación. Apenas podía procesar lo que estaba sucediendo. Cada segundo, el dolor se intensificaba, y sentía mi cuerpo preparándose para un momento que había estado esperando con ansiedad.

—Doctora, respire profundo —dijo la enfermera, mientras me sujetaba por los brazos—. Voy a ayudarte.

Me ayudó a sentarme en una silla de ruedas mientras las contracciones venían más rápido de lo que esperaba, y el pánico aumentaba con ellas. El bebé venía, y yo no sabía qué hacer.

—Vamos a llevarla a la sala de maternidad —dijo la enfermera, con una voz firme y calmada, empujando la silla rápidamente por los pasillos del hospital.

Sujeté mi vientre, tratando de concentrarme en respirar y controlar el pánico creciente. Las paredes del hospital pasaban borrosas a mi alrededor, y lo único en lo que podía pensar era que pronto tendría a mi bebé en los brazos.

Estuve en la sala de parto por horas. Aunque estaba acostumbrada a situaciones de emergencia, nada me preparó para esto. Cada nueva contracción era como una ola de dolor que recorría todo mi cuerpo, y apenas podía pensar en otra cosa más que en respirar.

—Vas muy bien, Cristine —me decía la enfermera a mi lado, pero su voz sonaba distante, ahogada por el ruido ensordecedor de mi propia mente.

Lo único que me mantenía en pie, a pesar de todo, era la idea de que pronto, muy pronto, tendría a mi bebé en los brazos. Eso me daba fuerzas.

El tiempo parecía haber perdido todo sentido. ¿Cuántas horas había estado allí? Los minutos se arrastraban, y entre una contracción y otra, mi mente divagaba, oscilando entre la excitación y el miedo por lo que estaba por venir. Mi madre llegó en algún momento, y cuando la vi, una ola de alivio me invadió. Sus ojos estaban llenos de preocupación, pero también de amor y fuerza.

—Estoy aquí, querida —dijo, tomando mi mano.

La miré, sintiendo las lágrimas acumulándose en mis ojos, pero no dije nada. Necesitaba mantener el enfoque. Necesitaba traer al mundo a mi bebé, y pronto todo estaría bien. Era en eso en lo que me aferraba.

El dolor aumentó, volviéndose casi insoportable. El trabajo de parto parecía interminable, pero a cada segundo que pasaba, sabía que estaba más cerca de tenerlo en mis brazos. La enfermera y los médicos se movían a mi alrededor, y, aunque estaba exhausta, luché con todo lo que tenía dentro de mí.

—Solo un poco más, Cristine. Ya casi estás ahí —dijo el médico, y apreté la mano de mi madre con fuerza.

Cerré los ojos, forzando a mi cuerpo a seguir adelante, a pesar del dolor que parecía partirme por la mitad. Pero, finalmente, después de una última ola de esfuerzo y dolor, escuché el llanto.

El sonido más hermoso del mundo.

—Es un niño —dijo el médico, su voz sonaba apagada, pero lo suficientemente clara como para hacerme abrir los ojos.

Me lo puso en los brazos, y por un momento, todo se detuvo. El mundo a mi alrededor desapareció, el dolor se desvaneció. Solo éramos él y yo. Mi hijo. Su piel suave contra la mía, su llanto suave, y sentí algo estallar dentro de mí. Un amor incondicional, algo que no sabía que podía sentir. Él era real, estaba allí, y lo tenía en mis brazos.

—Lo lograste, querida —dijo mi madre, con lágrimas en los ojos.

Solo sonreí, todavía jadeante, pero con el corazón lleno de paz.

Mientras miraba a mi hijo, todas las dudas y miedos desaparecieron. Yo tendría fuerzas. Lo cuidaría. Todo estaría bien, porque ahora tenía algo mucho más grande por lo que luchar.



Cristine  
**CLARK**

## *Capítulo 39*

Finalmente, después de toda la dolorosa agonía del parto, me sentía aliviada. Miraba el moisés a mi lado, donde mi bebé dormía plácidamente. Su pequeño cuerpo envuelto en una manta, su rostro tranquilo y el leve sonido de su respiración llenaban la habitación con una calma que no sentía desde hacía mucho tiempo.

—Es hermoso, Cristine —dijo mi madre con una sonrisa suave, acariciando mi brazo.

—Lo es, ¿verdad? —Me giré hacia ella y me encontré con sus ojos llenos de ternura.

Era difícil creer que, después de todo, estaba allí, con mi hijo en brazos. Y, por primera vez en meses, una sensación de paz se apoderó de mí. Aunque Khalid no estaba a mi lado, sabía que no estaba sola. Tenía a mi familia y a todos en el hospital, personas que se preocupaban por mí. Tal vez, por fin, podría poner mi vida en orden. Las piezas comenzaban a encajar, y con mi bebé a mi lado, la fuerza que me faltaba parecía haber regresado.

—¿Qué nombre le vas a poner? —preguntó.

—Asher...

—¿Por qué?

—Escuché que significa feliz, bendecido... Es como me hace sentir ahora.

—Qué bonito, hija —dijo mi madre acariciando mi hombro—. Ahora ve a descansar un

poco. Necesitas recuperar fuerzas para cuidarlo.

Asentí, recostándome en la cama.

El cansancio de las últimas horas finalmente me venció. Cerré los ojos con un suspiro suave, sabiendo que pronto tendría que amamantar, pero estaba bien. Con el suave sonido de la respiración de mi hijo, me quedé dormida, esperando que solo fuera una breve siesta.

\*\*\*

Cuando desperté, la luz de la mañana ya llenaba la habitación del hospital. El silencio era diferente al de antes. Abrí los ojos lentamente, todavía sintiéndome somnolienta, pero pronto mi corazón comenzó a acelerarse.

El moisés estaba vacío.

Parpadeé, confundida. ¿Qué...?

—¿Mamá? —llamé, girándome hacia el lado, pero ella tampoco estaba allí.

La sala de repente se sintió asfixiante. ¿Dónde estaba mi bebé? Me senté en la cama, con el corazón desbocado, tratando de no entrar en pánico.

—¿Mamá?! —volví a gritar, con la voz temblorosa, buscando desesperadamente alrededor de la habitación.

Mi cuerpo entero comenzó a temblar, y sin pensarlo, me levanté de la cama con una velocidad que no sabía que aún tenía. El dolor irradiaba por mi abdomen, pero no me importaba. Algo no estaba bien, y mi corazón latía con fuerza, como si presintiera lo peor.

Corrí por el pasillo, ignorando la sensación de incomodidad y el mareo que amenazaba con derribarme. Mi única preocupación era encontrar a mi bebé.

Doblé una esquina y, a lo lejos, vi a mi madre hablando con una enfermera. Las dos reían, como si todo estuviera normal.

—¡Mamá! —grité, desesperada.

Las dos se giraron al mismo tiempo, mostrando sorpresa en sus rostros.

—¿Cristine, qué pasó? —preguntó mi madre, acercándose a mí.

—El bebé... ¿dónde está el bebé? ¡No está en la habitación! —Las palabras salieron entrecortadas por mi respiración acelerada y el pánico que comenzaba a apoderarse de mí.

La expresión de mi madre cambió instantáneamente, de la confusión a la preocupación.

—El bebé está contigo, querida. Lo dejé ahí en la habitación...

—¡No, mamá! ¡No está ahí! —Mi voz subió aún más, y mi corazón aceleró al ver la mirada alarmada de la enfermera a su lado.

Sin perder tiempo, las dos comenzaron a correr conmigo de vuelta a la habitación. En cuanto llegamos, prácticamente empujé la puerta, entrando en desesperación, pero el moisés seguía vacío.

—No... —susurré, mirando alrededor como si de alguna forma él pudiera haber

aparecido de repente, pero el silencio en la habitación solo aumentaba el pánico que ya me dominaba.

Mi madre, jadeante, miró a la enfermera, con los ojos abiertos de terror.

—¿Dónde está? ¿Qué pasó?

—El bebé... —No podía formar una frase completa. El dolor emocional que explotaba dentro de mí parecía demasiado abrumador para dejarme razonar—. ¡¿Dónde está mi bebé?! —grité con más fuerza, temblando descontroladamente.

La enfermera, pálida, salió corriendo por el pasillo, pidiendo más ayuda. En segundos, sonó la alarma en el piso, y las personas empezaron a correr de un lado a otro, buscando a mi hijo.

Pero, por dentro, algo en mí gritaba. El desespero me estaba consumiendo. Mi bebé... mi hijo... ¿dónde estaba?



Cristine  
CLARK

## Capítulo 40

El aire parecía insuficiente, como si estuviera asfixiándome dentro de mi propia piel. No podía dejar de pensar que cada segundo que pasaba sin mi bebé...

Dios mío, ¿dónde estaba? ¿Cómo pudo suceder esto? Estaba en el hospital, el lugar donde debería sentirme más segura, y aun así... mi bebé había desaparecido.

Empujé la puerta de la oficina de Ian con toda la fuerza que tenía, sin preocuparme por ninguna formalidad. El dolor en mi abdomen aún palpitaba, pero la adrenalina lo superaba todo en ese momento.

Necesitaba respuestas.

—¡Ian! —grité, entrando a toda velocidad.

El CEO me miró sorprendido, casi derrapando sobre la pila de papeles que tenía en su escritorio.

—¿Cristine? ¿Qué está pasando? —Se levantó rápidamente, mostrando la confusión en su rostro.

—Mi bebé... ¡No está! —Mi voz salió como un grito de puro pánico. Las palabras se entrecortaban entre las lágrimas que amenazaban con caer—. ¡Ian, tienes que ayudarme! ¡No puede haber desaparecido así! ¡Estamos en el hospital, por el amor de Dios! ¡Esto no puede estar pasando! —Mis manos temblaban mientras me acercaba a él, cada vez más desbordada.

Ian parecía momentáneamente paralizado, sin saber cómo reaccionar. Su boca se abrió,

pero no salió nada por un instante, y eso me volvió aún más loca. ¿Cómo no entendía la gravedad de lo que estaba pasando?

—¡Ian! —grité de nuevo, con el dolor y el miedo carcomiendo cada célula de mi cuerpo—. ¡Mi bebé ha desaparecido! ¿No lo estás oyendo? No puede ser que esto haya pasado. ¡Tienes que ayudarme! ¡Puede estar en peligro!

Las palabras salían atropelladas, rápidas, y mi respiración comenzaba a volverse agitada. Sentí que el aire me faltaba y mi cabeza empezó a girar. Un nudo apretaba mi garganta con tanta fuerza que casi no podía respirar.

Ian, finalmente, pareció darse cuenta del estado en el que me encontraba, se acercó para tomarme de los hombros, como si quisiera calmarme.

—Cristine, escúchame —dijo, tratando de mantener la voz tranquila—. Yo voy a resolver esto. Vamos a encontrar a tu bebé, ¿ok? Te lo prometo.

—¿Cómo voy a calmarme, Ian? —grité una vez más, temblando. Las lágrimas empezaron a caer libremente, empañando mi visión—. ¡Él ha desaparecido! ¡Mi bebé desapareció mientras yo dormía! ¿Cómo pudo pasar esto aquí? ¡Esto es un absurdo!

Él se apartó un poco, tomó el teléfono de la mesa con prisa, marcando rápidamente con los dedos temblorosos. El sudor comenzaba a brillar en su frente. Su postura, que antes era firme y segura, ahora mostraba signos de pánico, lo que solo aumentaba mi propio desespero.

—Seguridad, por favor, vengan a mi oficina de inmediato —dijo al teléfono, con tono urgente—. Cierren todas las salidas del hospital. Nadie entra o sale sin autorización, ¿entendido? ¡Tenemos una emergencia! ¡Alerta Amber!

Me miró una vez más, con seriedad en el rostro.

—Cristine, vamos a encontrar a tu bebé —dijo, esta vez con más convicción—. Nadie va a salir de este hospital hasta que encontremos a tu hijo. Te lo prometo.

Mis piernas cedieron y me dejé caer sobre la silla más cercana, cubriéndome el rostro con las manos mientras los sollozos me invadían. Mi impulso era salir corriendo por los pasillos, gritar por él, registrar cada rincón de ese hospital hasta encontrarlo. Pero sabía que necesitaba a Ian y a todos los demás. Tenía que confiar en que harían todo lo posible por encontrarlo. Estaba destrozada, y el miedo de nunca volver a ver a mi hijo me consumía como fuego.

Las lágrimas caían sin cesar, y lo único que podía hacer era rezar.



Cristine  
CLARK

## Capítulo 41

En cuanto Ian salió para hablar con los guardias de seguridad, mi madre corrió hacia mí, dejando la preocupación escrita en su rostro. Sus ojos estaban desorbitados, reflejando la misma angustia que me consumía.

—Cristine, ¿encontraron al bebé? —preguntó, con la voz temblorosa, acercándose y poniendo su mano sobre mi hombro.

No pude responder de inmediato. El dolor en mi pecho era insoportable, y el miedo creciente de que algo horrible hubiera pasado me dejaba sin palabras. Finalmente, respiré hondo, intentando encontrar fuerzas.

—No... —Mi voz salió como un susurro, cargada de terror—. Mi bebé... alguien se lo llevó.

Mi madre jadeó, y vi cómo el pánico crecía en sus ojos.

—No puede ser cierto, Cristine... —comenzó a balbucear, casi como si estuviera tratando de negar lo que acababa de decir—. Debe estar por aquí en algún lado. Vamos a encontrarlo.

Me tomó la mano con fuerza, como si intentara mantenerme anclada a la realidad, y juntas comenzamos a caminar por los pasillos del hospital. Mi cabeza daba vueltas mientras miraba desesperada cada rincón, cada rostro que pasaba por mi lado. El hospital, que antes era mi refugio, se había convertido en un laberinto cruel donde me perdía más a cada paso.

—¿Han visto a mi bebé? —pregunté, casi suplicante, a una enfermera que pasaba. La sujeté del brazo con más fuerza de la que pretendía.

La enfermera, al notar el pánico en mis ojos, los abrió aún más, dudando.

—No, doctora... —balbuceó, visiblemente asustada por la gravedad de la situación—. No he visto nada raro, pero avisaré a los demás. Vamos a buscarlo.

Casi no podía oír sus palabras. Estaba completamente centrada en encontrar a mi bebé. Mi madre, a mi lado, intentaba mantener la calma, pero podía ver la angustia en cada uno de sus movimientos.

—Vamos a seguir buscando, hija. Él va a aparecer, sé que sí —repetía, más para sí misma que para mí.

Cada pasillo parecía más largo, cada rostro más extraño. Sentí que mi cuerpo comenzaba a temblar, mis piernas no respondían, pero seguí adelante. No podía parar.

—¿Alguien vio algo? —pregunté a otra enfermera en la sala neonatal, pero la respuesta fue la misma. Negativa tras negativa.

El desespero crecía dentro de mí como una avalancha. Mi corazón latía desbocado, martillando mi pecho, y cada minuto que pasaba hacía todo más real. Mi bebé había desaparecido, y nadie sabía dónde estaba.

Fue entonces cuando Iván apareció, seguido de Ian, ambos con expresiones que no me dieron ningún indicio de esperanza.

—Cristine, ven conmigo —dijo Ian, sin rodeos.

Mis piernas flaquearon, pero seguí a los gemelos. Mi cuerpo parecía pesar una tonelada mientras ellos me guiaban hasta la sala de seguridad. Con cada paso, mi corazón se sentía más pesado.

Entramos a la sala, llena de pantallas que mostraban las imágenes captadas por las cámaras del hospital. El suave zumbido de las máquinas era lo único que se oía. Ian se inclinó hacia una de las pantallas, con Iván a su lado. Yo apenas podía respirar, sintiendo mi pecho comprimido por el miedo.

—Aquí, mira —dijo Ian, señalando una de las pantallas.

En la pantalla vi a una mujer, una extraña, con un bolso grande y voluminoso colgado del hombro. Caminaba apresurada por los pasillos del área de maternidad. Entró por la puerta de emergencia y, minutos después, salió con el mismo bolso, cruzando los pasillos rápidamente.

Lo supe. El instinto de madre me decía que mi bebé estaba en ese bolso.

—No, no... esto no puede estar pasando... —susurré, consumida por el pánico.

Mis piernas cedieron y caí al suelo. Era como si todo el peso del mundo hubiera caído sobre mí de golpe. Mi madre gritó a mi lado, sujetándose con fuerza, pero yo estaba fuera de control. La desesperación me envolvió, arrastrándome a un agujero oscuro del que no podía escapar.

—¡Mi bebé! —grité, sollozando sin control—. ¡Mi bebé! —Apretaba el suelo con las

manos, intentando aferrarme a la realidad, pero todo a mi alrededor se desmoronaba.

Iván se agachó junto a mí, envolviéndome en sus brazos, mientras mi madre intentaba contener las lágrimas, sin saber qué hacer.

—Tranquila, Cristine... lo vamos a encontrar —intentaba calmarme Iván, pero no podía oír nada más que el sonido de mi propio dolor.

Furiosa, fuera de mí, me levanté de un tirón y me lancé hacia el gemelo encargado de la administración del hospital.

—Esto no puede estar pasando... ¿cómo puede ser? —Golpeé con fuerza el pecho de Ian.

Ian trató de sujetar mis muñecas, pero yo me retorcí, furiosa y desesperada.

—¿Cómo dejaron que esto pasara? ¡Deberían haber protegido a mi hijo! —grité, sollozando sin parar.

—Cristine, por favor... —susurró Ian—. Vamos a traerlo de vuelta.

Sus palabras sonaban vacías. No había nada que pudiera decir para aliviar el dolor que me consumía. Lo único que quería era tener a mi bebé de vuelta, en mis brazos.

—¡Tráiganlo de vuelta! ¡Por favor! —grité una última vez, antes de desplomarme por completo en los brazos de mi madre.



Cristine  
CLARK

## Capítulo 42

*Semanas después...*

Me senté en la silla con los hombros encorvados, incapaz de disimular el peso del dolor que me devoraba. La oficina del detective era pequeña y meticulosa, con cada cosa en su lugar. Las paredes oscuras, los muebles pesados y el silencio opresivo parecían reflejar la desesperación que nos rodeaba. La luz tenue que entraba por la ventana proyectaba sombras inquietantes sobre el rostro del detective, haciendo que su expresión fuera aún más grave.

El detective nos observaba con una seriedad desconcertante, y yo ya sabía que la noticia que vendría no sería buena. Mi corazón latía con fuerza en el pecho, ahogando todo lo demás.

El aire estaba denso, como si el mundo a nuestro alrededor estuviera colapsando.

—Seguí las pistas que conseguimos reunir —comenzó el detective, con voz baja y controlada, como si estuviera sopesando cada palabra. El silencio que siguió parecía eterno hasta que continuó—: Logré rastrear al bebé hasta Medio Oriente.

Sentí como si el suelo se desvaneciera bajo mis pies.

*¿Medio Oriente? ¿Cómo era posible? Mi bebé, mi hijo... tan lejos.*

—¿Qué? —La palabra salió de mis labios como un suspiro desesperado. Todo dentro de mí se revolvió, y sentí como si la sangre se escapara de mi rostro. El pánico y el shock me

aplastaron al mismo tiempo, y mi cuerpo entero se tensó.

Mi madre, sentada a mi lado, apretó mi mano con fuerza, y vi sus ojos llenos de lágrimas. Parecía en estado de shock, incapaz de hablar, solo absorbía las duras palabras del detective.

—Lo sacaron del país poco después de su desaparición —continuó él, con la mirada fija en la mía, como si supiera el impacto que esas palabras estaban causando en mí—. Fue transportado en un vuelo privado, lo que dificultó mucho el rastreo inicial. Pero todas las pistas llevan a un hombre influyente en el Medio Oriente: el jeque Muhammad bin Al Saud.

Mi pecho se apretó aún más al escuchar esas palabras. Lo sabía. En el fondo, sabía que el padre de Khalid estaba involucrado. Sabía que tenía los recursos y el poder para hacer esto. Sin embargo, escuchar eso en voz alta... saber que mi hijo estaba en sus manos... era como una pesadilla que nunca imaginé vivir.

—¿Cómo sucedió esto? —pregunté, con la voz temblorosa, luchando por no desmoronarme—. ¿Cómo nadie lo notó? —Mi garganta estaba tan apretada que apenas pude pronunciar las palabras.

—Todo fue muy bien planeado —respondió el detective, empujando algunos documentos sobre la mesa—. Fue una operación meticulosa. Parece que él tenía los recursos y sabía exactamente lo que hacía. Sabían cómo sacar al bebé del hospital sin ser notados.

Mi cuerpo temblaba mientras miraba los papeles sobre la mesa, pero las palabras del detective seguían resonando en mi mente: Medio Oriente... el jeque...

Mi madre soltó un sollozo, incapaz de contener las lágrimas.

—¿Quién puede hacer algo así? —exclamó, entre la desesperación—. ¿Cómo alguien puede ser tan cruel?

Mi padre, que hasta entonces había permanecido en silencio, golpeó la mesa con fuerza, haciendo que todos los papeles temblaran.

—¡Esto es inaceptable! —rugió, con el rostro contorsionado por la ira—. ¡Estamos hablando de un recién nacido! ¿Qué quiere ese hombre con mi nieto?

El detective echó un vistazo fugaz a mi padre, manteniendo la calma mientras recogía algunos de los papeles.

—Estamos haciendo todo lo posible para obtener más información y conseguir alguna acción diplomática —dijo, con una frialdad que me enfurecía—. El padre de Khalid es un jeque muy poderoso. Actuó rápidamente para sacar al bebé del país, pero estamos en contacto con autoridades internacionales para intentar revertir esta situación.

—¡Eso no es suficiente! —casi grité, sintiendo que la desesperación me desbordaba—. ¡Mi hijo está en manos de ese hombre! ¿Nunca lo voy a ver de nuevo?

Las lágrimas comenzaron a caer con más fuerza, y mi madre, que normalmente trataba de ser fuerte, ahora estaba tan devastada como yo. Me agarró de los brazos, sollozando.

—Ellos lo van a traer de vuelta, querida —dijo, pero su voz, a diferencia de sus palabras, no transmitía ninguna certeza.

—No... no lo van a hacer... —susurré, mientras la cruel realidad se apretaba a mi alrededor. Mi bebé estaba lejos, y yo era impotente.

—Por favor —le dije al detective, con mi voz saliendo casi como un susurro desesperado—. Haga lo que sea necesario. Traiga a mi hijo de vuelta.

El detective asintió, mientras recogía los papeles sobre la mesa. Sin embargo, en el fondo, sabía que, por más promesas que él hiciera, esto estaba fuera de nuestro alcance.



Cristine  
**CLARK**

## ***Capítulo 43***

Nunca imaginé que las cosas llegarían a este punto.

Al principio, parecía una pesadilla temporal, una búsqueda desesperada que pronto llegaría a su fin con el reencuentro con mi bebé. Pero todo se me escapó de las manos y no lograba ver ni una luz al final del túnel.

La primera vez que hablé con mi abogado sobre la situación, fue directo: “en Estados Unidos, tienes chances de luchar por la custodia, Cristine. Pero en su país, las leyes son diferentes. La familia paterna tiene derechos prioritarios sobre el niño”.

Esas palabras resonaban en mi cabeza como un martillo, destruyendo cada pedacito de la esperanza que intentaba mantener. No podía aceptar eso. Cada vez que buscaba un nuevo abogado o especialista y mencionaba la cuestión legal en el país de Khalid, mi rabia aumentaba. Sabía que el jeque estaba detrás de todo. Manipuló la situación, me quitó a mi bebé y ahora ni siquiera me dejaba verlo.

Estaba sentada en la sala de estar de la casa de mis padres, abrazando una almohada mientras miraba el suelo. Mi madre se sentó a mi lado, observándome llena de preocupación.

—Hija, necesitas comer. No puedes seguir así —dijo, con voz suave.

Negué con la cabeza, sin fuerzas para argumentar. ¿Qué podía responder? Nada importaba sin mi bebé. No importaba si comía, dormía, respiraba. Lo único que me importaba

estaba a miles de kilómetros de distancia.

—Mamá... —comencé, con la voz quebrada—. Ni siquiera me dejan visitarlo. ¿Cómo es posible? ¡Soy su madre!

Mi madre tomó mi mano, apretándola suavemente.

—Cristine, estamos haciendo lo que podemos. Sabes que tu padre y yo estamos a tu lado. Pero esas leyes... —vaciló, el dolor reflejándose en sus ojos—. El poder de ese hombre es muy grande allá.

—Tiene razón, hija. Ese maldito jeque sabe cómo manipular todo a su favor —intervino mi padre, sin poder ocultar la frustración. Cruzó los brazos, caminando de un lado a otro por la sala—. Aquí él no podría hacer nada. Pero en su país... estamos atados de manos.

Cerré los ojos, sintiendo las lágrimas acumularse.

Era injusto.

Tan injusto...

¿Por qué tenía que estar pasando por esto?

—¿Qué voy a hacer, mamá? ¡Ya intenté todo, pero nada sirve! —Mi voz se elevó involuntariamente, con la desesperación apoderándose de mí—. ¡Luché, hice todo lo que pude! Contraté a los mejores abogados, pero no tengo oportunidad contra él. ¡No sé qué más hacer!

Mi madre pasó su brazo por mis hombros, intentando consolarme.

—Cristine, vamos a seguir intentando. No te rindas. No podemos rendirnos —murmuró, pero su voz sonaba frágil, como si ella misma ya no creyera en eso.

—Lo extraño tanto... —susurré, y en ese momento, el llanto que había estado reprimiendo salió con fuerza—. No sé qué hacer más. Él es mi hijo, debería estar cuidando de él, no sufriendo así, impotente.

Mi padre dejó de caminar y se acercó a mí, agachándose frente a mí.

—No vamos a dejar de luchar, Cristine. Ese jeque... no puede ganar así. Vamos a encontrar la manera de traer a mi nieto de vuelta.

Miré a mi padre, buscando fuerza en sus palabras, pero el vacío en mi pecho era demasiado profundo para llenarlo. Con cada segundo que pasaba, el dolor se intensificaba, y me sentía cada vez más perdida.

—Solo quiero a mi bebé de vuelta...

Mi madre acarició mis cabellos, susurrando palabras de consuelo que apenas lograba escuchar.



Cristine  
CLARK

## Capítulo 44

El sonido constante de los motores del avión parecía hacer que el tiempo se arrastrara. Sentada en el asiento junto a la ventana, mi mirada vagaba por el horizonte azul interminable. Afuera, el sol brillaba sin interrupciones, pero dentro de mí, la oscuridad era profunda. Mi corazón latía rápido y mis manos estaban sudadas mientras me esforzaba por mantener la calma. No importaba lo incómoda que fuera esa travesía, sabía que tenía que llegar hasta mi hijo.

Cerré los ojos por un momento, intentando calmar la respiración, pero los recuerdos de los últimos meses me atormentaban. La desaparición de mi bebé, el descubrimiento de que estaba en manos del jeque, el padre de Khalid, y, finalmente, ese viaje desesperado hacia el Medio Oriente para intentar recuperarlo. Mi mente no dejaba de repetir las mismas preguntas: *¿estará bien? ¿Se acordará de mí? ¿Algún día lo tendré de vuelta?*

Cuando el avión aterrizó, sentí que el frío en el estómago se intensificaba. Ese país me era completamente desconocido, nunca había pisado allí, mucho menos hablaba árabe, pero en ese momento, eso no importaba. Solo quería llegar hasta mi hijo. Respiré profundo, aferrándome a mi bolsa mientras las puertas del avión se abrían y los pasajeros comenzaban a levantarse. Cada paso parecía pesar una tonelada, y el calor sofocante del lado de afuera me envolvió en cuanto bajé del avión. Caminé hacia inmigración, el corazón desbocado, pero decidida a seguir adelante.

Cuando finalmente entregué mi pasaporte al oficial de inmigración, sentí un nudo en la

garganta. Él me miró con una expresión neutral, pero seria, y comenzó a teclear algo en la computadora. Mi nerviosismo aumentaba con cada segundo que pasaba, pero traté de mantener la calma.

Mis manos temblaban, el sudor me recorría la espalda, y el calor abrasador de ese país extranjero me rodeaba como una prisión. Ese hombre, con el rostro inexpresivo y los ojos vacíos, estaba sosteniendo más que mi pasaporte. En sus manos estaba mi oportunidad de ver a mi hijo.

—Lo siento, señora, pero no se le permite entrar —dijo.

Las palabras salieron como un disparo. El aire dejó mis pulmones. Fue como si el suelo hubiera desaparecido bajo mis pies.

—¿Cómo que no se me permite entrar? —Mi voz falló, sonando más como un susurro desesperado que una pregunta.

El oficial me miró con una expresión dura, inquebrantable. Intercambió algunas palabras en árabe con los demás agentes, y cuando volvió a mirarme. Sus palabras fueron como hielo.

—Usted está siendo deportada. No tiene permiso para entrar al país.

Mi corazón se detuvo. Las palabras retumbaban en mi mente, pero no parecían tener sentido. No... no, eso no podía estar pasando.

—Yo... yo necesito ver a mi hijo. —La desesperación rasgaba cada palabra que trataba de articular—. Por favor, él está aquí. No vine por nada más. ¡Es mi hijo, tienen que dejarme entrar!

Sus ojos permanecieron fríos, impasibles, como si mi dolor no importara, como si fuera una intrusa sin valor.

—Lo siento, señora, las órdenes son claras —dijo, haciendo un gesto a los guardias que estaban a su lado.

Vi cuando comenzaron a moverse hacia mí, con los uniformes oscuros brillando bajo la luz intensa del aeropuerto.

—¡NO! —grité, tomada por el pánico—. ¡NO PUEDEN HACER ESTO! —Mis dedos se aferraron al mostrador, como si pudiera aferrarme a algo, como si pudiera detener lo inevitable—. ¡Mi hijo... mi bebé... necesita de mí!

Los guardias me rodearon, con rostros inexpresivos, sus manos firmes e implacables. Uno de ellos me agarró del brazo, y el contacto hizo que el miedo se convirtiera en pánico total. Empecé a forcejear.

—¡Suéltense! —Intentaba zafarme, luchaba contra ellos, pero su fuerza era mucho mayor—. ¡Por favor, no hagan esto! —Apenas podía respirar entre los sollozos—. ¡MI HIJO! ¡ÉL NECESITA DE MÍ!

Mis piernas flaquearon, pero luché con todo lo que tenía. No iba a rendirme. No podía. El dolor de que me alejaran de él era insoportable. Me estaban arrastrando, llevándome lejos, quitándome lo único que me mantenía de pie. El sentimiento de impotencia me desgarraba por dentro.

Uno de los guardias me sostuvo con más firmeza, tirando de mí con fuerza, mientras mis

manos intentaban agarrar cualquier cosa: el mostrador, el aire, o algo que pudiera evitar que me llevaran. Me sentía como una leona, desesperada, dispuesta a luchar hasta el último aliento por mi hijo.

—No pueden hacer esto... —Las lágrimas corrían sin control por mi rostro, nublando mi vista—. Por favor, por favor... ¡él es mi bebé!

Pero no importaba. No era nadie allí. Mis súplicas, mi desesperación, no significaban nada para ellos. Dejó claro que solo era una mujer que traía inconvenientes, una occidental sin permiso para estar en ese lugar. El dolor en mi pecho crecía, como si me estuviera asfixiando desde dentro.

La última cosa que vi antes de ser empujada hacia el avión fue el rostro del oficial de inmigración, completamente impasible.

No entendía.

No podía entender.

Cuando las puertas del avión se cerraron y uno de los guardias me arrojó en el asiento, sentí mi cuerpo desplomarse. Cada músculo cedió, y me encogí allí, abrazándome a mí misma como si eso pudiera contener la desesperación que me consumía. Las lágrimas no dejaban de caer, y sollozaba en silencio, incapaz de detener el dolor que se apoderaba de mí.

—Fracasé... —susurré para mí misma, incapaz de creer lo que acababa de pasar.

La sensación de fracaso era insoportable. Debí haber sido más fuerte. Debería haber hecho algo, lo que fuera, para evitar que esto sucediera. Sin embargo, en ese momento, me sentí la persona más débil e impotente del mundo.



Cristine  
CLARK

## Capítulo 45

Los días pasaban, pero el dolor no disminuía...

De hecho, parecía que con cada nuevo amanecer, el vacío dentro de mí aumentaba. Ya no tenía fuerzas para enfrentar el hospital, los pacientes, el trabajo... ¡Nada! Lo que antes me daba alguna sensación de propósito, se había transformado en una carga imposible de llevar.

Mi rutina se convirtió en un ciclo de soledad y nostalgia. Pasaba la mayoría de mis días en la cama, con las cortinas siempre cerradas. La luz del sol me molestaba, al igual que la idea de que el mundo afuera seguía, indiferente a mi dolor.

*Mi bebé...* Solo podía imaginar cómo estaría creciendo lejos de mí, en algún otro lugar del mundo, sin siquiera saber quién era yo.

—Cristine, por favor, tienes que intentar —insistía mi madre, sentada a mi lado en la cama, haciendo todo lo posible por animarme, pero su voz sonaba lejana.

—Estoy intentando, mamá...

Era una mentira.

No estaba intentando.

No podía.

Cada intento de levantarme parecía ser absorbido por la oscuridad que había invadido mi vida.

Clare entró en el cuarto con un té. Me miró con esa misma expresión de tristeza y preocupación que ya se había vuelto constante. Era como si ambas estuvieran tratando de mantenerme a flote, pero yo seguía hundiéndome, día tras día.

—Hermana, sé que es difícil. Sé que ahora parece imposible, pero no puedes rendirte en la lucha por él. No puedes —dijo Clare, sentándose a mi lado y dejando la taza de té sobre la mesa de noche. Tomó mi mano, intentando transmitirme fuerza.

Volteé mi rostro hacia el techo y las lágrimas comenzaron a caer sin control.

—¿Cómo puedo luchar, Clare? Ya intenté ir allí y me echaron. Él está en otro país, bajo las leyes de su padre... Yo... no tengo chances.

—Pero él te necesita, Cristine. Ese bebé necesita que sigas luchando. No importa lo difícil que sea ahora, algún día las cosas pueden cambiar. —Apretó mi mano, intentando, una vez más, sacarme de ese agujero.

Era inútil...

Mi madre suspiró, acariciando mi cabello, y sentí el peso en mi estómago.

Sabía que tenían razón, pero el dolor y la angustia eran mayores que cualquier esperanza que pudiera existir. El tiempo pasaba, y con él, el miedo de que mi bebé creciera sin mí, de que nunca supiera quién era, o ni siquiera supiera lo que había sucedido, me consumía por dentro.

—¿Y si nunca lo vuelvo a ver? —susurré, con mi voz apenas audible entre las lágrimas.

Mi madre trató de contener el llanto, pero no lo logró. Clare bajó la cabeza, apretando los ojos para evitar que sus propias lágrimas cayeran. La realidad estaba allí, desnuda y cruda, y, por más que todos intentaran convencerme de lo contrario, el miedo de nunca recuperar a mi hijo parecía más real cada día.

Las semanas se convertían en meses, y lo único que me quedaba era imaginar cómo estaría mi bebé.

Ese dolor era peor que perder a Khalid.

Peor que cualquier cosa que pudiera imaginar.

Que me arrancaran a mi hijo, sin ninguna oportunidad de verlo crecer, de escuchar su risa, oler su aroma o ver sus primeros pasos... Era como si me hubieran arrancado una parte de mi alma y me dejaran vacía.

*¿Cómo alguien podía ser tan cruel?*

Cerré los ojos, intentando ahogar los pensamientos, pero era imposible. El rostro del jeque surgía en mi mente, frío y distante. Él me lo había quitado todo. No solo a Khalid, que, a pesar de todos nuestros altibajos, de alguna forma se había convertido en una parte importante de mi vida, sino también al bebé... Mi bebé.

Era difícil imaginar que alguien pudiera ser tan despiadado. Cada vez que pensaba en eso, mi pecho se apretaba aún más. Mi corazón parecía ser comprimido por manos invisibles, y

apenas podía respirar.

Me giré en la cama, cubriéndome con la manta, como si eso pudiera alejar el dolor, pero no podía.

No sabía cómo, ni si algún día tendría la oportunidad de sostenerlo de nuevo.

La ausencia de Khalid ya había sido devastadora, pero la de mi hijo... Eso me destruía de una forma que no sabía si podría soportar.



Cristine  
CLARK

## Capítulo 46

—Tienes que volver al trabajo, Cris —dijo Iván, sentado frente a mí en la sala de mis padres, con una mirada llena de compasión. Mi mejor amigo siempre supo cómo tratarme, pero en ese momento parecía estar pisando un terreno aún más delicado.

Lo miré por un momento, sintiendo la realidad golpearme en el estómago. El trabajo siempre había sido una escapatoria, una forma de mantener mi mente ocupada. Pero sin mi hijo, nada parecía suficiente.

—Iván... no sé si puedo. No así.

El peso de las últimas semanas, de los meses sin mi hijo, se volvía cada vez más insoportable.

Iván suspiró, pasándose la mano por el cabello. Parecía agotado, pero aún así, decidido.

—¡Yo te voy a ayudar! Ian, el hospital... somos responsables de esto, podemos darte más dinero.

Sacudí la cabeza, sintiendo las lágrimas a punto de caer nuevamente.

—¿Dinero? —Tragué mis lágrimas calientes—. No sirve de nada, Iván. Aunque pida ayuda a mis tíos, aunque reúna toda la fortuna de la familia, es inútil. —Apreté las manos sobre mi regazo, sintiendo la desesperación apoderarse de mí—. El jeque fue astuto. Sacó al bebé de

los Estados Unidos porque sabía que aquí la justicia estaría de mi lado. Pero allá... allá las cosas son diferentes. Él tiene todo el poder, y yo... yo soy solo una extranjera.

Iván frunció el ceño, claramente frustrado. Siempre había sido una persona optimista, buscando soluciones a cualquier problema, pero ahora no sabía qué hacer.

—No podemos rendirnos, Cris. No es eso lo que harías si otra persona estuviera en tu lugar. Siempre luchaste por tus pacientes, por las personas que amas. Ahora tienes que luchar por ti y por tu bebé. —Se acercó a mí, tomando mis manos entre las suyas. —Vamos a encontrar una manera.

Quería creer en sus palabras. Ver una salida, o al menos una oportunidad para recuperar a mi bebé. Sin embargo, en ese momento, todo parecía un camino sin fin. Un trayecto que ya no sabía cómo recorrer.

Las lágrimas cayeron en silencio, mientras intentaba aferrarme a cualquier atisbo de esperanza que él intentaba darme.

## Parte 3

En el presente...



## ***Capítulo 47***

Poco a poco, la conciencia volvió como una luz distante, débil, pero creciente. Mi cabeza parecía latir, un martilleo incansable que golpeaba repetidamente, y apenas podía entender dónde estaba.

El techo familiar, los muebles alrededor, todo comenzó a formarse lentamente en mi mente. Conocía ese lugar... Era mi cuarto de infancia.

Confuso, intenté mover el cuerpo, pero estaba pesado, inmóvil, como si estuviera atrapado en un campo de hielo. Mis miembros no respondían, y cada parte de mi cuerpo tardaba una eternidad en moverse.

Respiré profundamente, o al menos intenté, pero incluso eso parecía un esfuerzo monumental.

—¿Qué...? —murmuré, escuchando mi voz arrastrada, como si aún estuviera bajo los efectos de la anestesia.

Pasó un rato hasta que me di cuenta de que estaba rodeado de aparatos médicos. Máquinas que emitían pitidos a mi alrededor, tubos, cables...

Intenté forzar mi cuerpo a moverse nuevamente, pero fue inútil.

Seguía congelado.

Fue entonces que un enfermero entró, y al verme, sus ojos se abrieron de par en par, claramente sorprendido. Se acercó rápidamente, casi tropezando consigo mismo.

—Príncipe Khalid... —dijo, con la voz llena de shock—. ¿Está... despierto?

Mis párpados se cerraban lentamente, como si abrir los ojos fuera una batalla.

—Sí... —La voz salió rasposa, entrecortada, como si no hubiera hablado en días.

El enfermero salió corriendo de la habitación, y lo observé por un instante, aún perdido entre lo que era real y lo que parecía un sueño confuso.

Pasaron minutos, tal vez más, mientras seguía tratando de juntar las piezas. La habitación a mi alrededor parecía, a la vez, familiar y extraña, como si estuviera en un sueño. Ese era mi cuarto de infancia, pero al mismo tiempo, estaba lleno de aparatos que no tenían sentido.

Intentaba moverme, pero mi cuerpo seguía pesado y mi mente, nublada.

Escuché pasos nuevamente, esta vez más firmes, seguidos de una voz grave y conocida.

—Alabado sea Alá. —La voz sonó profunda, y algo emocionada.

Giré lentamente la cabeza y lo vi.

Mi padre entró en la habitación, seguido por el mismo enfermero que había salido corriendo antes. Él parecía conmovido, pero su postura seguía siendo rígida, sin abandonar nunca la autoridad que había mantenido desde que yo era un niño, ni en los momentos más íntimos.

—Nunca dejé de orar por ti, hijo —se acercó, con una mezcla de orgullo y gratitud en los ojos—. Alá escuchó mis plegarias, y volviste a mí.

Cada palabra de él resonaba en mi mente confusa.

Aún trataba de entender.

*¿Volver? ¿De dónde?*

Mi cabeza retumbaba, y los recuerdos, aún confusos y fragmentados, me costaban organizarlos. Lo último que recordaba con claridad era estar en el hospital... Con Cristine. Pero...

*¿Cómo llegué aquí? ¿Y por cuánto tiempo?*

—Padre... —Mi voz sonaba extraña incluso para mí—. ¿Qué... qué pasó?

Sonrió, como si el alivio fuera inmenso.

—Estás en casa ahora, Khalid. Eso es lo que importa. Alá cuidó de ti.

—¿Y Cristine? —Mi voz sonó más firme, en medio de la desesperación por respuestas.

El rostro de mi padre se endureció, y por un momento, un silencio incómodo llenó la habitación. Desvió la mirada, claramente incómodo con la pregunta.

Algo estaba mal.

Muy mal.

—No pienses en eso ahora, Khalid. —Se desvió, como si quisiera cerrar el tema antes de que siquiera empezara—. Lo que importa es que estás aquí, en casa, y que estás mejor.

Mi corazón se aceleró. La sensación rara que me incomodaba era algo que no podía dejar

pasar.

—Padre... —insistí, sintiendo cómo la confusión se transformaba en certeza—. ¿Qué está pasando? ¿Qué no me estás contando?

Suspiró, bajando los hombros un poco, como si estuviera cargando un peso que él mismo no quería admitir.

—Tú... —vaciló, eligiendo las palabras con cuidado—. Estuviste en coma después de la cirugía, Khalid. Fueron años de incertidumbre.

Mi cuerpo, aún pesado, se tensó.

—¿Cuánto tiempo?

Me miró directamente a los ojos, y en ese instante supe que la respuesta no sería fácil de escuchar.

—Cuatro años. —La revelación fue dicha con firmeza, pero el impacto en mí fue como un golpe.

Mi mundo se detuvo. ¿Cuatro años? ¿Cómo... cómo era posible?

—No... —balbuceé, tratando de procesarlo—. ¿Cuatro años... cómo?

—Los médicos ya habían perdido la esperanza —continuó mi padre, con un tono de triunfo—. No creían que regresarías, Khalid. Pero yo nunca dejé de tener fe en el poder de Alá. Él obra milagros, y tú estás aquí, ahora. Volviste para nosotros.

Mi mente seguía dando vueltas con la revelación. Cuatro años perdidos... ¿Qué había sucedido en ese tiempo? ¿Qué pasó con Cristine? Intentaba procesarlo todo, pero la niebla de la confusión aún se mantenía sobre mí.

Intenté moverme de nuevo, decidido a levantarme, a entender todo de una vez. Mi cuerpo, aunque pesado, empezó a responder. Primero los dedos, luego un leve movimiento en las piernas. Parecía que cada músculo había sido olvidado, que mi cuerpo necesitaba reaprender a funcionar.

—Yo... —comencé, pero mi voz falló. Las palabras no salían fácilmente.

—No te apresures —dijo mi padre, ahora más calmado, como si creyera que todo estaba bajo control—. Poco a poco te recuperarás. Lo importante es que volviste.

Sin embargo, seguía atrapado en el hecho de que cuatro años se habían borrado de mi vida.



## ***Capítulo 48***

Cada intento de ponerme de pie era como luchar contra mi propio cuerpo. Las piernas, que antes me soportaban con firmeza, temblaban como si no pudieran soportar mi peso. Miré mis brazos, ahora delgados, casi irreconocibles, cuando antes solían ser fuertes y definidos. Todo había desaparecido, consumido por el tiempo y por el coma que me mantuvo atrapado durante cuatro largos años.

El enfermero se acercó con calma, sosteniendo mi brazo para ayudarme. Sentí su mano firme, como si ya estuviera acostumbrado a tratar con personas que enfrentaban este tipo de debilidad.

—Vamos con calma, príncipe —dijo, demasiado tranquilo para la situación desesperante en la que yo me encontraba.

Quería responder, pero estaba tan concentrado en mantener el equilibrio que apenas pude murmurar algo. Cada pequeño movimiento parecía un desafío. Finalmente, mi pie izquierdo tocó el suelo, yforcé a mi cuerpo a seguir adelante. Cuando levanté el otro pie, sentí que el mundo giraba a mi alrededor.

—Despacio... —repitió el enfermero, ajustando su apoyo mientras mi cuerpo oscilaba. Odiaba eso. Detestaba la debilidad, el hecho de necesitar ayuda para algo tan básico como caminar. Siempre fui independiente, pero ahora... cada paso que daba era una hazaña.

Logré caminar un poco, pero fue como si una cadena invisible me tirara hacia atrás, haciéndome perder el equilibrio. El enfermero me sujetó con firmeza, y sentí el amargo sabor de

la frustración.

—Yo puedo... —murmuré, más para mí que para él. El sonido de mi propia voz, débil y diferente, me molestaba profundamente.

*¡Qué demonios!*

Era como si el hombre que fui se hubiera desvanecido.

Otro paso. Luego otro. Cada uno exigía concentración total, como si estuviera reaprendiendo a caminar después de una larga batalla. Mi cuerpo, tan familiar, ahora parecía ajeno. El suelo, frío bajo mis pies, me traía de vuelta a la realidad. Era como si mi cuerpo estuviera intentando recordar cómo ser... yo.

—Está todo bien —continuaba el enfermero, animándome—. Esto es normal. Te vas a mejorar.

Pero nada de eso me parecía normal.

Estaba concentrado en dar un paso más cuando la puerta de la habitación se abrió de repente, y un niño entró corriendo, con los ojos brillando de emoción.

—¡Papá despertó! —gritó, lleno de entusiasmo, como una descarga eléctrica.

Me quedé parado, sin poder reaccionar. ¿Quién era ese niño?

Antes de que pudiera decir algo, una mujer entró apresurada detrás de él, tomándolo del brazo y jalándolo hacia atrás con una mirada avergonzada.

—Perdón, príncipe —dijo, casi sin mirarme, mientras alejaba al niño. El niño, por su parte, me miraba con expectativa, como si estuviera esperando algo de mí, algo que no podía entender.

—¿Quién es ese niño? —pregunté, intentando mantener la calma, pero mi corazón latía más rápido.

El silencio llenó la habitación por un instante hasta que mi padre entró. Parecía tranquilo, pero el desconcierto en su rostro era algo que ni con todo su cinismo pudo ocultar.

—Es tu hijo, Khalid —dijo, como si eso fuera lo más natural del mundo.

—¿Mi... hijo? —repetí, con la mente hecha un nudo. Miré al niño otra vez, que estaba al lado de la mujer—. ¿Y ella? —Señalé a la mujer, aún confundido.

—Ella... es su madre —dijo mi padre, mientras el niño la miraba y la llamaba "mamá", como si fuera lo más normal del mundo.

La rabia empezó a subir dentro de mí.

*Ese niño... esa mujer...*

Pasaron unos segundos, pero logré recordar quién era ella. Era la prometida que mi padre eligió para mí. La misma mujer con la que nunca estuve. ¿Cómo podría ser la madre de mi hijo?

—¡Fuera todos! —ordené con un rugido feroz, y el niño y la mujer salieron rápidamente de la habitación, sin preguntar, seguidos por el enfermero.

Tan pronto como la puerta se cerró, me apoyé en un mueble y me giré hacia mi padre, intentando controlar la furia que quemaba dentro de mí.

—¿Qué diablos es esto? —Lo encaré, exigiendo respuestas.

Él permaneció en silencio por un momento, desviando la mirada.

—Él es el heredero, Khalid. El futuro del reino —respondió mi padre finalmente, pero esa respuesta solo hizo que mi ira creciera.

—¿Heredero? ¿Qué significa eso, heredero? ¡Nunca toqué a esa mujer! ¡Nunca!

El rostro de mi padre se endureció, pero aún trataba de mantener la calma.

—Khalid, estuviste en coma, el reino necesitaba un heredero... —comenzó a hablar, pero lo interrumpí.

—¿Le hiciste inseminación artificial mientras yo dormía? —dije, boquiabierto, intentando entender lo grave de lo que él había hecho.

—No fue eso —respondió demasiado rápido, como si no quisiera que sospechara de algo.

—Entonces, ¿qué fue? —insistí, aún exigiendo respuestas—. ¿Cómo una mujer con la que nunca estuve puede tener un hijo mío?

Mi padre tropezó con las palabras, y en ese momento me di cuenta de que había algo más. Algo que él no me estaba diciendo. El silencio que se hizo a su alrededor hablaba más que cualquier explicación.

—Ella se acostó conmigo mientras yo estaba inconsciente... no puedo creer que haya sometido a una mujer a eso...

—¡Oh, no!

—Entonces, ¿qué hiciste? —gruñí, recordando todas las peleas que tuve con él y las razones por las que me había alejado.

Mi padre permaneció en silencio, su rostro rígido, con la mirada fija en el suelo. Evitaba mirarme, como si la verdad fuera una corriente de fuego prestas a consumirlo si la dejaba escapar. Lo conocía demasiado bien para no notar su vacilación.

—Él es tu hijo, Khalid. Eso es lo que importa —finalmente dijo, y su voz rompió el silencio, pero no me trajo el alivio que esperaba. Al contrario, fue como echar gasolina a un fuego fuera de control.

—¡No, papá! —Me acerqué a él, elevando el tono, volviéndolo más amenazante—. No intentes engañarme con eso. Es imposible. ¡No puede ser mi hijo! ¡Nunca estuve con ella! —grité, sintiendo cómo la frustración y la rabia desbordaban—. ¡Dime la verdad!

Mi padre cerró los ojos por un momento, suspirando pesadamente. Sabía que ya no podía escapar. Que estaba a punto de descubrir todo, y él no tenía dónde esconderse.

—Tu esposa no es la madre de él... —finalmente dijo. Las palabras salieron con dificultad, como si cada sílaba lo pesara—. Pero ella lo crió como si lo fuera.

La confusión se apoderó de mí.

Mi corazón latió más rápido, y por un momento, mi mente se negó a procesar lo que él decía. ¿Cómo que no era la madre? Si ella no era la madre... ¿quién lo era? Y fue en ese momento que la verdad comenzó a formarse en mi cabeza, como un cruel rompecabezas que lentamente encajaba.

—Entonces, ¿quién es...? —Mis palabras quedaron atrapadas en mi garganta, pero la respuesta ya comenzaba a formarse en mi mente. Mi respiración se detuvo cuando una sola imagen llenó mis pensamientos.

*Cristine.*

El nombre retumbó en mi cabeza como una explosión, y de repente, todo encajó. Las piezas del rompecabezas que antes parecían no tener conexión empezaron a alinearse, la verdad finalmente tomó forma ante mis ojos.

Ella... ella era la madre.

—Cristine... —susurré, sintiendo que el suelo se desmoronaba bajo mis pies—. Ella es la madre, ¿verdad? —Miré a mi padre, esperando que negara, que de alguna manera confirmara que estaba equivocado. Pero no dijo nada.

Su silencio fue la confirmación que temía. Un torrente de emociones me invadió: rabia, culpa, desesperación...

Mi padre se quedó allí, inmóvil, sin decir palabra, y todo el dolor, todo el arrepentimiento me golpeó de una sola vez.

Apenas podía respirar. Era como si el aire me hubiera sido arrancado de los pulmones. El dolor y el shock me consumían. Cristine era la madre de mi hijo. Mi hijo... El pensamiento resonaba en mi mente como un martillo, golpeando implacablemente.

—¿Dónde está ella? —Mi voz salió firme, impostada, con el mismo tono que mi padre solía usar con las personas. Toda la fragilidad que el choque me causó se transformó en una ola de determinación. Necesitaba saber dónde estaba Cristine y por qué no estaba aquí. ¿Por qué no estaba con nuestro hijo?

Mi padre desvió la mirada, su cuerpo tenso, y una línea de sudor apareció en su frente. Siempre evitaba mirarme cuando sabía que estaba a punto de decir algo que no quería que escuchara.

—Ella me entregó al niño cuando nació —respondió mi padre, con la voz fría y controlada, como si estuviera narrando un evento simple—. Esa mujer sabía que era lo mejor para él.

La rabia dentro de mí subió a niveles incontrolables. Cristine no haría eso. Ella jamás hubiera entregado a nuestro hijo. No sin luchar. No sin intentarlo. La conocía. Sabía lo fuerte que era, cuánto luchaba por quienes amaba.

—¡No me vengas con esas mentiras! —grité, sintiendo que mi control se desmoronaba—. ¡Cristine no entregaría a su hijo! ¡Ella nunca haría eso! —La furia hizo que mis manos temblaran, y me acerqué a él, con los puños cerrados—. ¿Qué le hiciste, papá? ¿Qué le hiciste?

Él dio un paso atrás, y por primera vez, vi una sombra de miedo en sus ojos. Mi padre nunca retrocedía, nunca mostraba debilidad. Pero ahora, ante mi rabia y la verdad revelándose poco a poco, no tenía salida.

—Hice lo que era necesario, Khalid. —Su voz vaciló por un momento—. Traje al niño a donde pertenece, a nuestro país, a nuestra gente. Eso era lo que había que hacer. Ella... —Vaciló, pero seguí mirándolo, esperando más—. Ella nunca podría criarlo. No aquí. No de la manera correcta.

—¿De la manera correcta? —Las palabras salieron de mis labios en una mezcla de desesperación e incredulidad—. ¡Le robaste a mi hijo de su madre! ¡De la mujer que amo! —Mi voz falló al pronunciar la última palabra, pero era la verdad. Amaba a Christine...

—¡Hice lo que era necesario, Khalid! —Alzó la voz, la frustración y el orgullo apoderándose de él—. ¡Estabas en coma! El niño necesitaba una familia, alguien que lo cuidara. ¡Tomé la decisión correcta! ¡No te atrevas a juzgarme!

—¿La decisión correcta? —Me reí, pero no de una manera que mostrara algún atisbo de humor. Fue una risa llena de desesperación y dolor—. ¡Separaste a mi hijo de su madre! No tienes ni idea de lo que hiciste. ¡Christine nunca te habría entregado a él! ¡Ella lucharía hasta el final! —Me acerqué más, sintiendo mi respiración acelerada—. ¿Qué le hiciste a ella, papá? ¿Qué le hiciste?

Él permaneció en silencio, y eso fue suficiente para que comprendiera. Algo había sucedido. Algo sucio, oscuro. Algo que me dejó en medio de una pesadilla. Lo miré con desprecio, y por primera vez, sentí que mi padre era un hombre en el que nunca debí haber confiado.

—Por favor, solo dime que ella está viva...

—¡Claro que sí! —respondió mi padre, ofendido—. No soy un asesino, Khalid. Todo lo que hice fue por el bien del niño, también por tu bien.

Bufé, apenas logrando contener el desprecio. Aún creía que actuaba por una honra que ya no existía para mí. Nada de lo que dijera podía borrar lo que había hecho.

Mis pies vacilaron por un segundo, pero ya no podía permitir que mi debilidad física me detuviera. La rabia y la determinación que ardían dentro de mí me empujaban hacia adelante, manteniéndome de pie, aunque mis piernas aún temblaban. Sabía que necesitaba ver a mi hijo, sentir que aún tenía algo bajo control, que no todo me había sido arrebatado.

—Quiero ver a mi hijo —exclamé, sin darle la oportunidad de retroceder—. Ahora.

Mi padre me observó con el rostro tenso, pero no dijo nada. Sabía que ya no podía detenerme. Necesitaba verlo, abrazarlo, entender que él era real y que todo esto no era una pesadilla interminable.

Salí tambaleando por la mansión, con las manos temblorosas por la rabia y el agotamiento, y la respiración irregular, pero seguí caminando.

—¿Dónde está él? —grité, escuchando mi voz resonar por las lujosas paredes que siempre me habían asfixiado—. ¡Ven aquí, hijo!

Mis palabras resonaron en el silencio, y por un momento pensé que estaba solo en ese

lugar enorme. Entonces escuché pasos ligeros, seguidos de una voz tímida y curiosa.

—¿Papi?

La palabra me golpeó como un puño en el estómago, y me quedé paralizado en el lugar. Me giré lentamente y lo vi parado en el pasillo. Un niño pequeño, con ojos grandes y curiosos, con los mismos rasgos que yo reconocía en mí y... en Cristine. La sangre en mis venas pareció congelarse por un segundo.

Ahí estaba, mi hijo, tan pequeño, tan real, y casi no podía creerlo.

Mis ojos se llenaron de emoción, y un nudo se formó en mi garganta. Era una mezcla de todo lo que yo era y todo lo que Cristine significaba para mí. Era la prueba viva de lo que ambos habíamos compartido. Y, en ese instante, nada más importaba.

—Ey... —susurré, intentando contener las lágrimas mientras me agachaba, ignorando el dolor que recorría mi cuerpo—. Ven aquí, hijo.

El niño dudó por un segundo, pero, lentamente, comenzó a caminar hacia mí. Cada paso que daba parecía traer más vida a mi corazón. Cuando finalmente llegó hasta mí, lo rodeé con un abrazo apretado, casi sin aliento, sintiendo el calor de su cuerpo contra el mío.

—Eres tan... —No pude terminar. Las palabras fallaron.

Lo sostuve más cerca, sabiendo que, independientemente de lo que mi padre había hecho, ese era mi hijo. Él era todo lo que importaba, y haría lo que fuera necesario para asegurarme de que tuviera el amor y la vida que merecía, junto a su madre.

Cristine... Necesitaba encontrarla.



Cristine  
CLARK

## ***Capítulo 49***

Salí de la oficina del abogado con los hombros pesados, como si el mundo entero estuviera sobre ellos. Otra reunión más, otro intento, y nada parecía acercarse a un avance real. El calor de la calle me envolvió en cuanto puse un pie afuera, pero ni siquiera el sol abrasador lograba penetrar la frialdad que parecía haberse instalado permanentemente en mi corazón.

Los años pasaron, pero no podía, ni por un segundo, pensar en rendirme. Cada puerta cerrada, cada respuesta evasiva o negativa, solo reforzaba mi determinación. Sabía que el tiempo corría en mi contra, pero mi hijo... mi niño aún estaba en algún lugar. Y no podía vivir en paz hasta tenerlo de vuelta en mis brazos.

Entré al auto, y mis manos temblaron levemente al agarrar el volante. Respiré hondo, cerrando los ojos por un momento, tratando de controlar la tristeza dentro de mí. Siempre era así después de estas reuniones, una sensación de vacío y desesperanza, como si todas mis luchas no me estuvieran llevando a ningún lado. Sin embargo, rendirme nunca fue una opción. No para mí.

Ajusté el retrovisor, viendo el reflejo de una mujer que apenas reconocía. Ojeras profundas, un cansancio crónico en los ojos, y la falta de brillo definían quién era... solía estar tan llena de vida, tan segura de mi camino. Pero después de que me robaran a mi hijo, todo se volvió nebuloso. Estaba viviendo por un único propósito: traer a mi hijo de vuelta.

—¿Estás bien? —La voz de Clare sonó en mi mente. Siempre me preguntaba eso cuando regresaba de estas reuniones, sabiendo que la respuesta nunca cambiaba. Clare siempre trató de

ser mi pilar, aunque sabía que, en el fondo, ella también estaba cansada de verme así. Aunque no lo dijera, sentía el dolor que yo intentaba esconder.

*No, no estoy bien*, pensé, mientras el tráfico avanzaba lentamente. ¿Cómo podría estarlo? Era como si una parte de mí se hubiera arrancado, y yo estuviera vagando por el mundo incompleta, tratando a toda costa de encontrar esa pieza perdida.

De repente, un sollozo escapó, cortando el silencio en el auto. Las lágrimas caían sin que me diera cuenta, y apoyé la cabeza en el volante, dejando que la desesperación me invadiera por unos minutos.

No había nadie para ver, nadie para juzgar.

—Te voy a encontrar —murmuré, aunque sabía que él no podía oírme. Sin embargo, necesitaba creerlo, aferrarme a cualquier esperanza que quedara. Cerré los ojos de nuevo, y la imagen de mi hijo inundó mi mente. Ese pequeño ser que vi solo por unos momentos antes de que me lo arrancaran.

Lo necesitaba, y él me necesitaba.

Con un suspiro tembloroso, me limpié las lágrimas, tratando de juntar lo que quedaba de mí misma para seguir adelante.

Otro abogado, otro intento.

El siguiente podría ser la clave, tenía que creerlo.

Llegué a casa y me dejé caer en el sofá, encendiendo la televisión en algún programa irrelevante que apenas podía captar mi atención. La verdad era que solo estaba allí, existiendo. Hacía años que apenas ponía un pie en el hospital, y la idea de regresar a ese ambiente me asfixiaba. Cada día, el peso de todo parecía arrastrarme hacia un abismo sin fin. La última reunión con el abogado me había drenado lo poco de energía que me quedaba, y lo único que quería era esconderme del mundo.

Mi celular sonó, interrumpiendo el doloroso silencio que me rodeaba. Miré la pantalla y vi el nombre de Iván brillando. Suspiré, sin ganas de hablar con nadie, mucho menos con él, que insistía en hacerme volver a la vida que había dejado atrás.

—¿Qué pasó, Iván? —respondí, con la voz cansada.

—Necesito que vengas al hospital, Cristine —dijo, sin rodeos.

—No, Iván. Ya te dije que no voy. No tengo ganas de eso. —Mi respuesta salió automática, ya preparada para terminar la conversación ahí.

—Cristine, no te lo estoy pidiendo. —Su voz se volvió más firme, y algo en su tono me hizo sentir que había algo diferente en sus palabras—. Tienes que venir. Es muy importante.

—No me hagas hacer esto, Iván —murmuré, sintiendo la angustia crecer en mi pecho—. No estoy lista para regresar.

—Si no vienes por tu cuenta, voy hasta ahí y te busco —afirmó, y supe que no estaba bromeando. Iván era persistente, y algo en su voz me hizo dudar.

—Iván, no sé si puedo... —Mi voz falló, pero él no me dio oportunidad para seguir.

—Cristine, confía en mí. Es importante. Tienes que estar aquí. —Su insistencia me puso aún más ansiosa.

¿Qué podría ser tan urgente?

Suspiré, derrotada. Ya no tenía fuerzas ni para discutir con él.

—Está bien. Iré —respondí, a regañadientes, y colgué el teléfono.

Me quedé sentada unos minutos, intentando reunir valor para levantarme del sofá y regresar al lugar que había estado evitando tanto tiempo. El hospital me traía demasiados recuerdos, y la última cosa que quería era enfrentarme a ellos.

Pero algo en el tono de Iván me decía que esto no era solo un intento por sacarme de la casa. No iba a sonar tan serio por cualquier cosa. Y, por más que mi deseo fuera ignorarlo y sumergirme aún más en el vacío que se había convertido mi vida, parte de mí sabía que no insistiría si no fuera realmente importante.

Me levanté despacio, sintiendo el peso de cada movimiento. Mi corazón latía rápido, y mi mente se llenó de preguntas que no sabía cómo responder. ¿Qué podría ser tan importante para sacarme de este estado de entumecimiento en el que me encontraba?

Mientras tomaba las llaves y salía por la puerta, la ansiedad me apretó el pecho, pero seguí adelante.



# Cristine CLARK

## *Capítulo 50*

Entré al hospital con un nudo apretado en la garganta.

Cada paso que daba parecía cargar el peso de mil recuerdos dolorosos. Las paredes, los pasillos... todo allí me recordaba a mi hijo, el tormento de cuando me lo arrancaron de mis brazos, el vacío que nunca más pude llenar. El aire se sentía asfixiante, y por más que lo intentara, no pude evitar las lágrimas que amenazaban con caer.

Mi instinto era dar la vuelta y correr de regreso a casa. No quería estar allí. Cada segundo dentro de ese hospital me hacía revivir el dolor que había sufrido, y ya no tenía fuerzas para seguir enfrentándolo.

Pero Iván había insistido, casi desesperado. Algo en esa llamada no me dejaba irme. Necesitaba entender qué estaba pasando, así que seguí caminando, aunque mis pies me pedían que me alejara de allí.

Casi me arrepentí de haber salido de casa.

Llegué al consultorio de Iván, lista para explotar con él. Sacarme de mi casa para arrastrarme nuevamente a este lugar era cruel. Ya no tenía fuerzas para fingir que estaba bien. Puse la mano en la manija y la giré con fuerza, empujando la puerta sin siquiera golpear. Estaba furiosa.

—Iván, ¿qué diablos...?

Las palabras se murieron en mis labios. Mi cuerpo se congeló en el instante en que mis ojos se encontraron con la escena frente a mí.

Allí, justo en medio de la sala, estaba Khalid.

Vivo.

De pie.

Él estaba con un niño en brazos.

Mi niño.

Nuestro niño.

Mi corazón se detuvo. El mundo a mi alrededor desapareció. Todo lo que podía ver era él. Khalid, con nuestro hijo en brazos.

Mi respiración se quedó atrapada en el pecho, y por un instante, todo pareció desenfocarse. No podía moverme, ni siquiera hablar. Era como si estuviera en una pesadilla y, al mismo tiempo, en un sueño imposible.

—Cristine... —La voz de Khalid me trajo de vuelta, pero mis piernas fallaron. Mi cuerpo temblaba, y las lágrimas que intenté contener durante tanto tiempo finalmente empezaron a caer.

El niño me miró con esos ojos tan familiares. Tan parecidos a los míos...

No podía creerlo. Estaba viendo a mi hijo. Después de tanto tiempo, después de tanto desespero... él estaba allí. En los brazos de Khalid.

Mi mundo había dejado de girar.

No podía ser real. Esto no estaba pasando. Debo estar delirando. El dolor, el tormento, el agotamiento de tantos años sin mi hijo debían haberme hecho perder por completo la razón. Estaba allí, parada, sin poder creer lo que mis ojos estaban viendo.

Khalid estaba vivo.

Y con nuestro hijo en brazos.

Quería moverme, quería gritar, pero mi cuerpo no respondía. Mis pies estaban pegados al suelo, como si no creyeran que todo eso fuera real. El corazón me latía tan rápido que casi no podía respirar. Mis manos temblaban, incapaces de procesar lo que estaba ocurriendo.

Entonces, él se movió.

Khalid dio unos pasos hacia mí, trayendo al niño. El tiempo parecía haberse desacelerado, y con cada paso que daba, sentí una mezcla de llanto e incredulidad apoderándose de mí.

—Cristine... —susurró nuevamente, y esta vez fue como si todo dentro de mí explotara.

Necesitaba saber. Necesitaba sentirlo. Luché por mantenerme de pie, aunque mis fuerzas se habían ido, y me moví hacia él. Mis dedos temblorosos tocaron su rostro, como si necesitara la confirmación de que realmente estaba allí.

No era un delirio...

Solté un sollozo, y antes de que pudiera contener el impulso, mis dedos fueron hacia el rostro del niño. Sus ojos me miraron, curiosos y, al mismo tiempo, familiares. El contacto era tan real que me hizo temblar aún más.

—¿Es él? —Mi voz salió en un susurro desesperado—. ¿Es... es mi hijo? —La pregunta salió de mis labios, temblorosa, entrecortada por la incredulidad.

Khalid asintió, y perdí el poco control que me quedaba.

Me arrodillé frente a ellos, incapaz de contener el llanto, mis brazos envolviendo el pequeño cuerpo del niño, abrazándolo con toda la fuerza que tenía. Mi hijo. Mi bebé. Mi corazón latía desbocado, y la desesperación que antes me consumía dio paso a un amor y una dolor tan intensos que parecía que iba a explotar.

Lo abracé más fuerte, sintiendo el suave perfume de niño envolviéndome, y todo lo que pude hacer fue llorar. Sentí su manito tocar mi rostro, limpiando algunas lágrimas, y eso solo hizo que mi corazón se apretara aún más.

—Mi hijo... —susurré, entre lágrimas—. Mi bebé...

El tiempo se detuvo. Estaba allí, con mi niño en brazos, y aunque entre el dolor y la felicidad no sabía cómo recomponerme, algo dentro de mí me decía que por fin todo estaba bien.



## *Capítulo 51*

Cada lágrima que recorría el rostro de Cristine era como una puñalada en mi pecho. La observaba arrodillada frente a nuestro hijo, y escuchaba el sonido de sus sollozos llenando todo el espacio. Lo único que sentía era una ola abrumadora de culpa. El escenario que tanto había deseado, el momento en que finalmente los reuniría, no parecía traer la paz que había soñado. En lugar de eso, había dolor, devastación, y todo lo que ella había sufrido por mi culpa.

Sabía que, de alguna forma, yo era el responsable. Debería haberla protegido, debería haber impedido que todo eso sucediera. Sin embargo, el peso de mi propia debilidad me golpeó como un puñetazo en el estómago, mientras las palabras que siempre supe que necesitaría decir quedaban atrapadas en mi garganta.

Mientras ella abrazaba a nuestro hijo, me venían a la mente los recuerdos de la última discusión con mi padre. Su mirada furiosa me alcanzaba como un látigo.

—Si te vas ahora, Khalid, ¡considérate desheredado! —había gritado, lleno de rabia, mientras yo recogía mis cosas—. Te borraré de mi vida, del reino, de todo. ¡Ya no serás más mi hijo!

Esas palabras seguían resonando en mi mente, pero en lugar de herirme con el impacto que él esperaba, me trajeron una paz inesperada.

—Eso sería el mejor regalo que me podrías dar —respondí, sin siquiera girarme para mirarlo—. Olvídame, porque es lo mínimo que puedes hacer después de todo lo que causaste. Le quitaste a mi hijo a su madre, destruiste cualquier oportunidad de paz que pudiera haber tenido.

Solo espero que, al borrarame, también borres el dolor que provocaste.

Guardó silencio por un segundo, pero pronto vino el golpe final.

—No sabes lo que estás haciendo. Vas a perderlo todo. Y si quieres llevártelo, lo harás solo. No tendrás apoyo, ni el mío, ni el de mi dinero. Vivirás como un hombre común, sin el poder ni los privilegios con los que naciste.

—Perfecto —respondí fríamente—. Porque eso es lo que necesitamos ahora. Una vida lejos de ti. Una vida normal.

Recordaba haber cerrado la puerta de la mansión sin mirar atrás, ignorando los gritos de mi padre. Cuando me encontré con la mujer que había criado a mi hijo, su mirada estaba llena de preocupación e incertidumbre. Ella había cuidado de él en los últimos años, creyendo las mentiras que mi padre había sembrado, pero sabía que este momento llegaría.

—Gracias por cuidarlo —le dije sinceramente—. Pero para tu bien, es mejor que te mantengas alejada de mi padre. No te traerá nada bueno.

La mujer frunció el ceño, claramente preocupada.

—¿Qué va a pasar con el niño? —preguntó, con voz baja, temerosa.

—Él va a regresar con su verdadera madre. Su lugar está con Cristine.

Asintió con la cabeza. Quizás siempre supo que ese momento llegaría.

Durante las horas del viaje, hablé con mi hijo, traté de explicarle de una manera simple y clara. Para mi sorpresa, parecía muy inteligente, como si entendiera que, mientras yo dormía, algo raro estaba sucediendo.

Después de todo, ahí estaba yo, de vuelta en los Estados Unidos, parado frente a aquella escena...

Cristine, aún arrodillada, levantó la vista, con los ojos hinchados y rojos, llenos de dolor. Nos miramos, y supe en ese momento que tenía que hablar. Necesitaba romper el silencio que aún nos separaba.

—Cristine... —Mi voz salió débil. Durante todas las horas de viaje pensé en formas de disculparme, pero ninguna parecía ser lo suficientemente buena—. Lo siento mucho. Lo siento por todo.

El peso de mis palabras parecía insignificante ante la destrucción que causamos. Pero sabía que, en el fondo, no había disculpa suficiente para todo el sufrimiento que ella había atravesado.

—Te he fallado... —continué, tragándome el amargo sabor del arrepentimiento—. Debería haber estado a tu lado. Debería haber hecho algo... Debería haber luchado por nosotros.

Las palabras salían con dificultad, desgarrándome el pecho, mientras me acercaba a ella, intentando tocarla de alguna manera, pero dudando. No sabía si ella quería que me acercara.

—No sabía... —Tragué en seco, sintiendo la garganta arder—. Lo que hizo mi padre...

Ella seguía mirándome, su mirada era una mezcla de dolor y confusión. Quería con todo mi ser que supiera que haría lo que fuera para reparar lo sucedido. Para arreglarlo.

—Por favor, Cristine... —susurré, finalmente dejando que la emoción se desbordara—. Te lo ruego... perdóname. Perdóname por no haber sido el hombre que necesitabas que fuera. Por dejar que mi padre tomara el control... Nunca quise hacerte daño.

Mis manos finalmente se movieron hacia su hombro, y la toqué con tanta delicadeza, como si temiera que cualquier contacto pudiera lastimarla aún más.

Se levantó tan rápido que casi pierdo el equilibrio. En un segundo, sus pequeños y firmes puños empezaron a golpearme en el pecho con una fuerza que no esperaba. Sus golpes eran caóticos, descontrolados, y aunque me dolían, no intenté defenderme.

Me los merecía todos.

—¿Cómo pudiste...? —lloraba entre los golpes, cada palabra salía temblorosa, desesperada—. ¿Cómo pudiste dejar que esto pasara?

Cerré los ojos por un instante, sintiendo el peso de cada palabra. Ella estaba destrozada, y el dolor que vi en sus ojos era insoportable.

—Te odio... te odio tanto... —gritaba Cristine, con lágrimas corriendo por su rostro—. ¡Me dejaste... me dejaste sin saber si estabas vivo o muerto! ¡Dejaste a nuestro hijo en manos de ese hombre!

—Cristine... —intenté decir algo, pero no paraba. Sus puños seguían golpeándome, ahora más débiles, como si estuviera quedándose sin fuerzas. La sujeté por las muñecas, fuerte, pero sin lastimarla, tratando de contener la desesperación que parecía apoderarse de ella.

—¡Suéltame! —intentó zafarse, pero no pudo—. ¡No tienes idea de lo que pasé! ¡No tienes idea de cómo fue ver a nuestro hijo arrancado de mí!

Comenzó a sollozar, y sus rodillas flaquearon. La rabia se transformó en pura tristeza, y la atraje hacia mí, aunque sabía que podría odiarme por ello. Se hundió en mi pecho, llorando desconsoladamente, y lo único que pude hacer fue sostener su espalda, intentando darle algo de consuelo.

—¿Cuándo... cuándo despertaste? —preguntó Cristine entre sollozos, todavía con el rostro escondido en mi pecho.

La aparté levemente para mirarla, acariciando su rostro mojado.

—Hace unas semanas —Hice una breve pausa mientras observaba su reacción—. En cuanto entendí lo que estaba pasando, supe que tenía que corregirlo todo. Hice todo lo posible para traerlo de vuelta. Necesitaba reparar los errores de mi padre.

Cristine me miró, con los ojos aún rojos y llenos de dolor.



Cristine  
**CLARK**

## *Capítulo 52*

Una parte de mí estaba a punto de estallar de rabia, lista para echarlo de mi vida para siempre. Pero otra parte, esa que había mantenido enterrada durante tanto tiempo, se sintió tan aliviada que no pude hacer nada más que abrazar a Khalid mientras las lágrimas seguían cayendo sin control por mi rostro.

Enterré mi rostro en su pecho, sintiendo el calor familiar, el aroma que pensé que nunca más volvería a oler. Todo parecía tan irreal, como si estuviera en un sueño del que nunca quisiera despertar. Khalid estaba ahí. Mi hijo estaba de vuelta. No era una pesadilla de la que no podía escapar, era real. Después de tanto tiempo, de tanta dolor, él finalmente estaba ahí, abrazándome, pidiendo perdón, trayendo a nuestro niño de vuelta a mí.

—Pensé... pensé que nunca ibas a despertar —murmuré contra su pecho, balbuceando por el llanto—. Pensé que nunca más te vería... que nuestro hijo estaría perdido para siempre.

Temblaba, sollozando mientras intentaba encontrar algo de fuerza para separarme, para mostrar que todavía estaba herida, pero mis brazos seguían aferrándose a él, como si no pudieran soltarlo.

Khalid también me abrazó más fuerte, como si entendiera exactamente lo que sentía. Era una mezcla de todo, dolor y alivio, tristeza y esperanza. Era tanto, todo al mismo tiempo, que no sabía cómo lidiar con mis propias emociones.

—Pensé tanto en ti... todos los días... —susurré, perdiéndome entre los sollozos—. Y en nuestro hijo... pensé que nunca más lo vería...

Por más que quisiera estar enojada, gritar y acusarlo, la verdad era que en ese momento, todo lo que podía sentir era la paz de finalmente tenerlos de vuelta.

—Yo también pensé en ti en cuanto desperté, Cristine... —murmuró contra mi cabello—. Pero ahora que estoy aquí, nunca más te voy a dejar sola. Te lo prometo.

Esas palabras me invadieron con una sensación de seguridad que no sentía desde hacía mucho tiempo. Tal vez el destino, de alguna forma torcida y cruel, nos estaba dando una segunda oportunidad. Y por más que mi mente tratara de recordarme todo lo que había pasado, mi corazón finalmente experimentó un alivio que parecía imposible después de tantos meses de sufrimiento.

Mi corazón latía descontrolado, todavía sin estar completamente segura de que todo eso fuera real.

Empujé a Khalid, sintiendo la respiración aún agitada y los latidos de mi corazón retumbando en mis oídos. Él me miró, sorprendido, pero no dijo nada.

—Mi hijo... —murmuré, mientras intentaba recomponerme.

Por más que extrañaba a Khalid, la urgencia de estar con mi hijo era mayor. El peso de los años separados, de la angustia, caía sobre mí de nuevo, oprimiendo mi pecho.

Khalid asintió en silencio, con la mirada seria, como si me entendiera. Se apartó un poco más, dándome espacio para que me arrodillara, poniéndose a la altura del niño que aún se aferraba a la pierna de su padre, algo confundido.

Lo observaba atentamente, fijándome en cada detalle de su pequeño rostro; los trazos diminutos que tanto me recordaban a Khalid, pero también a mí. Sus ojos curiosos me miraban, como si fuera una extraña. Eso me dolió más que cualquier otra cosa.

Sentía las lágrimas, y traté desesperadamente de tragarlas, pero era imposible. Una sola lágrima rodó por mi mejilla, seguida de otra. El dolor de no haberlo visto crecer, de perder cada momento valioso, me aplastaba.

—¿Por qué estás llorando? —Su voz suave me trajo de vuelta a la realidad.

Levanté la vista, sorprendida de oírlo hablar tan bien inglés. Ese detalle no pasó desapercibido, pero era lo menos importante en mi mente. Me limpié las lágrimas con el dorso de las manos, intentando recomponerme, pero las palabras no salían. ¿Cómo podía explicarlo todo?

—¿Tú...? —Me atraganté un poco, tratando de controlar mi voz—. ¿Sabes quién soy?

Me miró con seriedad, como si estuviera procesando lo que iba a decir.

—Papá dijo que eres mi mamá de verdad. El abuelo me mintió —respondió, con una simplicidad que me rompió el corazón en mil pedazos.

Sollocé, incapaz de contener el llanto. Oírlo decir eso, con tanta claridad, destruyó las barreras que había levantado para protegerme. Él era mío, mi hijo. Y él lo sabía.

—Sí, mi amor —susurré, extendiendo las manos para tocar su pequeño rostro, sintiendo

su piel suave bajo mis dedos—. Yo soy tu mamá. Siempre lo fui.

Me miró por un momento más, como si estuviera intentando entenderlo todo, mientras yo trataba de contener la desesperación que aún quedaba dentro de mí.

Cuando mis brazos lo rodearon, nada más importaba, absolutamente nada.

Lo único que podía sentir era el pequeño cuerpo de mi hijo acurrucado en mí, finalmente seguro y conmigo. Todo el miedo, el dolor y la desesperación que me consumieron durante los últimos años parecían disolverse en ese instante, y todo lo que existía era él, ahí, junto a mí.

Lo abracé con fuerza, con tanto amor y tanto alivio que me costaba incluso respirar con normalidad. Lo tiraba hacia mí, como si tuviera miedo de que desapareciera de nuevo, como si cada segundo fuera demasiado valioso para dejarlo escapar.

—Mi amor... —susurré contra su cabello, oliendo su aroma que me recordó cuánto soñé con este momento—. Nunca, nunca te voy a dejar de nuevo.

Él se quedó quieto, tal vez confundido, sintiendo el momento de una manera que un niño no podría entender completamente. Sin embargo, para mí, fue como si el mundo finalmente tuviera sentido de nuevo. Sentí sus manitos tocar mi hombro, y eso fue suficiente para quebrarme aún más. Las lágrimas caían sin control, pero esta vez eran de alivio y gratitud.

Él era real.

Él estaba aquí.

—Te amo tanto, tanto... —dije entre sollozos, apretándolo contra mí.

Ya no existía nada más. Ni el rencor, ni el odio, ni el tormento que había vivido. Todo lo que importaba era que lo tenía de vuelta.



## ***Capítulo 53***

*Días después...*

Sentado en el sillón de la sala, observé a Cristine jugando con nuestro hijo. Ella soltaba una risa ligera y radiante, y eso me llenaba de una alegría tan profunda que era difícil de describir. Nuestro niño también estaba feliz, su risa resonaba por toda la habitación mientras jugaban en la alfombra. Él se estaba soltando poco a poco, acostumbrándose a Cristine, y yo podía ver cómo crecía la conexión entre ellos, algo que el tiempo no había logrado destruir.

Ella era su verdadera madre, y él lo sabía.

Los observaba, intentando absorber cada segundo de esa escena, cada sonrisa, cada movimiento...

Cristine parecía otra mujer. Con nuestro hijo de vuelta, había una luz en sus ojos que mi padre podría haber apagado para siempre si yo no hubiera despertado... Esa mujer que había sido destruida por nuestro pasado, finalmente renacía, fuerte y completa. Y lo mismo hacía con nuestro hijo, sanándolo con el mismo amor con el que se sanaba a sí misma.

Mientras los observaba, no pude evitar sentir cómo el peso del arrepentimiento me consumía. El dolor que le causé a Cristine, la forma en que la dejé sola, enfrentando una pesadilla interminable mientras yo estaba atrapado en ese maldito coma. Aunque sabía que no tenía control sobre mi enfermedad, me culpaba por no haber podido protegerla cuando más me necesitaba.

Por más que entendiera que no tenía poder sobre el coma, el hecho de haber estado

ausente tanto tiempo me desgarraba por dentro. Cristine cargó un peso enorme sola, perdió momentos preciosos con nuestro hijo, momentos que jamás podríamos recuperar. Sin embargo, ahora estábamos juntos, y nada más importaba, solo el futuro.

La miré, seguro de que haría todo lo que fuera necesario para mantener a mi familia a salvo y lejos de la influencia perversa de mi padre. El jeque ya no tendría poder sobre mí, y definitivamente no lo tendría sobre Cristine ni sobre nuestro hijo. No permitiría que pusiera sus manos sobre ellos nuevamente.

Mi vida estaba ahí.

En Estados Unidos.

Con Cristine.

Con nuestro hijo, Asher... El nombre que Cristine le había dado y poco a poco lo estábamos acostumbrando a que lo llamaran así.

No volvería a Medio Oriente.

Esa era mi nueva vida, y daría todo por asegurarme de que Cristine y nuestro hijo tuvieran la paz y la felicidad que merecían.

Lo observé mientras se frotaba los ojos, cansado después de tanto jugar. Cristine se levantó y le tendió la mano.

—Vamos, amor. A dormir —dijo, con voz suave, mientras él resoplaba, queriendo seguir jugando.

—Un poquito más, mamá... —casi suplicó, haciendo un puchero soñoliento, y eso sacó una sonrisa tanto de mí como de ella.

—Ya es tarde. Mañana podemos jugar más —respondió, paciente pero firme. Asher dudó un segundo antes de ceder finalmente. Tomó la mano de Cristine y se dejó guiar hacia la habitación, caminando con pasos lentos y arrastrados.

Observé cómo ella lo llevaba hasta la cama. Cristine parecía haber nacido para ser madre, tan fuerte y, al mismo tiempo, tan cariñosa.

Minutos pasaron hasta que el silencio llenó la casa. Sabía que Cristine había puesto a Asher a dormir, y todo lo que quería en ese momento era tenerla cerca. Me levanté, crucé la sala hacia la habitación y la encontré de pie junto a la cama de Asher, con los ojos perdidos en el rostro sereno de nuestro hijo dormido.

Me acerqué en silencio, rodeándola por la espalda, mis manos firmes en su cintura mientras la atraía hacia mí. Ella suspiró, pero no se movió.

—Vamos a la cama, Cristine... —murmuré contra su oído, sintiendo su cuerpo tenso contra el mío.

Ella se apartó un poco, dudando, y ese simple gesto me hizo darme cuenta del miedo que aún la acechaba. Desde que Asher había vuelto con ella, Cristine no lograba relajarse completamente. La preocupación, el temor de perder a su hijo nuevamente, parecía estar siempre al acecho.

Eso me partía el corazón.

—¿Y si...? —comenzó, pero no la dejé terminar la frase.

La atraje de nuevo hacia mí, abrazándola con más fuerza.

—Nunca más voy a dejar que hagan eso. Estoy aquí, Cristine. No voy a permitir que nos quiten a nuestro hijo de nuevo. —Mis palabras fueron una promesa de que haría todo lo que fuera necesario para mantenerlos a salvo—. Voy a cuidar de ustedes.

Ella suspiró y, esta vez, permitió relajarse un poco en mis brazos.

Tras unos instantes, finalmente asintió, dejándose guiar hacia nuestra cama, mientras me prometía a mí mismo, una vez más, que nunca dejaría a mi familia desprotegida.

La llevé al cuarto, manteniéndola cerca de mí, mientras sentía cómo su tensión disminuía poco a poco. Al entrar, se detuvo, sorprendida al ver lo que la esperaba.

Sobre las sábanas blancas, había un corazón hecho de pétalos de rosas rojas, rodeado de velas encendidas que lanzaban una luz suave sobre el ambiente. En el centro del corazón descansaba una pequeña caja de terciopelo, delicadamente colocada entre los pétalos. La habitación estaba decorada con esmero, creando un ambiente íntimo y romántico.

Cristine frunció el ceño, emocionada y confundida.

—¿Cuándo... cuándo hiciste esto? —preguntó, boquiabierta, mientras sus ojos recorrían la habitación, absorbiendo cada detalle.

Sonreí, sintiendo cómo mi corazón latía con más fuerza, y me acerqué.

—Mientras tú y Asher jugaban —respondí, apenas pudiendo disimular el nerviosismo que sentía.

Por un momento, pensé en todos los lugares y formas en los que podría haber hecho esa propuesta. Lugares exóticos, fiestas, algo grandioso... Sin embargo, al final, me di cuenta de que nada de eso importaba.

—Pensé en varios lugares para hacerlo —continué, mirando profundamente a sus ojos, mientras Cristine escuchaba atentamente—. Pero, al final, el mejor lugar parecía ser aquí, entre nosotros. Donde todo realmente tiene sentido.

Sus ojos empezaron a brillar con lágrimas, y una suave sonrisa apareció en sus labios, pero no dijo nada. Solo me miraba con una mezcla de amor y sorpresa.

Respiré profundo y, con un gesto decidido, me arrodillé frente a ella. Tomé la pequeña caja de terciopelo y la abrí, revelando el anillo que había dentro. Delicado, y hermoso, como ella.

—Cristine, tú cambiaste mi vida. Me diste una razón para seguir luchando, para vivir. Y me diste el regalo más grande de todos: nuestro hijo. —Sentí que mi voz se ahogaba de emoción mientras extendía la mano hacia ella—. Quiero pasar el resto de mi vida a tu lado, amándote como te mereces. ¿Aceptas casarte conmigo?

El silencio que siguió me dejó un poco ansioso. Cristine miró el anillo y luego me miró a mí, sus ojos brillando como nunca, y la sonrisa que le siguió me hizo suspirar aliviado.

Respiró hondo y se secó una lágrima.

—Sí, Khalid. —Su sonrisa se ensanchó, iluminando toda la habitación—. Sí, acepto.

Deslicé el anillo en su dedo, mientras ella me agarraba la mano con fuerza. Luego me levanté, la tomé en brazos y la besé con toda la intensidad que este momento merecía.

Al besarla, saboreé la felicidad y la certeza de que era la mujer de mi vida. Mis labios vagaban por los suyos, cada vez más hambrientos, deseando más, queriendo explorar cada centímetro de su piel.

—Te amo... —murmuré con la boca en su cuello, excitándome aún más al ver cómo temblaba su cuerpo entre mis brazos.

Me aparté lo suficiente para mirar a mi alrededor y, sin interrumpir la intensidad de nuestro beso, coloqué con cuidado las velas en el suelo, haciendo sitio en la cama. Quería acostarla allí, entre los pétalos de flores, como si fuera una reina en su trono. Mirándola con deseo, empecé a quitarle el pijama, sintiendo la suave textura de su cálida piel bajo mis dedos.

—Khalid...

Mis labios siguieron trazando un camino por su cuello, por su clavícula, saboreando cada pedacito de ella. La sentí estremecerse bajo mis manos, y eso me encendió aún más. Deslicé lentamente las manos por su cuerpo y continué con mis besos, deteniéndome entre sus muslos.

La excitación que emanaba de ella me volvía aún más loco.

Le bajé las bragas, dejándola expuesta ante mí. Miré su monte de Venus, observando cómo se erizaban los pelitos al contacto con el aire frío, y mi deseo no hizo más que crecer. Me incliné y besé el montículo, suavemente, provocando que un pequeño gemido escapara de sus labios. Pero no iba a detenerme ahí.

Mi boca encontró el camino hasta su clítoris, y sin dudarlo le di una firme chupada, mientras mis manos apretaban con fuerza sus muslos, acercándola más. Cristine se retorció en la cama, con los dedos enredados en mi pelo, tirando con intensidad mientras intentaba contener los gemidos que ahora le llegaban en oleadas.

—Khalid... ¡Ahhh!

Seguí lamiendo, con mi lengua recorriendo cada milímetro de aquel pequeño punto de placer. Quería llevarla al límite, quería que sintiera todo lo que había estado guardando dentro de mí durante tanto tiempo. Sus piernas temblaban y sus caderas se movían contra mi cara, pidiendo más.

Estaba completamente entregada, y eso solo me hizo sentir más hambre, más salvaje.

El placer de tenerla en mi boca era embriagador. Cada chupada en su punto de placer, cada lamida en sus labios vaginales, hacían vibrar todo mi cuerpo. Cristine era deliciosa, y yo era adicto a cada sonido y gemido controlado que ella intentaba reprimir.

Mi lengua se deslizó por su clítoris mientras chupaba con más intensidad, sintiendo cómo su néctar fluía en mi boca. Me perdí en aquel momento, deseando prolongarlo para siempre, adorándola como si fuera una deidad. Mis dedos apretaron sus muslos, acercándola a mí, y el calor de su cuerpo ardía de deseo.

Cristine me tiró del pelo con una urgencia que me volvió aún más loco. Sus caderas se

movían contra mi cara y yo la sujetaba con fuerza, manteniendo el ritmo, sintiendo cada espasmo que su piel daba ante los movimientos de mi lengua. Su sabor, su textura, el sonido de sus gemidos bajos y controlados, todo me hacía desear devorarla.

Ella clamaba por más, y yo sabía exactamente cómo llevarla al límite. Chupé con fuerza, sintiendo cómo le temblaban las piernas, mientras mis manos exploraban sus curvas, anhelando más de esa entrega. Cristine era mi pasión, y en ese momento, podría servirla así para siempre, adicto al placer de verla deshacerse en mi boca.

—Khalid... por favor... —Jadeó, le fallaba la voz, sus dedos se enredaron en mi pelo, su cuerpo suplicaba alivio.

Oír a Cristine acabar fue la culminación de mi propio éxtasis. Sus gemidos ahogados llenaban la habitación mientras mi boca seguía succionando su placer, y cada sonido resonaba en mí, volviéndome loco. La forma en que su cuerpo temblaba, la forma en que sus piernas se apretaban alrededor de mi cara... Estaba completamente rendido a ella.

Cuando por fin me acerqué, nuestros labios se encontraron en un beso hambriento. La dejé saborearse en mi lengua, mientras mis manos se deslizaban por sus curvas. Cada parte de su cuerpo parecía hecha para mí. Mis manos exploraron sus muslos, su cintura, cada centímetro de su piel suave y cálida, mientras me hundía aún más en ella.

Con un movimiento rápido, lleno de deseo, la puse a cuatro patas y le sujeté las nalgas con firmeza, admirando la vista de su cuerpo perfecto inclinado ante mí. Hundí los dedos en su culo, sintiendo cómo la suavidad de su piel no hacía sino aumentar mi erección, que ya me estaba volviendo loco.

—Eres preciosa... —murmuré, casi sin aliento, mientras la necesidad de tenerla me abrumaba por completo.

Me coloqué detrás de ella, con la verga dura y palpitante. Con un solo movimiento firme, la penetré hasta el fondo. El gemido que escapó de mis labios fue de pura satisfacción, al sentir que el canal caliente y húmedo me envolvía por completo.

Era una sensación adictiva, casi incontrolable.

Empecé a moverme despacio al principio, y cada embestida enviaba oleadas de placer a través de nuestros cuerpos. Cristine gimió cuando la penetré más profundamente, sujetando su cintura con fuerza mientras veía su cuerpo perfecto encajar en mí.

—Khalid... —susurraba mi nombre entre gemidos, y yo perdía el control un poco más cada vez.

Las embestidas se hicieron más fuertes, más intensas, y el sonido de nuestros cuerpos al chocar resonó en toda la habitación. Estar así dentro de ella, dominando cada parte de su alma y de su cuerpo, era como si el tiempo se hubiera detenido para que solo existiéramos nosotros dos.

Cristine era hermosa, perfecta en cada detalle, y el placer de estar con ella era inconmensurable, pero lo que realmente me desarmó fue la forma en que empezó a frotar ese culo perfecto contra mí, aún más cerca de mi cuerpo, moviéndose con una urgencia que me llevó al borde de la locura. El canal apretado, caliente y húmedo me succionó con una fuerza que no pude resistir.

Cada embestida me arrancaba un nuevo gemido, y cuando sentí que su cuerpo se arqueaba y aumentaba aquella deliciosa tensión, supe que estaba perdido. Mi respiración se aceleró, el corazón me latía con fuerza en el pecho y entonces... no pude contenerme. El placer estalló en oleadas, apoderándose de mí, y eyaculé toda mi leche con una intensidad que me dejó sin aliento. Mi cuerpo se estremeció cuando los espasmos del clímax nos atravesaron a los dos.

Caímos exhaustos sobre la cama, aún entrelazados, sudorosos y con los corazones latiendo fuera de ritmo. Cristine se acurrucó en mis brazos y yo la rodeé con los míos, acercándola más, deseando que aquel momento no acabara nunca.

—Te amo, Cristine.

Levantó la cara mientras una suave sonrisa se formaba en sus labios.

—Yo también te amo, Khalid.

La besé, esta vez más suavemente, dejando que el calor de nuestras palabras y el peso de nuestros sentimientos llenaran la habitación. Fue como si, en ese momento, el mundo estuviera en paz. Ya no importaba a qué nos habíamos enfrentado, porque ahora estábamos juntos y nada podía separarnos.



Cristine  
CLARK

## ***Epílogo***

*Cinco años después...*

Mientras desayunaba, en ese día de primavera, todo finalmente estaba en su lugar, como si todo el sufrimiento que había vivido fuera solo una pesadilla lejana. La luz del sol entraba por la gran ventana de la cocina, llenando el ambiente de alegría y calma.

Miré a Khalid, que estaba sentado en la mesa, leyendo el periódico, concentrado mientras pasaba las páginas. Se había adaptado tan bien a nuestra nueva vida en Estados Unidos, y cada vez que lo observaba así, tan relajado y en paz, mi corazón se llenaba de calidez.

—¡Mamá, no encuentro mi cuaderno! —gritó Asher desde la sala, corriendo de un lado a otro con la mochila a cuestas, pareciendo más ansioso de lo normal.

Sonreí para mí misma, me levanté y caminé hacia él.

—Está en la mesada de la cocina, donde lo dejaste ayer por la noche. —Le señalé el cuaderno, que estaba a la vista todo el tiempo.

Asher roló los ojos con una sonrisa traviesa, tomó el cuaderno y lo metió en su mochila con un suspiro de alivio. Ya estaba tan grande, lleno de energía y con una chispa en los ojos que me recordaba a su padre.

—Vamos, Asher, si no te apuras, vas a llegar tarde —comentó Khalid desde el otro lado

de la mesa, sin quitar la vista del periódico. Su voz tenía ese tono tranquilo y firme que tanto me gustaba.

Antes de que pudiera responder, la puerta de la cocina se abrió y la niñera entró, saludándonos a todos con una sonrisa. Se dirigió directamente al carrito al lado de la mesa, donde Hope, nuestra hija más pequeña, dormía profundamente. Mi pequeña niña. El rostro me sonrió aún más al verla moverse ligeramente, pero seguía durmiendo, pacífica y tranquila.

—Gracias por venir tan temprano, Kate —agradecí, acercándome a la niñera.

—De nada, doctora, siempre es un placer cuidar de ella —respondió, tomando a Hope en brazos con todo el cariño.

Después de un último vistazo a mi hija, tomé mi bolso y me giré hacia Khalid y Asher.

—¿Vamos? —pregunté.

Khalid se levantó, dobló el periódico y lo dejó sobre la mesa. Caminó hacia mí, envolviéndome en un beso suave y una sonrisa que calentó mi alma.

—Claro —dijo—. Hoy vamos a salvar vidas.

—¡Y yo voy a conquistar la escuela! —exclamó Asher, animado, con la mochila ya puesta.

Nos reímos juntos y, así, salimos todos de casa, listos para un día más.

Después de dejar a Asher en la escuela, nos dirigimos al San Rose, el lugar donde Khalid y yo nos conocimos y, después de todo, volvimos a trabajar juntos. Yo retomé mi puesto en oncología y Khalid, con la jubilación del padre de los gemelos Gray, pasó a dirigir la cirugía general, su especialidad.

La vida nos había traído dolor, desafíos y pruebas que parecían insoportables, pero al final, estábamos juntos. Y mientras caminábamos de la mano hacia la entrada del hospital, sentía que, por primera vez en mucho tiempo, el futuro brillaba con esperanza y amor.

## Acerca del autor

Jéssica Macedo, de 29 años, es brasileña y forma parte del ranking Forbes Brasil Under 30, el ranking de los jóvenes más prometedores del país. Vive en Belo Horizonte con su marido, su hija y tres gatos. Escribe para público infantil y adulto, fantasía, aventuras, romance y, sobre todo, literatura caliente, un auténtico fenómeno editorial entre los lectores.

Es una de las autoras más vendidas en Amazon en Brasil y Europa y sus libros están disponibles en seis idiomas. Jessica comenzó a escribir a los nueve años y se convirtió en autora a los 14 con el lanzamiento de su primer libro, "Vale das Sombras". Con más de 200 libros publicados, es escritora, editora, diseñadora y guionista. Participó en la adaptación de una de sus novelas, "Eternamente Minha", en un largometraje transmitido por la plataforma Cinebrac. Hoy, Jéssica es el nombre principal de un equipo de autoras, en su mayoría mujeres, que integran el catálogo del Grupo Editorial Portal, que fundó a partir de sus experiencias en otras editoriales.

Descubre otros libros del autor en las redes sociales.

Facebook - <http://www.facebook.com/autorajessicamacedo/>

Instagram - [www.instagram.com/autorajessicamacedo/](http://www.instagram.com/autorajessicamacedo/)

Sitio web del autor Amazon -  
<https://www.amazon.fr/stores/J%C3%A9ssica-Macedo/author/B07FVVRC1X>

Jessica  
Macedo  
escritora

## Lea también:



**Link:** <https://amzn.eu/d/13iGmpv>

### **Sinopsis:**

Abandoné todo después de una gran decepción; dejé atrás mi vida y todas las comodidades que venían con la fortuna de la familia para salvar soldados en el campo de batalla. Me distancié, me aislé y me convertí en un hombre aún más frío de lo que ya era.

Pasaron años hasta que mi padre me llamó de vuelta. Estaba viejo, necesitaba jubilarse y quería que yo asumiera los negocios familiares. Me convertiría en el director del hospital y volvería a ejercer como cirujano cardiotorácico. Sin embargo, el pasado que me había hecho irme era el mismo que volvería a atormentarme.

Cristal Castilho era todo lo que quería evitar. Tras nuestra ruptura, ella hizo que perdiera la fe en las personas y me cerrara para siempre. Deseaba no volver a verla jamás, hasta que un día llegó al hospital con un grave problema en el corazón. Eso revivió mi pasado e hizo que mi vida se diera vuelta.

La odiaba, pero descubrí que teníamos una hija juntos y que solo conocía la mitad de la historia. Yo era el culpable de todo lo que había pasado; cometí errores que podrían ser irreparables al confiar en quien no debía. Pero para poder redimirme, necesitaba salvarla.



**Link:** <https://amzn.eu/d/1N7mfn9>

**Sinopsis:**

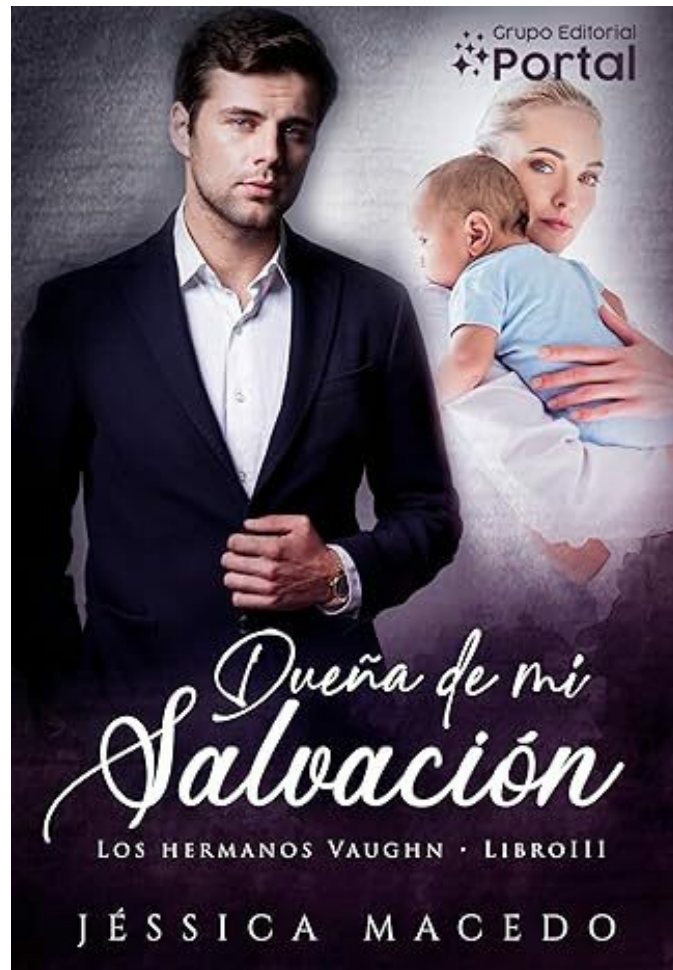
Narcisista con complejo de dios, algunos me llaman así, pero la verdad es que soy excepcional en lo que hago. Haber nacido siendo un Vaughn me dio oportunidades, pero ser médico siempre fue mi vocación, mi destino. Salvo innumerables vidas como neurocirujano.

La medicina siempre ha sido mi propósito. Ganando premios y volviéndome destacado, creía que no necesitaba nada más para sentirme completo, hasta que mi hermano mayor regresó. Ver a John con sus hijos despertó en mí el deseo de convertirme en padre.

Millonario, estaba convencido de que podría cuidar muy bien de un niño solo. Sin embargo, en lugar de adoptar, quería un bebé con mi propio ADN y para lograrlo acudí a una clínica de reproducción asistida. Así fue como Karoline Denver se cruzó en mi camino.

Se suponía que ella sería solo una madre subrogada. No quería involucrarme con ninguna mujer. Karoline no era más que un medio para un fin: mi bebé. Sin embargo, la convivencia puede hacer que nada salga como estaba planeado.

Cumplir un contrato que yo mismo establecí será un desafío enorme.



**Link:** <https://amzn.eu/d/0J6iX8f>

**Sinopsis:**

Yo nunca sería padre...

Siempre dejé muy claro a mi esposa que tener un hijo no estaba en mis planes. Todo mi enfoque estaba en dirigir la empresa familiar, y no había tiempo ni espacio para dedicarme a un niño. Sin embargo, ella ignoró lo que le había repetido tantas veces y quedó embarazada. Jamás podría haber previsto que Grace moriría en un trágico accidente, dejándome con un recién nacido prematuro.

No quería a mi hijo, y ella solo deseaba una oportunidad para ser madre. En un primer momento, el odio fue instantáneo. Esa médica no tenía derecho a entrometerse en mi vida ni a cuestionar la forma en que estaba actuando. Por mí, habría sido despedida del hospital, pero, lamentablemente, la institución pertenecía a su familia.

Por más que quisiera deshacerme de ella y de la situación a toda costa, fue Jaqueline Vaughn quien me hizo ver que necesitaba redimirme con mi hijo y convertirme en un hombre mejor.

## Redes sociales (del editor)

**Sitio web del editor:** <https://grupoeditorialportal.com.br/>

**Instagram:** <https://www.instagram.com/grupoeditorialportal/>

**Facebook:** <https://www.facebook.com/grupoeditorialportal/>



**Shopee:** <https://shopee.com.br/grupoeditorialportal>



---

<sup>[1]</sup> El carcinoma es un tipo de cáncer que se origina en las células epiteliales de la piel o de los órganos internos.